PARÁBOLA DEL SALMÓN

ALONSO SÁNCHEZ BAUTE



PARÁBOLA DEL SALMÓN

ALONSO SÁNCHEZ BAUTE

PARÁBOLA DEL SALMÓN

Alonso Sánchez Baute

rey naranjo editores
www.reynaranjo.net

¶

Parábola del salmón
© 2020, Alonso Sánchez Baute
© 2020, Rey Naranjo Editores

Dirección editorial: John Naranjo · Carolina Rey Gallego
Dirección de diseño: Raúl Zea
Equipo de diseño: Daniela Nieves y Erick Lizarralde
Edición: Valentín Ortiz
Corrección de estilo: Alberto Domínguez

isbn 978-958-5586-17-8

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

A Thiago,
que se fue sin despedirse.

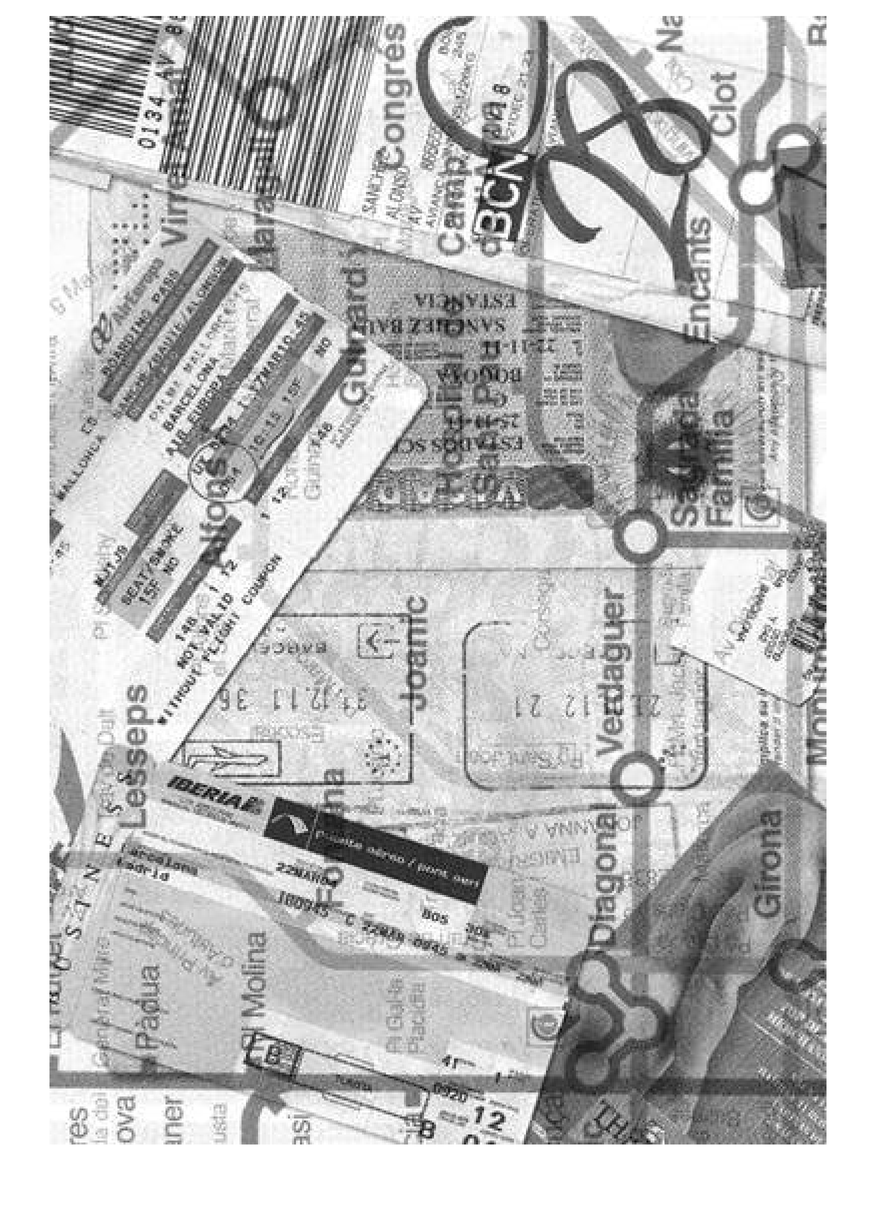
A Humilda,
que tan pronto me ve organizar la maleta
corre a meterse dentro de ella.

“La herida que siempre llevo en el alma, no cicatriza,
inevitable me marca la pena, que es infinita”

Gustavo Gutiérrez Cabello
Sin medir distancias

“Creo que este libro habla, sobre todo,
del dolor de haber crecido, años y años,
sintiéndome como un ser de otro planeta”

David Wojnarowicz


Congrés
Clot
Encants
BCN
Sagrada Família
Joanic
Verdaguer
Diagonal
Girona
Lesseps
Pàdua
Pl Molina
IBERIA
Barcelona
BOARDING PASS
NOT VALID WITHOUT FLIGHT COUPON

BARCELONA

TODOS LOS DÍAS ERAN SÁBADO POR LA NOCHE

“Como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante”
Jaime Gil de Biedma

Durante veinte días en Barcelona no hubo uno solo en el que antes de abandonar el hotel no me comiera al menos una pepa. A veces, al estallar una, corría a apurar la otra, pues eran justo esos diez o quince minutos los que más me gustaban: cuando se pierde el control y uno se deja llevar como quien baila con el viento. Con frecuencia la explosión era tan fuerte que me tumbaba en el suelo y me dormía justo allí, donde me alcanzara el efecto. En ese momento no había dolor, todo fluía y yo era tan feliz como un niño en una piscina.

Cuando recuerdo esa primera visita me viene a la memoria J, mi *summer lover* chileno —¿o debo decir *winter lover*?—, aspirante a guionista de cine, que vivía en un apartamento de estudiante por los lados de Park Güell; y también Paul van Dyk y la primera versión de su *The Politics of Dancing* que oía todo el tiempo en el *discman* bajo los efectos del éxtasis. En aquel tiempo viajar era para mí un escape. Yo era algo parecido a lo que escribió Leila Guerriero sobre Guillermo Kuitca: “Un hombre sin hogar, tratando desesperadamente de volver a alguna parte”.

Ese enero aterricé en El Prat de Llobregat luego de un vuelo desde París sacudido por un viento tan fuerte que me hizo temer. “Piensa siempre lo peor para que cuando suceda no sea tan grave”, obedecía desde niño el mantra del miedo aprendido en casa. Fueron cinco o seis segundos nada más, pero fue el tiempo suficiente para presagiar mi propia tormenta. Ya luego, cuando el avión se aproximó a la ciudad y vi por primera vez la playa bañada por el Mediterráneo y esa enorme escultura dorada, la cola de una ballena sobre una cama de acero, el miedo y la idea de cualquier mal augurio comenzaron a ceder. A ceder, no a desaparecer, pues ese mismo mantra me había enseñado también a desconfiar cuando algo bueno sucede porque “si todo va

bien, es porque algo malo va a pasar". De modo que hasta que el avión se detuvo volví a respirar con normalidad.

Eran casi las diez de la mañana cuando salí del aeropuerto. Una brisa muy fría cortaba la piel a pesar de que el cielo estaba despejado: ni una sola nube se divisaba en el firmamento. No conocía a nadie en la ciudad ni llevaba a la mano un mapa, una guía o al menos la dirección de algún hotel dónde hospedarme. Pensé en tomar un taxi, pero llamó mi atención un bus pintado de azul pálido que decía con letras oscuras la palabra Aerobús. Me acerqué: "4.25 euros hasta la plaza Cataluña", dijo el conductor.

Durante unos veinte minutos el bus avanzó a lo largo de una autopista amplia y sin sobresaltos, para luego adentrarse en la ciudad a través de una avenida con dos bulevares completamente arborizados. "Gran Vía de las Cortes Catalanas", leí en el borde de una esquina achaflanada. Recuerdo que se me aguaron los ojos tan pronto cruzamos la plaza España, el sitio donde el bus hizo la primera parada. Se me aguaron porque hasta ese momento me di cuenta que estaba en una de las ciudades que más deseaba conocer. Para celebrarlo metí la mano en el bolsillo y, como tentempié, ¡glup!: la tercera pepa del día.

Pensé en bajarme en plaza Universitat, la siguiente parada. Me atrajo la torre de la Universidad de Barcelona en la acera de enfrente; me encantó el paisaje de decenas de muchachos patinando a lo largo y ancho del pavimento, el bullicio de quienes corrían afanados buscando las escaleras que bajaban al metro, esos aires de mundo con los que tentaba la terraza de un café ubicado en plena esquina, ¡y la cantidad de gente! Pero sin duda lo que me fascinó fue la sensación de estar en una ciudad en la que nadie me conocía; un lugar en el que no era más que un anónimo: no oía murmuraciones, gritos, susurros o carcajadas a mis espaldas como en el pueblo en que nací; gritos y susurros que hicieron de mí alguien silencioso, casi hermético. Aquí era nadie y eso me hacía inmensamente feliz.

Al final del recorrido, el bus abrió sus puertas en uno de los costados de la plaza Cataluña, frente a El Corte Inglés. Al bajar, un adolescente me entregó un papelito doblado con un nombre y una dirección: Hostal Central, Diputació, 346, y cargó luego mi maleta las dos cuadras que separaban la parada de bus del hostal, ubicado en el segundo piso de un edificio al que se ingresaba por un corto pasillo de piso ajedrezado y un ascensor de jaula ubicado en el centro de una escalera de caracol. Al salir a mi primera caminata por la ciudad y, durante los siguientes días, confirmé que no habría podido elegir un mejor lugar: el Barrio Gótico estaba a un paso, al otro lado de Las Ramblas, y al final, el mar; el paseo de Gracia, a un par de cuadras; el Eixample, justo detrás; Metro, el Theatrón local, un sótano de salas

separadas por oscuros laberintos donde la multitud se movía, excitada y extasiada cual termitas en bacanal, apenas cruzando la plaza Universitat. De las postales turísticas obligadas las únicas distantes eran la Sagrada Familia, Park Güell, Tibidabo y su cruz y Montjuic.

En El Bagdad, el templo barcelonés de sexo duro que existe desde la muerte de Franco, estrené la noche disfrutando una escena, con lluvia dorada incluida, entre la diosa del *hardcore* Sophie Evans y Holly One, el actor porno más pequeño del mundo, con menos de uno veinte de estatura, quien murió poco tiempo después. Luego del *pissing*, hubo un *show* de *bondage* y también *fist-fucking*. Todo era tan *heavyque* parecía normal: había gente entre el público que ni siquiera los miraba. Hice lo mismo, fingiendo mi pose más cosmopolita, y gasté dinero en unos cuantos tragos que compartí con una chica que dijo ser canaria, llevaba apenas un par de meses en el negocio, aspiraba a ser actriz porno y presumió de haber hecho *casting* en esos días con el actor italiano Rocco Siffredi. Luego me contó que la primera vez que tuvo sexo en público fue precisamente ahí, en El Bagdad. "Vine de copas con un amigo. Me invitaron a subir a escena y no me corté". La miré fascinado y ella sonrió altanera.

Barcelona sin Van Dyk no habría sido posible para mí. Lo oía noche y día, a mayores o menores decibeles. 'Face to Face', del álbum *Out There and Back*, era la canción que más repetía, especialmente al momento en que una nueva pepa reventaba. En una ocasión desperté sintiendo ese maravilloso hormigueo recorrer toda mi piel. Debían ser las dos o tres de la mañana y estaba tumbado, sudoroso, sobre el cemento. Entreabrí los ojos y toda una hilera de ángeles apareció frente a mí. Ángeles con el índice sobre los labios, como haciendo chssss, ángeles llorando recostados sobre cajas de hormigón, ángeles clamando al empíreo, ángeles de espaldas apuntándome con sus enormes alas, ángeles en posición de oración, ángeles con ambos brazos extendidos al firmamento, ángeles, solo ángeles y nada más que ángeles. ¿Era un sueño o acaso eran estos los ángeles clandestinos de Gómez Jattin que venían en legión a protegerme?

Levanté mi cuerpo y de repente, frente a mí, el mar. Ahí nomás, a un par de metros, todo era azul y olía salino. Como diría Pizarnik: "Yo sola, cerca del mar. Sola. Absolutamente sola. Esta es mi imagen de la felicidad". Me quité los audífonos y eché a andar rápido, casi a correr. Un gato se apareció frente a mí, luego descubrí otro observándome, uno más maullaba en la lejanía y el llanto enternecía, sofocaba. De repente vi que, bajo los ángeles, o junto a ellos, perdidos entre la ligera niebla y las hileras de pino, había mausoleos. Entonces supe que caminaba por un cementerio. Nadie quiera saber cómo logré ingresar a ese lugar a esa hora de la madrugada porque, de veras, yo todavía

no lo sé. Tampoco en ese momento me preocupé por averiguarlo. Me limité a preguntarme por qué Barcelona había destinado para sus muertos el lugar más bello, esa meseta de cara al mar, de cara al sol, arropada por pinos y cercada por amplias avenidas que se bifurcan en callejones. Por única respuesta quedó en mi cabeza la idea de que quienes lo planificaron dieron mayor valor a la eternidad. No en vano, lo supe después, en la mayoría de las tumbas los muertos están enterrados con los pies de frente al mar. Caminé por algún callejón y salté una verja. Al salir al parque Montjuic me senté largo rato a observar, allá abajo, a lo lejos, las columnas de la plaza España.

Fue entonces cuando, por entre las sombras y los pinos, apareció J.

A J siempre lo vi mil veces más bello de lo que debió de haber sido Modigliani. Quizá no lo fuera. Pero es lo bueno de enamorarse: solo se ve lo bonito. Era más bajo que yo, a lo sumo debía medir un metro sesenta y cinco, de piel mestiza, ojos aindiados color café —"qué bonitos ojos tienes / debajo de esas dos cejas", le canté entre sábanas más de una vez—, el cabello peinado hacia un lado, los labios carnudos, los dedos delgados y las uñas cuadradas y cuidadosamente cortadas. Tenía cara de ingenuo y hablaba despacio para que yo pudiera entenderle su español afanado ("¿Quién ha dicho que los chilenos hablan español?", le dije una vez que me encorajiné porque llegó tarde a una cita que teníamos). Con solo verlo se adivinaba que era un muchacho educado que había crecido en una de esas familias con varias generaciones bien alimentadas. Nunca hablé con él de Chile ni de política ni de Neruda ni de Mistral. A él no le interesaba la literatura y a mí tampoco hablar de ella. Las veces que nos vimos, siempre hablamos de él. Era su tema favorito y el que mejor conocía. Y a mí no me disgustaba oírlo.

Cuando lo conocí, iba a completar dos años habitando estas mismas calles. Él había llegado a Barcelona escapando del corsé familiar que le exigía continuar, hasta su muerte si era necesario, en el negocio paterno. Esa madrugada, así, nomás conocernos, me contó que sus padres conservaban esa vieja idea de que los hijos son una extensión de ellos, que les pertenecen. Él era el menor de tres hermanos, todos varones. Las tareas y expectativas familiares siempre habían sido repartidas equitativamente, pero los dos primeros murieron en un accidente de tránsito. Tras quedar solo, la presión de sus padres fue cada vez mayor. En ese momento del relato dijo una frase que retumbó largo rato en mis tímpanos: "Creo que ellos sabían que yo era gay antes incluso de que lo supiera yo, pero en lugar de ayudarme a hacerme fuerte, empedraron cada vez más mi camino".

Me contó que el saco se rompió cuando salió del clóset. "Una noche en vela me dije: si Dios todo lo ve, Dios todo lo sabe. ¿Por qué debo ocultar ante las personas lo que soy?". La madre no le volvió a

hablar y el padre se dedicó a pintarle un futuro lleno de humillación y sufrimiento. Un par de veces las discusiones entre ambos terminaron a los golpes. Cuando se dio cuenta de que todo era inútil, decidió seguir el camino impuesto y terminar los estudios universitarios. “Pero no fue más que mientras lograba hacer el dinero suficiente para irme”. Abandonó a la familia y le quedó esa mirada de cachorrito abandonado que parecía gritar la falta que le hacía volver a verlos. Ni siquiera se atrevía a llamarlos por teléfono.

Así que era eso: un muchachito adolorido a la vera del camino que se hacía el duro para sobrevivir. Ese dolor de agua estancada lo hacía ver bello. Y hacía, también, que en la cama se entregara con la ternura de quien nunca ha sido amado y sabe que luego de esta vez no volverá a sentir otra lengua curando su piel. Porque sí: era un tipo tan “duro” que era demasiado tierno. El trabajo como actor porno era su bandera. Como si militara por una causa perdida, usaba su cuerpo para gritarles a sus padres lejanos, tan obscenamente radicales, “déjenme en paz”. Él quería ver mundo. Como yo. Quería contar las historias de su pueblo, como yo.

No he vuelto a saber de él. En algún viaje posterior hablamos por teléfono. Por razones de tiempo no pudimos encontrarnos, pero guardo la ilusión de que un día de estos me lo tope actuando en algún filme porno o lea su nombre entre los créditos de *La llaga*, la película autobiográfica que escribía cuando nos conocimos. Ese pueblo de J, tan cerca de la Patagonia, ¿era acaso el mismo en el que yo crecí justo al extremo norte de Suramérica?

Los días siguientes a esa primera noche en El Bagdad me entretenía recorriendo la ciudad, deteniéndome aquí y allá con calma, insistiendo en volver a ver lo mismo una vez más. Entre pepas, sacaba tiempo y visitaba librerías, museos o me detenía frente a la arquitectura que le ha dado tanta fama. Así, había oído hablar de Gaudí, pero desconocía su obra. Un amanecer, bailaba con desconocidos en un antro en el segundo piso de un edificio sin luces y con balcones sobre la calle Balmes. Comenzaba a clarear, pero me negaba a llegar al hotel. Eso que yo solía llamar “el momento de la pernicia”. Me fui por ahí, a andar sin más. Un par de cuadras bastaron para toparme con el paseo de Gracia. Desde este lado de la avenida me sorprendió el edificio que se levantaba en la otra esquina. Visto desde esta distancia, semejaba una mole fantasmal que emergía en la mitad de un bosque y se burlaba de los desprevenidos transeúntes. Al menos eso creía ver yo en medio de los excesos. “Qué buen viaje”, me dije y crucé corriendo la calle.

Con los ojos puestos hacia lo alto, efectivamente, las paredes de la Casa Milà se me antojaban olas con su eterno vaivén. Y las luces,

todavía encendidas en su interior a pesar de que el sol iniciaba su ascenso, refulgían por entre los vitrales con la forma de las alas de una mariposa o acaso como una intrincada red tejida por una inmensa araña.

La información en la entrada decía que la puerta se abría al público a las nueve de la mañana. Me fui al sitio más cercano a comprar un café, regresé con el vaso humeante en la mano y me senté en el suelo con la espalda recostada en la pared del edificio ubicado al otro lado de la calle Provenza. Tan pronto se abrió la puerta, naufragué bajo esos techos en forma de marejadas a los que imaginaba cayendo sobre mí, y mis ojos se perdieron observando las treinta chimeneas que se levantaban sobre la azotea como si fueran rostros burlones.

No dormí ese día. O, bueno, sí, durante los quince minutos siguientes a la explosión de la última pepa. Más tarde, por la ronda de Sant Antoni descubrí la Librería Universal: su vitrina repleta de libros de cómics y de muñequitos de superhéroes. Podría ser un paraíso infantil, pero eran adultos quienes recorrían sus pasillos, adultos en edad, como yo, pero adultos que no somos más que niños.

Los cómics tienen su altar asegurado en mis nostalgias, pues fueron mis primeras lecturas. En el pueblo llamamos "paquitos" a los tebeos, herencia de una vieja cartilla infantil para aprender a leer. A la par que compraba quincenalmente para ella *Vanidades* y *Buenhogar*, mamá nos traía a los tres hermanos paquitos de *Rico MacPato*, de *Archie y sus amigos*, de *Lorenzo y Pepita*. Con el tiempo, el arrume de paquitos era tanto que, siguiendo el ejemplo de Toby, el amigo de *La pequeña Lulú*, un día se me ocurrió poner un pequeño puesto en el antejardín de la casa en el que los ofrecía en alquiler junto con un vaso de limonada. También vendía mangos cuando estaban en cosecha. Nunca vendí limonadas ni alquilé un solo paquito, pero a mi abuela materna, que era mujer de negocios, la conmovía mi espíritu emprendedor y cada semana me consignaba una pequeña mesada en una cuenta de ahorros que abrió a mi nombre en la Caja Agraria. Para que no se perdieran los paquitos, o se los llevaran "sin permiso" algunos de nuestros amiguitos, mamá decidió un día mandar a empastarlos cada vez que reunía cierta cantidad, de modo que al correr de los años había en los anaqueles de la biblioteca de mi casa unos diez o quince tomos elegantemente encuadernados en cuero negro y enumerados en el lomo con letras doradas en fuente gótica.

Si me hubiera empeñado en el negocio, quizá hoy sería propietario de una librería parecida a esta por la que ahora caminaba antes de bajar al primer nivel y encontrarme con el Paraíso Perdido repleto de todo tipo de cómics y de sus personajes de plástico en todos los tamaños, desde Batman y Robin, hasta los de Walt Disney; desde *El*

condón asesino, hasta cualquier colección de manga japonés. Tintín, Milú y todos los amigos. Agarré varios de ellos y me senté a jugar en el suelo ante la mirada sonriente de los demás. Y allí, perdido entre las estanterías, me reencontré con mi pasado. Corto Maltés parecía gritarme que no lo olvidara aun sabiendo él que nunca lo olvido.

En algo me le parezco: soy un hombre sin coordenadas. Me dejo llevar. Soy un voyerista que me asomo por las vitrinas para constatar de primera mano la luz de otras soledades, como Hopper. A veces me uno a los grupos de turistas para oír lo que en ese momento les enseña el guía; de política, y la crisis que nunca falta, me gusta conocer la opinión de los taxistas, aunque de los amigos que dejo en cada lugar he aprendido que no se habla de política si la economía va bien por casa. Salvo esto, ningún tema es vedado, en especial los que tocan la noche, aunque debo decir mejor, la madrugada. Es al amanecer, dando tumbos entre calles, cuando finalmente comienzo a llegar donde me interesa: al espíritu de cada ciudad. Es ahí cuando me deslumbro.

Fue al amanecer cuando conocí esta ciudad. Y si París era una fiesta, Barcelona era un amanecedero. Quería tragármela *d'une seule bouchée*, llevármela toda por delante, embriagarme con su desenfreno. Pero lo quería ya mismo. No había tiempo que perder: el próximo segundo podría ser el último. Si había de ser escritor, tenía claro que no quería ser uno de esos que conocen la vida a través, solo, de los libros, ni me interesaba encerrarme en una torre de marfil. Pedía más: quería por siempre sentir el placer del dolor, de ese dolor, de esa espinita que no me atrevía a sacarme del cuerpo.

Vivía como los vampiros. Todo era oscuro y me hacía reír. Llevaba en mi cabeza una bestia suelta que me costaba enjaular. Si hay que estar a la altura de la ciudad que nos recibe, ¿no había entonces que estar a la altura de Gil de Biedma? En Barcelona fui feliz. Ese tipo de felicidad de no tener que preocuparme por ser feliz: un amanecer en un apartamento en El Born; otro, en un bar de tinieblas en la calle Balmes, perfumado con el olor de los cigarrillos y el sexo que no acaba y esa eterna y bella banda sonora de fondo: el jadeo, la respiración entrecortada, el dame más, dame más, el bésame suave, negro, suave, suave, despacito, el ayayay sofocado por el pudor y la timidez; otro día, rodeado de putas en El Bagdad; luego, en el sauna Casanova después de las seis de la mañana; en un hueco por allá, con transexuales y meretrices, en los límites del Raval; una tarde gris, con ese actorcito porno, el gordito que hablaba enredado, que de día trabajaba en una floristería y los fines de semana se hacía acompañar de su hermana mientras lo sodomizaban durante las grabaciones, pues temía pasarse de rayas, tal cual le había pronosticado una gitana que moriría; otra vez, en una fiesta de tres días a la que me llevó J en una

casa a las afueras de la ciudad con unos cuantos actores de BelAmi, la famosa productora de porno, con Lukas Ridgeston al centro, con sus impresionantes ojos azul glaciar la primera vez que lo vi; una noche más, en los laberintos de Metro, tan atestados de topos lujuriosos que era imposible caminar, de modo que lo mejor era sumergirse en la maraña y dejarse llevar por los otros cuerpos, tan sudorosos, que hasta fantaseaba creyendo que buceaba en el mar.

De esa noche recuerdo que el gramo de mefedrona costaba muchísimo menos que una pepa. Es una vaina legal, lo que me lleva a sospechar si realmente vale la pena. Al final me dije: "Veamos qué es lo que es, porque en esta vida todo hay que probarlo para no morir con remordimientos". El camello que la vende asegura que me alcanza para cinco dosis y me recomienda que me ate a un poste y me agarre fuerte porque se me vienen al menos dos días de sexo sin final. "Ojalá sea cierta esa tormenta", le contesto entre sonrisas. Hago un par de rayas sobre la tapa del inodoro. Esnifo por una ventanita. "Esta mierda huele a meado de gato". Qué importa: ya entrado en gastos, aspiro largo y sostenido por la otra.

También recuerdo de esa noche que alguien intentó agarrarme la entrepierna. El aire era denso y caliente. Casi no se podía respirar. Sentí su mano, pero cuando miré alrededor no descubrí de qué cuerpo hacía parte. Había tanta gente allí, tantos hombres afanosos de sexo. Aún parece como si ahora mismo estuviera ahí: siento de nuevo esa misma mano intentando bajarme la cremallera del pantalón. No lo permito y huyo a empellones a pesar de que, de un momento a otro, comienzo a sentir por dentro un hormigueo y unas ganas excesivas de tocarme y ser tocado. Aquella se enhiesta de un tirón. Duele. Me quiero trepar por las paredes, cual si fuera una cabra en las montañas. De modo que salgo de nuevo a la pista huyéndole al desenfreno, justo en el momento en el que ingresa al laberinto uno de esos potros de lomo inquieto que pide a gritos una fusta que lo amanse. Al cruzar a mi lado me mira a los ojos directo y profundo, profuso. Telegráficamente me llega su mensaje y no me hago de rogar porque recuerdo de inmediato aquel canto de Nina: "So baby, love me, love me tonight. Tomorrow was made for some. Oh, but tomorrow, but tomorrow may never, never come". Así que, sin más, me le acerco y nos besamos.

Los franceses llaman *coup de foudre* lo que para nosotros traduce amor a primera vista: lo que haya de hacerse, que se haga lo más pronto posible. Mientras mis labios bajan lento hasta prenderse de sus pezones, oigo esa canción de Paul Oakenfold que se ha quedado enquistada para siempre en mi memoria, esa canción que es ese muchacho alto y flaco de pelo rufo, porque la música es también lo que nos recuerda: su lengua naufragando en mi boca, su mano asida

fuertemente de mi verga tiesa. Con un solo movimiento el hombre se hace a mi lugar contra la pared, con el rostro pegado al ladrillo. Baja sus pantalones hasta las rodillas mientras intento afanosamente ponerme el condón. Tan pronto lo mío llena el caucho, el caucho se rompe. Saco otro. Me aprieta mucho, pero ni modo porque no hay más. Me llega cercano el olor del *popper* mientras varios se masturban mirándonos. No alcanzo a detallarlos en la oscuridad, pero siento sus miradas y oigo en mi nuca sus respiraciones entrecortadas. La música, Oakenfold, este instante es el que me viene con fuerza a la memoria.Cinco, ocho, quince minutos: empepado, el tiempo no es el mismo tiempo y la arrechera dura una eternidad. Sibilo cadencioso. Las gotas de sudor, gordas y pesadas, me resbalan por la frente, por los brazos, por la espalda. El chico pide más. Hiperventilo. El corazón a noventa latidos por minuto. Estoy bañado en sudor de pies a cabeza, como un mar andante; el corazón a ciento cincuenta latidos por minuto. Tacatacatacatacataca; boqueo como un pez fuera del agua, con los pulmones que no tienen ya de dónde más bombear. Mis pobres huesos estremeciéndose hasta la médula, exprimiendo fuerzas de no sé dónde para continuar en pie. Bufo como un toro: el corazón a punto de colapsar. En lugar del tacatacatacatacataca se oye ahora ¡BUM!, ¡BUM!, ¡BUM! La aorta va a explotar. Pero nunca es suficiente y el venado exige más, más, más. Finalmente cedo a la tentación y aspiro del frasquito que alguien posa bajo mi nariz. “Duro, dame más duro… Reviéntame ese culo”, exige enfurecido el fulano justo cuando siento el ardor penetrar por la nariz y algo parecido a una olla de presión estalla en mi cerebro y el cerebelo y el bulbo raquídeo, y el lóbulo de aquí y el lóbulo de allá vuelan en mil pedazos dentro de mi cráneo, y yo comienzo a galopar como un caballo desbocado que echa espuma por la jeta. Alcanzo a ver desde lo lejos, desde el más allá del placer, la mirada excitada de los otros, sus manos tocando mi cuerpo, ilusionado cada uno en ser el siguiente. Pero en la vida hay que hacer fila para todo, y más para el amor. Saber que esos otros están tan excitados me excita más que este cuerpo que recorro por dentro. El muchacho rubio de repente pega un grito sostenido. Lo oigo llorar mientras siento su descarga. Pero no me importa y sigo. Al final no me vengo, ¿para qué terminar en seco la noche si faltan todavía tantos otros cuerpos por probar? El chico se voltea hacia mí. Me besa en la boca. “Gracias”, susurra entre sonrisas con una ternura que me ruboriza y se pierde luego entre la multitud mientras me subo el pantalón y organizo mi camisa antes de volver a la pista de baile con cara de yo no fui, sabiendo que no lo volveré a ver jamás, salvo cuando oigo esa canción, esa sola canción de Oakenfold, y entonces ese momento y ese lugar y todos esos otros rostros mirándome y todas esas manos tocando mi cuerpo volverán por siempre a mis recuerdos.

Apuro otra pepa y salgo a bailar a la pista cinco, siete, ocho, diez minutos, no sé cuántos. La música se detiene y todo el lugar es invadido por una luz ácida y eléctrica que golpea en la retina. ¡Qué sitio más feo! Me sorprendo al ver el desorden de vasos y colillas y condones y latas de cerveza y botellas vacías. Los clientes nunca deberíamos ver lo que esconde la oscuridad de una discoteca. Es como cuando el que desconoce el cine descubre que la magia no es más que una cinta. Con todo y traba, intento corregir la frase mentalmente, igual que hago siempre, pero no lo logro. Le falta poesía, carne, fuerza, sangre: "Si se descubre la magia, se pierde el interés". Aun así, la anoto en una servilleta como si se tratara de una frase reveladora que cambiará la suerte del mundo. Como la frase de los planetas alineados que conspiran a mi favor. En medio de la borrachera me burlo de mí mismo, y de paso de Coelho, mientras veo una cara conocida y solitaria entre la multitud. La multitud: los ojos inyectados de sangre, las miradas perdidas, los rostros estragados por cuenta de los excesos, los susurros entre amigos, los gritos de los compañeros que se han perdido del grupo, los cuerpos desvayéndose en los brazos de otro, de otros.

Rozo el cuerpo de ese conocido que desconozco, su torso descamisado y sudoroso, al cruzar a su lado en la fila para reclamar el abrigo. Su camiseta sobresale del bolsillo trasero de los yines descaderados, no usa calzoncillos y se le alcanza a ver la sombra donde termina la espalda. Es el único entre todos que parece no estar ni borracho ni drogado. Sus pupilas blanquecinas, como enjuagadas en cloro, dan esa impresión. De repente estoy ya en la calle y miro en plan levante desde la otra acera. La salida de las discotecas gais suele parecer la entrada de una fiesta de famosos con alfombra roja: todas las miradas se concentran en la puerta a ver si ese que sale es el que llevarás a casa. Me llama la atención ver a un hombre tan guapo saliendo solo de una discoteca. Intento saludarlo, al desconocido. El cerebro da la orden, pero la lengua no la cumple. Lengua indisciplinada, habrá que castigarla. Pero, ¿cómo? ¡Qué ebrio está el barco! El sol ya coquetea con la mañana. ¿Irme al hotel? ¡Ni de fundas! ¿A qué, si me sobran pepas en el bolsillo?

Quería más, más, más y no dormir hasta cuando el cuerpo finalmente cayera dos metros bajo tierra. Además, ¿cuál es el afán, si en casa nadie me espera? Así que, sin darme cuenta, sin proponérmelo, los pasos me llevan hasta la calle Casanova y pienso que la culpa la tienen los pies, que conocen caminos que no deberían recorrer. Sobre la esquina achaflanada, la puerta del sauna. La fila para ingresar supera los cien metros, pero no soy el último: pronto llegan más. Tardo más de media hora y pienso: "La pepa va a estallar y no quiero caer dormido en el andén". ¿Cuánto tiempo puede ponerse

en pausa una pepa? Me asaltan otras preguntas filosóficas y le pido al universo que conspire y detenga el efecto mientras sueño con la ducha. La piel caliente, sudorosa, y el agua helada resbalando sobre ella. Sueño de pie: el tiempo pasa a marcha lenta y termina el mundo, y yo allí, todavía, bajo la ducha. Finalmente logro entrar al lugar. Me desnudo. Y nomás.

Cuando despierto oigo gritos a mi alrededor, gente que corre en chanclas y toalla de un lado a otro, pero lo que realmente afecta mi sueño son las luces encendidas. Necesito total oscuridad para poder dormir: así es la fotofobia, hasta la luz de una luciérnaga me despierta. Levanto la cabeza de la banca frente al televisor. Dos hombres cruzan frente a mí vestidos de enfermeros. Llevan en sus manos una camilla. Sigo atortolado y no me muevo, echado allí como un oso dormilón. Sale más gente de allá, de donde antes provenían los gritos y de donde ahora se oye un angustiante y trémulo silencio. "Apártense, apártense", varias veces se repite la orden. Sobre la camilla traen a un hombre. Alguien le ha puesto encima la toalla, que lo cubre a la altura del pudor. "¿Murió?", pregunta uno. No alcanzo a ver su rostro porque el pasillo es corto y estrecho. "Es el Matías", se oye. Susurros, susurros, susurros. Y pienso cuánto me encanta el sonido de esta palabra: susurro. Suena como un susurro. La mente se me iba así de fácil con las drogas, siguiendo siempre el primer rastro que encontrara.

Cuando no hay nadie en el pasillo me levanto y camino hasta el cuarto de los hechos. Huele a mierda y a sangre revueltas. Hay una luz tenue, adormilada. Cierro los ojos y creo oír los gritos del placer confundidos con el terror de la muerte. ¿Cómo habrán sido sus últimos minutos? Imagino al chico en pleno éxtasis y al hombre de la guadaña mirándolo a los ojos. ¿Se habrá dado cuenta de que se iba? Camino hasta el *sling* atado al techo por cadenas al otro lado del cuarto, pero no me atrevo a tocar el cuero. Lo presiento tan frío como el frío del destino. Me da asco y miedo a la vez. "¿Sería tanto como llamar la muerte?", me preocupo y recuerdo aquel relato en el que José Luís Peixoto dice que quien ve la cara de un muerto es quien le sigue en turno. Y, bueno, me contesto sonriente, ¿acaso la muerte no es lo que tanto busco? Me rayan mis propias contradicciones. Prefiero pensar en el muerto: ¿se habrá balanceado allí, en ese *sling* que no me atrevo a tocar? Veo en un rincón la aguja suelta de una jeringuilla: "¿hizo *slamsobre* el *sling*?" y me pregunto si se "dobló", que no es más que jugar a rozar la sobredosis, mientras esquivo con los pies unos cuantos condones usados. Cuando salgo, el lugar ha vuelto a la penumbra. Aquí no ha pasado nada, señores, sigamos en lo que estábamos que a eso hemos venido.

Sobre la banca en la que antes me dormí está ahora un muchacho

con la toalla abierta, pajeándose. Su piel es morena y sus facciones me recuerdan a la gente del Caribe. Me mira a los ojos y sonríe con una sutileza que ni la Mona Lisa. Lo entiendo: la idea es insinuar, no correr a ofrecerse. Lo miro también. En la penumbra (solo hay la luz de la pantalla del televisor) se advierte cierto brillo de picardía en lo blanco de sus ojos. Desliza con suavidad la mirada hacia lo suyo. Me siento como el ratón con el que juguetea el gato. Me divierte. Bajo la mirada yo también hacia lo suyo, tan curvo que parecía señalarle el ombligo; y más que erecto, amenazante. "Este es dominicano", pienso mientras paso de largo y recuerdo la legendaria medida de Porfirio Rubirosa. Lo veo de reojo por última vez y él me devuelve una mirada herida, casi vacía.

Camino por entre los corredores por los que se accede a las habitaciones. Por entre las puertas abiertas veo a uno acostado de espaldas moviendo el culo insinuante (o vulgar, según se mire); en otra habitación, uno de pie sodomiza a otro en cuatro sobre la cama y pienso en aquellos a los que les encanta que los vean teniendo sexo como una invitación al voyerista para que también participe. Porque luego de la muerte el sexo sigue: Barcelona es puro *chemsex, chemical sex*, sexo químico.

Llega la policía y nos hace pasar uno a uno a interrogarnos en el pequeño bar a un costado de la entrada. Los efectos han desaparecido, salvo el dolor de cabeza que comienzo a padecer poco tiempo después de despertar esa mañana —bum, bum, bum, las venas de las sienes trepidan como si fueran a estallar, cada vez más fuerte: imagino que en cualquier momento pueden romper la piel— y el sabor de tantas pepas juntas que resbala por mi garganta. ¡Cuánto detesto ese sabor! Miro el reloj en la pared. Tictaquea. Finalmente paso al banquillo. 2:37 p.m. Me pienso ridículo contestando preguntas a un policía, vestido tan solo con una toalla tan húmeda que todo lo trasluce. "Yo estaba dormido", contesto. El hombre juguetea con la barba como si fuera un personaje de la televisión. "Sí, eso dicen todos".

Ya en la calle, oigo a un par. "Se pasó de coca con la viagra". Los ojos se me despepitan. La culpa se desliza por todo dentro de mí como la luz del sol que penetra en una habitación y poco a poco se adueña de la mañana. Me pongo pálido por dentro, me cojea el alma. Siento ganas de llorar, pero me contengo. ¿Por qué habría de permitirlo? ¿Acaso llorar me va a hacer más fuerte? ¿Acaso lloraba aquellas tardes en que pasaba aquello? "¡Ni mierda!", me digo con rabia y sigo a paso firme, pero lento. Resistir no es gritar, ni camorrear, ni alardear con golpes de pecho, como los gorilas, para parecer feroz y ahuyentar al enemigo. Es más bien permanecer en pie. Solo eso. Como el boxeador apaleado contra las cuerdas, el rostro sangrante, los ojos en carne viva y sin una ñisca de fuerza para sostenerse y, aun así, se niega a dar el

brazo a torcer cuando su entrenador tira ante el juez la toalla para dar por terminada la contienda. Así he sido desde pequeño: prefiero morir a ser derrotado. No por los hombres, inseguros, frágiles y fracasados, sino por la vida, que es lo que importa.

Por eso, lo que me asusta ahora en Barcelona es pensar que, si algo me pasa, nadie sabrá quién soy, de dónde vengo ni para dónde voy. Eso es lo que me preocupa: lo que sucederá con mi cuerpo cuando ya no esté aquí para ocuparme de él. ¿Me llevarán a la morgue y me enterrarán luego como a un n.n.? Como al poeta, quizá, que todavía nadie sabe dónde diablos lo escondieron tan pronto lo fusilaron, mientras que a sus asesinos les rinden en sus tumbas honores y pleitesías.

Siento un ardor que me sube del estómago. El esófago me quema. Debo detenerme a mitad de la calle porque la tos no me deja respirar. Entro a una farmacia a comprar alguna pastilla. Detesto tomar pastillas. Puedo estar muriéndome, pero creo que los medicamentos matan más de lo que alivian. En esta ocasión parece que no hay de otra. Me piden fórmula médica. "¿Para una gastritis? Pero si eso en Colombia se vende como pan recién salido del horno". La chica se alza de hombros, como diciéndome vaya y cómprelas en su país.

Camino al hostal. La quemazón es cada vez peor. Siento salir del esófago una humareda negra. Me digo una y otra vez que aquello no es gastritis, que el ardor es puro invento mío, que desde chico todos los problemas los somatizo, que aquello no es más que culpa por lo que he presenciado en el sauna. La culpa por haber estado allí. La culpa que es también el miedo de saber que aquello bien pudo haberme pasado a mí. La culpa: esa lombriz que culebrea por entre mis tripas alimentándose de mis miserias, de mis miedos, de mis complejos; esa larva que me irrita y me amarga y me atormenta; ese gusano que sonríe con mis angustias; esa que solo es feliz haciéndome sentir poca cosa, convenciéndome de que soy menos que nada. ¿Para qué arrancar ese gusano de las tripas si es el que alimenta la tortura y el dolor? La culpa, esa amargura que me anima la vida.

Podría comerme una pepa sabiendo que cualquier mal se me va pronto, pero me da por pensar en aquel chico que murió por los excesos. "Pero yo no meto coca ni tomo pastillitas azules", me digo para caer en mi propia trampa. ¡Qué fascinante es el autoengaño! Lo conozco bien, mejor que las palmas de mis manos. Pero lo dejo que actúe porque, ajá, no es malo mentirse a uno mismo una que otra vez. Así me digo y así de fácil me convenzo porque la que es puta es práctica, como dice mi amigo, la Lupe; y la vida ha de seguir. De modo que saco otra pepa del bolsillo, la miro. La carita feliz esculpida en una de sus caras me hace ojitos. Susurra suave y melodiosamente: "Trágame, trágame". Salivo de placer imaginando oír el gluglú

mientras atraviesa mi garganta. Pero no. Entro a un locutorio y mando un mail a N, mi amigo en Berlín: “El muerto es otro”.

Subo a la habitación. Entro al baño, enciendo la luz. Toda la pared del fondo es un solo espejo. Detesto los espejos, no soporto que me miren los espejos, aborrezco la sola palabra. ¿No basta con tener que “verme” por dentro todos los días? El amor es para los lindos y con los estragos de la noche estoy ahora muy feo para que alguien me quiera. ¡Ni yo mismo soy capaz de consentirme! Orino con la luz del baño apagada; orino como si nunca antes hubiera orinado: demoro más de cinco minutos desocupando la vejiga. A la cama entonces. Doy vueltas y vueltas y vueltas. ¡Cuánta falta me hacen mis almohadas que de tanto usarlas están ya talladas con las formas de mis sueños! Los científicos del caso afirman que a una persona que no duerme durante largos períodos se le imposibilita generar nuevos recuerdos. Dicen que el cerebro hace clic y desconecta el limbo al que van a parar todas esas nuevas experiencias que luego se entremezclan en la memoria como si fueran una ensalada de lechuga, tomate, zanahoria y aguacate. Hubiera sido feliz de haber conocido este dato en la niñez con tal de evitar que se almacenara todo aquello que nunca debió suceder y que no lograba ahora que rebotara y saliera corriendo, ahuyentado por el chispún chispún chispún y la alegría y el jajajá.

En lugar de un sueño esto es una pesadilla: de nuevo lo de antes, lo de siempre, ese pánico al pensar que moriré solo, a 8.582 kilómetros de casa, y que encontrarán mi cadáver varios días después, cuando la hediondez inunde todo el hostal. Es un miedo recurrente —denso, pesado—, que me paraliza nomás con pensarlo y ahora está ahí, acostado a mi lado en esa cama fría, en esa cama extensa, en esa cama a la que le sobra más de la mitad del colchón. Y así estoy ahora: solo. Como cuando de niño enfrenté el abismo de vivir en pecado o no vivir. Y luego negarme en público para sobrevivir. El miedo ahí y uno sin poder hablarlo, sin tener al lado a alguien en quien confiar.

Y había una rabia. Todo me molestaba: la gente, la casa, el colegio, yo mismo. En el audio que retumbaba en mi cabeza se repetían el ¡buuuuum!, el pum pam, el traca traca. El silencio de esa rabia era buscado: sabía que cada palabra que dijera era una bala dispuesta en el tambor. No quería matar sino tan solo herir para que cada vez que esas personas me vieran recordaran, con su propio dolor, el dolor que me habían causado. “Aunque el destino sea trágico, hay que seguir adelante”, había anotado la frase en otra servilleta olvidando el nombre de su autor.

En casa de mis padres, donde vivía, me movía a hurtadillas, con el temor siempre de un nuevo regaño, de una nueva culpa, de otra comparación. ¿Cómo vivir en casa propia cuando no eres más que un invitado? Yo mismo también me castigaba. ¡Y bien fuerte! Me

deslizaba cauteloso, como un ratón, usando siempre zapatos de suela silenciosa; ni alzaba la voz ni carcajeaba para que no me notaran; sonreía para que de antemano me perdonaran la existencia. Hubo un tiempo en el que evitaba de mi mente cualquier idea "abyecta" creyendo que alguien podía leerla y descubrir el "pecado" que arrastraba. Y a la hora de las comidas me concentraba en lo que había en el plato, evitando tener que sostenerle a alguien la mirada para que no pudiera leer mis pensamientos.

Fueron tiempos difíciles. Siempre lo fueron: el mundo no es un buen lugar para vivir. Era la culpa, ahora lo sé, la culpa por saber que me habitaba lo que para los otros no era más que la maldad, ese "monstruo" que crecía en mí cada vez con más fuerza y no lograba dominar. Aquel daño que me hacía a mí mismo… No lo sabía, pero así opera la culpa. ¿Cómo no temer de ti mismo cuando todos te gritan que por dentro arrastras al mismísimo demonio?

En aquel entonces vivía en una esquizofrenia. Oía voces en mi cabeza: la voz de mi propio Pepe Grillo que me decía que cualquier cosa que hacía estaba mal hecha; una voz que me limitaba, que me reprendía, que me insultaba, que me inmovilizaba, que me ataba, que me impedía cualquier vestigio de libertad. "No hagas esto, ni aquello, ni mucho menos eso otro". Muchísimos años después aprendí de todo eso que no hay mayor miedo que el que uno siente por uno mismo, por dejar aflorar todo aquello que se reprime, por permitir que otro supiera —¿o sepa? ¿Cómo debe ir el verbo aquí?— lo que movían mis deseos, lo que yo era; miedo a permitirme todo aquello de lo que me sabía capaz. El lío es que, de tanto pensar en ti, te vuelves narcisista y el problema con el narcisismo no es el egoísmo, sino la incapacidad de entender que los otros también sienten. El narcisismo no deja ver a los otros. Nos hace insensibles ante todo lo que no sea el yo.

Algo que escribí en mi pubertad con esa letra agarrapatada que me cuesta tanto a mí mismo leer, dice: "Salvo escribir, todo me asusta". Escribir era lo que hacía para liberarme, pero, ante todo, lo hacía como un acto de resistencia. ¿Escribo, luego vivo? Era también lo único en lo que confiaba, y por eso estoy cargado de papeles desde la adolescencia: cuadernos, libretas, hojas sueltas, post-it, pañuelos, servilletas. Cajas repletas con papeles en los que he documentado toda mi existencia. Y luego está la soledad, esa mariposa negra que se mete en el alma y una vez allí es imposible de espantar. Leo en una libreta de tiempo atrás: "Nadie imagina lo difícil que es tener que vivir solo conmigo mismo. Necesito la compañía de mis demonios. De todos. Me ayudan a enfrentar, día a día, no el odio, ni la furia, ni la burla, ni aquello ni lo demás, sino lo peor: la resignación, eso de tener que ser lo que soy como si se tratara de un libreto escrito desde el más allá; un libreto al que no puedo aportarle nada diferente de lo que ya dice; un

libreto en el que me debo conformar con ser tan solo el protagonista; un libreto en el que 'elegir' no es un verbo que pueda pronunciar en primera persona".

De modo que para lograr el sueño esa tarde en Barcelona, me imaginé en otra piel, en otro cuerpo, en otros huesos más fuertes que los míos. "Si fuera un animal, sería un morrocoyo", me digo. Como hubiera querido serlo cuando niño para perderme en la tierra y no volver a casa nunca más, pero también por saber que su corteza es tan fuerte que nadie puede atravesarla. Entre sueños, oigo en la habitación de al lado, o creo oír durante la duermevela, un piano alegre y una voz que canta que se me hace familiar.

I wish I knew how
It would feel to be free
I wish I could break
All the chains holding me
I wish I could say
All the things that I should say
Say 'em loud say 'em clear
For the whole round world to hear.

No sé hasta las cuantas duermo. Solo sé que, al despertar, la pena me obliga a mantenerme acaracolado bajo las cobijas. Está todo tan oscuro y hay tanto silencio que imagino estar en un ataúd. Solo se oye, como una uña que se hace trizas al deslizarse sobre un vidrio, la voz de aquella mujer en la habitación de al lado; la voz de aquella mujer que ahora identifico claramente: la voz de Nina Simone, tan desgarrada, tan desgarradora, como la cuerda de una guitarra.

I wish I could give
All I'm longin' to give
I wish I could live
Like I'm longin' to live
I wish I could do
All the things that I can do
And though I'm way overdue
I'd be starting anew.

Al segundo día, la culpa comienza a disiparse. La idea no es morir. La idea es vivir al límite. Como un funámbulo cojo que camina sobre la cuerda floja. Pienso que mañana amaneceré con los labios desbordados de aftas, como cuando le tenía miedo al sida y pensaba que moriría con la boca colmada de llagas. Las llagas del estrés, del miedo, de la culpa; las llagas de la muerte. "Lo malo de morir es que

uno no puede disfrutar de su propio funeral”, me digo sabiendo que hay algo peor: que cuando uno muere la vida sigue como si nada para los demás. Uno bien muerto y todos esos hijoeputas bailando sobre la tierra, como la cola que le han cortado a una lagartija. Pero no hablemos de esto por ahora, pues las hormonas vuelven a impacientarse.

Como si fuera un adolescente alebrestado, el resto de los días camino como perro jadeante buscando en cada rincón un celo nuevo. Acaso, como escribió mi propio sabio catalán, “para saber de amor, para aprenderle, haber estado solo es necesario. Y es necesario en cuatrocientas noches —con cuatrocientos cuerpos diferentes— haber hecho el amor. Que sus misterios, como dijo el poeta, son del alma, pero un cuerpo es el libro en que se leen”. Porque así, Gil de Biedma se me adelantó y escribió todo lo que yo hubiera querido tener el talento para escribir.

Todo empezó en mi adolescencia, mucho tiempo después de descubrir que crecía en mí ese otro yo que para el resto del mundo no era más que un súcubo, un pecado, una aberración (cómo resuenan las palabras de esa Iglesia que nos llena el morro de perversiones). No solo era pecado. También era ilegal. Que dos personas del mismo sexo se revolcaran en la cama estaba tipificado en ese entonces en el Código Penal. No supe de nadie que hubiera estado en la cárcel por ser homosexual, pero el riesgo estaba ahí.

Valledupar en ese entonces no alcanzaba los sesenta mil habitantes y todos nos conocíamos, o al menos bastaba con conocer los dos primeros apellidos para saber de quién era hijo, quiénes eran sus abuelos, qué historias ocultaba su familia, cuáles eran sus taras, sus lunares negros, sus ovejas rosadas.

En mi familia no había ovejas rosas, lo que me hacía aún más solitario, más inseguro y, por supuesto, más necesitado de mis propias verdades. Desde niño, lo que más recuerdo haber buscado fue a otros que, como yo, llevaran por dentro esa supuesta pulsión malsana que cada vez se hacía más grande dentro de mí.

Es fácil decirlo ahora que he cruzado a salvo el puente. Sin embargo, mi adolescencia estuvo plagada de pesadillas y sueños con la muerte. Mil veces pensé en el suicidio, mil veces hubiera querido hacerlo: hundir la daga en la panza, desgarrar la herida y sacarme a fuerzas las entrañas hasta dejarlas tiradas sobre la arena, como dicen que hizo Marco Catón cuando César lo persiguió. También me encerré en mí mismo para que todos me borraran de su memoria. El olvido, esa otra manera de morir.

Yo no puedo olvidar, por más de que lo intento. Y menos cuando estoy empepado. La droga me devuelve los recuerdos que siempre he

querido dejar atrás. Y luego el bajón, que llega cuando comienzo a sentir que el efecto se va. "¡Es la serotonina, estúpido!", me repito para no olvidar que el asunto es temporal, para no olvidar que de esta depre de mierda también saldré, para no olvidar que tarde o temprano dejaré de llorar. La otra opción es hacer lo de siempre: tragarme otra y otra más. Esta vez, reponiendo fuerzas con un café y una torta de zanahorias y con el libro de Orton que acababa de comprar sobre la mesa, me dejé llevar por el guayabo.

No fue la mía, jamás, una infancia inocente. ¿Cómo, si mi alma no estaba exenta de toda esa culpa? No era una culpa propia, aclaro, sino impuesta. Hasta me preguntaba de qué era culpable. ¿Cómo podía seguir siendo cuando pretendían convencerme de que no podía ser? No hablo de algo que pasó una sola vez. Sucedió durante años enteros en los que me preguntaba si todo ese odio era solo por desear a los hombres, lo que lleva a la eterna pregunta: ¿por qué debo ser como los demás, si no soy como los demás? Más que machista, Valledupar es un pueblo sospechosamente misógino. La misoginia no implica solamente odio hacia la mujer, sino un miedo profundo a lo femenino. Lo opuesto a ese macho duro y arbitrario que grita, golpea e impone es lo sensible, la ternura. Y esa misoginia, como tantos otros prejuicios, la heredé. "Todo, menos femenino", me decía.

Yo era ya un niño solitario cuando mis padres se mudaron a una casa, en un barrio a las afueras de la ciudad, llamado Novalito. A partir de ese momento mi mundo eran mis dos hermanas y las cuatro niñas que vivían en la casa vecina, las dos únicas residencias en quinientos metros a la redonda: solo mujeres que jugaban a las *barbies* y a la casita y yo, que no tenía con quien jugar.

Poco después aparecieron el cine y los libros y aquello fue para mí como el mar que se abrió frente a Moisés. Descubrí que "no solo de pan vive el hombre ni solo habita en la casa del Señor". Convertí en lema esta frase que memoricé de alguna lectura que ahora no recuerdo. La literatura me permitía salir de allí, viajar a otros pueblos, soñar que algún día podría irme a vivir en alguna de esas ciudades que servían de escenario a las películas. Quizá en el Buenos Aires de Sandro de América o de *La Mary*, una cinta "escandalosa" en la que salían Susana Giménez y Carlos Monzón.

El primer libro que leí completo, de un tirón, fue *Robinson Crusoe*, la novela de Daniel Defoe, de una edición juvenil. Inmediatamente se convirtió en mi héroe. Yo vivía, como él, en una isla en la que no tenía con quién hablar, a quién gritarle, a quién amar. Quizá algún día aparecería un Viernes, pero no era lo que me preocupaba en ese momento.

Con *Robinson Crusoe* aprendí a jugar con los personajes de ficción,

a conocerlos, a moldearlos, a hacerlos mis amigos. No leía para contarles a otros lo que leía. Lo hacía para apropiarme del universo que me ofrecía el libro y jugar luego con él —y eso me quedó—. Sucedió lo mismo con la escritura: no lo hacía para compartirla, para presumir de ella, sino para divertirme en solitario con los personajes y las historias que creaba, aunque también para demostrarme que podía hacerlo.

Nadie mostraba interés en mis palabras y pronto dejé de interesarme en hablar con alguien más que con los animales de plástico con los que me divertía cada día bajo las ramas de la trinitaria con flores de colores obispales, al fondo del patio de la casa. O jugaba solitario en mi habitación, construyendo casas con las fichas de Estralandia. Crear esos mundos me hacía muy feliz. A esto se sumó que me volví enfermizo y mal deportista, lo que comenzó a generar sospechas en mis compañeros, que pronto me hicieron a un lado y comenzaron a gritarme "mariquita". Quizá por ello, nunca fui llamado para engrosar las filas de algún equipo al momento de patear o batear. Preferían jugar incompletos antes que aceptarme como parte del grupo. Yo no era astuto para esas lides, me faltaban pericia, malicia y fuerza. Fue justo en aquel momento cuando encontré mi primer gran refugio: el cine. Mis abuelos maternos habían fundado en 1952 el primero que tuvo Valledupar, y en ese momento eran cuatro. Uno de ellos estaba tras cruzar una pequeña puerta en el patio de su casa. Me acostumbré todos los días a ver la película de cartelera. Era cine mexicano, wésterns, kung-fu, puño, patada y esas cosas, pero eran historias que me llevaban a imaginar otras. Más que cualquier libro, el cine fue para mí lo que el hielo para Aureliano.

El cine fue un rayo de esperanza. Soñaba, cada vez más, con personas y lugares desconocidos. De hecho, comencé a inventarlos con tal de salir de allí, aunque fuera solo en mi mente.

De tantas cintas que vi en aquellos años solo recuerdo tres que aludían a lo gay: *La gata sobre el tejado de zinc, El zoo de cristal* y *Reflejos en un ojo dorado*, sumadas a las trusas que usaba Sandro de América en sus películas y que encendían mi lujuria; o algunas escenas que parecían escritas como para "el que lo entendió, lo entendió", como aquella en la que Ben-Hur y Messala entrecruzan los brazos para brindar por el reencuentro: "Después de tantos años, todavía cerca", dice uno y el otro contesta: "Sí, en todos los sentidos». Y otro diálogo, esta vez en *Río Rojo*, en el que John Ireland le dice a Montgomery Clift, ambos en el rol de varoniles y apuestos vaqueros: "Bonita arma la que tiene usted. ¿Me permite verla?". Montgomery hace entonces ese gesto de consentimiento de rascarse la nariz que tantas veces había visto en algunos hombres de mi pueblo que se miraban con deseo. Montgomery entonces le entrega su arma mientras

Ireland se saca la suya y se la da en la mano: "Tal vez le interese ver la mía".

En ese entonces las películas demoraban hasta un mes en ser rotadas, de modo que, cada vez que repetían *Río Rojo*, imaginaba en esta escena a esos mismos hombres de mi pueblo, deseoso cada uno de confirmar el tamaño del arma del otro, pero incapaz de pedirle que la desenfundara. Aunque con los años me enteré que esto sucedía más a menudo de lo que yo hubiera podido imaginar.

Y en mi afán por encontrarme a mí mismo encontré la literatura. No había librerías en Valledupar, pero papá con frecuencia volvía de Barranquilla cargado de libros que compraba en la Librería Nacional. Camus, Faulkner, Steinbeck, Hemingway… eran los nombres más repetidos en la biblioteca. Ni siquiera en Capote encontré lo que buscaba. ¿Acaso yo era el único marica en el universo? Sin embargo, había algo en los libros que me encantaba: la existencia de un mundo lejano e inmenso al otro lado de las montañas de ese valle donde nací.

La casa de mis padres era lo más cercano a un club social: todo el día, todos los días, había amigos que la visitaban. Desde que me despertaba había gente merodeando por ahí. Entre mi habitación y la cocina debía pasar por el *hall* de las mecedoras donde siempre había "adultos hablando cosas de adultos". Solían ser las mismas personas que chismeaban siempre de lo mismo con palabras cargadas de miedos, de envidias, de prejuicios. Entre más gente había, más solo me sabía. No encajaba en ese lugar. Luego vino el colegio, esa herida que se abrió para siempre, y me sentí aún más solo e inseguro.

Además de literatura, en la adolescencia descubrí el placer por las revistas de banalidades, tipo *Buenhogar* y *Vanidades*, y por las *Selecciones* del The Reader's Digest, que acumulaba papá. Y había una cuarta revista a la que me hacía clandestinamente y ocultaba bajo llave, como veía que otros más hacían: *Playgirl*. Así como mis compañeros se masturbaban viendo *Playboy, Penthouse* o *Hustler*, o teniendo sexo con las burras y las cabras, a mí me gustaba hojear *Playgirl*. Ver cada mes un nuevo ejemplar de esta revista me invadía por dentro de deseo. Pero que nadie lo imagine, pues no era un deseo sexual. Aquellos cuerpos de hombres desnudos me hablaban de libertad; me confirmaban lo que ya sabía: que había otro mundo, un mundo donde la gente era tan libre que no le daba importancia a mostrarse desnuda ante los demás; un mundo donde la gente no tenía ataduras, ni se preocupaba por resaltar las culpas ajenas ni escandalizarse con los juicios morales. Tenía quince años cuando decidí alistarme en la Escuela Militar de Cadetes que, equivocadamente, creí sería mi tabla de salvación.

Cuando leí *Maurice*, de E.M. Forster, ya vivía en Bogotá, en los

ochenta, y su lectura fue importante no solo porque me confirmó que no estaba solo, sino porque es una novela escrita desde una perspectiva no condenatoria. “Ah, entonces sí se puede”, me dije a mí mismo. Para entonces tenía un par de amigos gais con quienes me iba de juerga. Las discotecas me divertían un rato, pero no resolvían mis preguntas. Me hacían creer que me aceptaba como gay, que sentía eso que llaman con pompa “orgullo”, mientras por dentro seguía negándomelo. En el empeño por otros libros que hablaran de mis dilemas conocí a Whitman, a Kavafis, a Mishima, a Yourcenar (amé tanto *Alexis* que la repetí de corrido tres o cuatro veces), a Isherwood, a McCullers… Encontré entre estas páginas las mismas dudas, los mismos problemas sin resolver. “La literatura no trae respuestas, pero te ayuda a encontrarlas”, leí también por entonces.

Fue en ese camino que me topé con Corto Maltés, que no es gay, pero es como si lo fuera. Es elegante, bonito, cosmopolita, pero, sobre todo, es libre. Libre como un gato. Es decir, como un gay. Y entonces quise ser como Corto Maltés: ni justiciero ni moralista. Tan solo un aventurero que recorre el mundo sin tener que explicarle a nadie por qué es como es. Corto Maltés me enseñó a soñar con la libertad y la libertad, lo entendí entonces, no es más que ser uno mismo.

Escribir no fue una decisión. Ni siquiera lo pensé. Lo hice por la necesidad de buscar mi propia voz en un entorno que negaba la mía. En un pueblo misógino que desconocía la opinión de las mujeres, que las obligaba a callar, un marica no era más que un mudo. Yo era visible solo para las burlas, pero mi voz era inaudible: me gritaban, pero no me permitían hablar. Sentía todo el tiempo un pesado pie en la garganta; una parálisis de las cuerdas vocales impuesta por todos esos señores que se creían superiores por presumir de muy machos. Del silencio de aquellos tiempos me fue quedando una voz que gaguea cuando me encuentro de repente hablando ante el silencio ajeno.

De modo que desde muy joven enfrenté la disyuntiva de escribir o escribir. No había otra opción. Me encerraba con doble seguro en mi habitación y escribía historias cargadas de terror porque era lo que sentía en ese momento: terror ante la vida, terror a que cualquiera supiera que habitaba en mí un monstruo que luchaba cada vez con más fuerzas por hacer añicos los barrotes.

Dejé de escribir cuando me gradué de abogado. No pensé en volver a hacerlo hasta que se me cruzó una novela que, de alguna manera, cambió mi vida: *En el camino*, de Jack Kerouac, y con ella descubrí que se podía escribir desde el margen. Solo que en ese momento no se me ocurrió escribir absolutamente nada, ni al día siguiente, ni al otro mes, ni siquiera en los dos o tres años que pasaron después. Pero la creación aparece de maneras misteriosas y escribir no es un asunto tan

simple como teclear frente a un computador. La creación obedece a un proceso, que a algunos nos toma más y, a otros, menos tiempo. Yo soy de los lentos, quizá porque no me afano y permito que mi mente haga su trabajo mientras me dedico a realizar cualquier otra cosa. Esto lo aprendí una mañana de sábado cuando caminaba las cuatro cuadras entre mi apartamento y el gimnasio que diariamente frecuentaba y de repente se me vino de chorro una historia inesperada. De chorro: como un caudal. No lo dudé. Regresé a casa, me senté frente al computador y, atropellando la gramática, comencé a tipear los primeros párrafos de la biografía de Edwin Rodríguez Buelvas.

En esa época yo trabajaba en la Contraloría General de la República. Era uno de esos burócratas aburridos que sobrevive entre las 8 y las 5 sorteando la pesadez de los chismes, las intrigas de los mandos medios y los intríngulis del poder y su hermanastra, la corrupción. Una ostra se divertía mil veces más que yo. Pero al llegar a casa todos los días, promediando las seis de la tarde, me iba al gimnasio y monologueaba: adelantaba mentalmente el tramado de la historia, es decir, de la lucha. Porque la trama, como la vida misma, siempre es una lucha. Al volver luego a casa me encerraba en el pequeño estudio sin ventanas ubicado al otro lado de la cocina y transcribía en el computador lo que ya había tallado en la memoria: la lucha de Edwin Rodríguez por alcanzar la fama y los detalles azarosos de su vida privada. Los detalles, los detalles, los detalles, que son los que dan verosimilitud y fuerza a una historia y a un personaje.

Mientras escribía, no pensé jamás en un posible lector. En uno siquiera. Este fue el contexto: me sabía excluido. A pesar de vivir físicamente en Bogotá, seguía atado a lo que pensaba de mí toda esa gente que yo había dejado atrás. De modo que ni siquiera concebía la idea de que alguien pudiera leer algo hecho por mí.

La primera persona que leyó esa historia, varios años después de haberla terminado, fue un compañero de la oficina. Este hombre había vivido las últimas décadas en Nueva York y le sorprendió encontrar en mi trabajo rastros de *American Psycho* (el protagonismo de las marcas y los sitios de moda, por ejemplo), la novela de Bret Easton Ellis que había sido publicada apenas un par de años atrás y que yo desconocía. En ese momento para mí no era claro que ese texto que yo le había entregado a mi amigo podía llamarse novela. No supe si sus elogios fueron sinceros, pues suelo recelar de la sinceridad de los aplausos recordando el mantra del fatalismo que viene de Laocoonte: “Desconfía de los griegos cuando traen regalos”. Sin embargo, sus palabras me motivaron para entregarle el texto a un segundo amigo, un cuentista cubano que dictaba un taller de escritura en ese entonces en Bogotá; y luego a un amigo vallenato que para entonces estudiaba Literatura en la Javeriana y finalmente a una de mis amigas más

cercanas, cuya familia había crecido, como yo, en Valledupar. Los consejos de estas cuatro personas fueron claves para terminar de apuntalar mi trabajo, pero, más aún, para llenarme de fe en lo que hacía.

Este recorrido no tomó poco tiempo. Inicialmente necesité tres meses para trascribir en el computador a velocidad de ráfaga toda la historia tal cual llegaba a mi cabeza. Seguí el doloroso proceso de leer y releer y otra vez reescribir cada vez más y más palabras y más frases y más ideas y más párrafos y más páginas, aunque me parecieran efectivas, para dejar al final solo la abstracción, una línea escueta sin floripondios ni arandelas así se trate, como en el caso de esa historia, de un personaje que solo sabe expresarse con barroquismos; desde todo eso, decía, hasta entregar el texto a esta amiga, transcurrieron casi tres años en los que aprendí a solas que el proceso de la escritura tiene dos instancias: uno mágico, divertido, que corresponde a la creación; y otro doloroso, pesado y muy aburrido, que es el trabajo de edición. En mi caso, lo divertido fue muy breve. Lo aburrido, en cambio, fue lento. Lentísimo.

A fines del año 2000 entregué por primera vez el manuscrito a una editorial para recibir, cuatro meses después, la primera carta de rechazo. A lo largo de los dos años siguientes las editoriales se negaron a publicarla bajo el argumento "Colombia no está preparada para algo así", dicen las cartas de respuesta.

Llegué al Premio Nacional de Novela por mera casualidad: la lectora de una editorial insistió en que enviara el texto a concursar. Resultó ganadora apenas tres meses antes de decidir embarcarme en esta aventura que inició en París y siguió en Barcelona, adonde llegué embebido de felicidad, de ganas de celebrar, de desquitarme con la vida y de buscar nuevas historias. Fue así como mis pasos me llevaron a Antinous, una librería especializada ubicada en la orilla sur del Gótico. Joseph, su librero, me guio y le compré *Teleny*, de Wilde; *La muerte de Tadzio*, de Luisgé Martín; *Memorias de un nómada*, de Paul Bowles; los *Diarios*, de Joe Orton.

Comienzo la lectura con este último y me encuentro con otro como yo, con ansias de mundo y de placeres. Busco más sobre él. Me adentro en su biografía mientras pienso que no debí haberlo hecho. Su historia es corta: hijo de obreros, fue un hombre sin estudios, alguien común y corriente salvo por una corta estadía en la cárcel por robo y daño en cosa ajena luego de que, durante un rato largo, se dedicara, junto con su novio, Kenneth Halliwell, a cambiarles las portadas a los libros que robaban de la biblioteca pública, con las que luego decoraban las paredes de su apartamento. Todo así hasta que, a los 31 años, logra el éxito tras escribir un par de novelas y una muy reconocida obra de teatro que bate récords de taquilla en el Londres

de mediados de los sesenta.

La vida le sonríe, pero, como sucede a veces, el amor, en lugar de salvar, se convierte en condena. Halliwell, quien no solo tenía intereses literarios antes de conocerlo, sino que, además, sedujo a Orton precisamente presumiendo de esos intereses, al parecer no soporta su éxito, el de Orton. Así que, llevado por la envidia y los celos, el 9 de agosto de 1967 descargó nueve veces en la cabeza del escritor el mismo pesado martillo que usaba Orton como herramienta antes de su triunfo literario. Luego de observar los pedazos de hueso y de piel junto con sangre que rodaron por el suelo como los cristales que vuelan al romperse un florero, Halliwell se tragó un frasco de Nembutal y fue el primero en morir.

Al leer aquella historia sentado frente a un café y una torta de zanahoria en Caelum, consternado y afectado por el guayabo, recordé a otros gais asesinados de modo parecido: Pasolini en Ostia, o el tío de un compañero de universidad, un pintor reconocido que había recogido a un hombre en la calle quizá para tener sexo y este lo mató con tanta sevicia como la de la prensa al mostrar las fotos de lo sucedido. Lo que más repaso de esa carnicería son los testículos del tío de mi amigo reposando en un cenicero. En ese entonces no se llamaba crimen de odio sino crimen pasional, lo que daba cierta licencia a las autoridades para no investigar.

De mi paso por el ejército también recuerdo a un par de compañeros, hoy ya muertos, que cada domingo, al regreso de la franquicia del fin de semana, armaban corrillo para contar anécdotas de burdel y noches largas. Con frecuencia esas historias eran protagonizadas por travestis a los que seducían en la avenida Caracas y luego abandonaban en cualquier paraje tras golpearlos y torturarlos. Se ufanaban al hablar de aquello como quien necesita exhibir su masculinidad. Los veía tan cobardes… pero los oía en silencio, muerto del miedo.

Uno de esos días salí del cine Almirante, en la calle 85 con 15, horrorizado luego de haber visto *Cruising*, la película en la que Al Pacino hace de policía infiltrado en el mundo gay de NYC en la búsqueda de un asesino cuyas víctimas eran gais. Ante las nuevas realidades a las que me enfrentaba la vida en aquel entonces, no pude hacer más que agarrarme la cabeza con desesperación, como cuando la virgen arranca sus cabellos en agonía, y gritar al universo: “¿Todo esto es lo que me espera?”.

Ahora acababa de salir del clóset, pero aún nadie lo sabía. Con la publicación de mi primera novela, el 15 de diciembre de 2002, apenas una semana antes de iniciar este viaje, tuve en mis manos el primer ejemplar. Finalmente me había quitado de encima tormentos y maldiciones, y el peso de un piano que cargaba a cuestas como si

fuera el mundo entero. Ya nadie podría ahora cuchichear a mis espaldas —chismoseando, intrigando, burlándose a hurtadillas—, porque yo mismo acababa de gritarlo a los cuatro vientos en esta novela que en ese momento apenas unos cuantos conocían. Y de repente, en esos pocos días sin corsés ni apretadas vestiduras, había entendido, así de rápido, como si lo que me hizo sudar petróleo por más de treinta años, de súbito se hubiera esfumado, que ya no necesitaba aceptarme gay, sino tan solo ser. ¡Tanto tiempo desgastado padeciendo en silencio por el temor de que otros dijeran lo mismo que, al decirlo yo, en menos de un santiamén me inundó de tranquilidad! Sabía que ellos, los otros, los de mi pueblo, no dejarían de murmurar ni de rechazarme, pero no importaba porque yo ya no me rechazaba ni tampoco tenía intenciones de olvidarlo.

De modo que ya no había nada que hacer. La decisión estaba tomada y, con la publicación de la novela, mi homosexualidad sería cosa pública. Sin embargo, al cerrar el *Diario*, de Orton, en medio del *downporque* había dejado de sentir el placer de la droga, me pregunté otra vez, como veinte años atrás: "¿Nunca termina la pesadilla?".

Entro a un bar a reponer fuerzas con un trago. Está vacío y triste, como en *Sunlights in a Cafeteria* o como las salas de esos videos de cine porno gay en Bogotá en los que hombres solitarios apuran una cerveza sentados frente a la barra mientras de fondo se oye, desgarradoramente trágica, la voz de Isabel Pantoja, de Rocío Dúrcal, de la Jurado, de Juan Gabriel. ¡Cómo nos gusta echarle sal a la herida y embadurnarla luego con limón! En este mismo bar al que he entrado a darme fuerzas he oído de fondo una canción con esa voz ronca y envolvente de Leonard Cohen que traduce del inglés:

Como un pájaro en un cable,
como un borracho en un coro de medianoche,
he intentado, a mi manera, ser libre.

Salgo de nuevo a la calle buscando el abismo, o al menos algún hueco donde caer. ¡Ah, el *spleen*! En Valledupar, al *spleen* le decimos "nomehallo". Cuánto disfrutaba durante estas caminatas en Barcelona ese estrés existencial que me llevaba constantemente a preguntarme: ¿quién me llevará a Viznar, me ejecutará frente al barranco y enterrará mi cadáver en un lugar en el que no lo encuentre nadie? O, acaso, ¿dónde hay cerca un río Ouse para rellenarme de piedras los bolsillos y perderme para siempre entre sus aguas? Lo fácil es morir. El lío es lo otro: ¿cómo soportar este cuerpo, esta existencia, durante otros cuarenta años?

De la vida solo importa el viaje, así que de nuevo a lo de antes, a

caminar pensando que, por estas mismas calles, cincuenta años atrás, anduvieron Carlos Barral, Juan Goytisolo, Juan Marsé. ¿En cuál de todos estos edificios de la calle Muntaner queda ese sótano más negro que su reputación al que de día regresaba Gil de Biedma con los ojos rojos, los párpados pesados y la borrachera todavía viva, dando tumbos para sostenerse en pie y sabiendo que la muerte era el único argumento de la obra?

Poesía es lo que los ojos disfrutan mientras camino. Las hojas revoloteando sobre las aceras cubiertas como nieve. Nieve amarilla y roja; una señora toda pizpireta, muy alta y muy rubia, arropada en *minkhasta* las rodillas; otra que respira pequeños soplos de niebla, con boina negra y ojos grandes, inmensos, como los de Picasso o los que Francesco Clemente deja en los rostros de sus lienzos; las mesas y las sillas de los cafés sobre el andén esperando clientela; la banca cerca del semáforo y un viejo mirando pasar el tiempo, mirando pasar la belleza; las palmas sobre Diagonal, orondas y altaneras; los árboles con sus hojas sepias, el color de la nostalgia, el de las fotos viejas; la gente trotando a cualquier hora del día o la noche, casi siempre adultos. "¿El gimnasio es solo para los jóvenes?", me pregunto. La calle en cambio es de todos, porque hay más: motos, cientos de ellas, parqueadas sobre la vía Enrique Granados; los *cupcakes* en esa misma calle; los perros tristes llevados de la mano de sus dueños. ¿Por qué los perros son tristes en Barcelona? ¿Acaso solo yo los veo tristes? ¿Acaso el triste soy yo?

Me reflejo en una vitrina. Flaco, mal vestido, ojeroso, estragado, con los crespos largos y mal peinados. ¿Realmente luzco así o me he dejado llevar por las palabras del poeta? A veces sucede que la realidad que creemos ver es apenas la que recordamos. En tiempos de "globalización" ya no se sabe cuál pensamiento es propio y cuál se ha plagiado de la literatura, del cine, de la poesía, del periodismo, incluso de los amigos. ¿Quién lo dijo primero? ¿Acaso no somos más que la suma de todo lo que hemos conocido? Como cuenta Borges en aquella historia de un cuento suyo en el que quien lo cuenta es un muchacho que al final del cuento mata a un forastero y años después Borges descubre que ese cuento suyo ya hacía parte de la literatura, primero de la mano de Chéjov y luego escrito por Agatha Christie.

Por si las moscas, entro a consentirme en una peluquería. Me siento en la primera silla desocupada. ¿Veinte euros solo porque el peluquero me desmote con la cuchilla número uno a cada lado y con la número dos por la parte de arriba, tal cual me motilo desde mis tiempos en el ejército? Qué desperdicio de dinero: ¡menos vale una pepa! Mientras lo pienso, viéndome en el espejo, descubro a mi lado una cara conocida. Es aquel al que antes vi a la salida de la discoteca. Lo oigo hablar y su acento se me antoja cercano. Dice que ha llegado a

vivir a Barcelona apenas un par de meses atrás, con ansias de encontrar un hueco en el mundo que se ajuste a la medida de su libertad. El peluquero lo oye contarle la historia de un reciente disgusto con su novio. Luego lo aconseja y yo tomo nota a hurtadillas. “En el amor, a veces hay que cortar con el pasado para poder avanzar”. El muchacho dice que le ha invertido tiempo a esa relación y que ahora no quiere perderlo. El peluquero cambia de parecer: “Tienes que liártela para no dejar que se te escape”. El muchacho lagrimea un poco: creo que realmente ama al chico que ha perdido. Cuenta que hasta lo ha ayudado a salir adelante con su dinero. Y así, en lugar de hojear la *Hola* mientras mi peluquero termina lo suyo, disfruto de una radionovela en vivo y en directo, al tiempo que una pregunta busca respuesta en mi cabeza: “¿De dónde diablos conozco a este tipejo?”. Su cara angulosa da círculos en mi memoria, pero no logro recordar si es algún paisano, pues su acento me suena cada vez más vallenato, o si simplemente lo he visto por ahí, caminando igual que yo por la ciudad. No es tanto que sea bonito, sino que es muy atractivo. ¡Joder! Con cara dura, como la del tropelero del barrio, cejas superpobladas, nariz recta y la mirada tan cerrera como el primer café de la mañana. Parece un boxeador enfurecido deseoso de demoler a cualquiera a puñetazos. La barba incipiente le ayuda a esa imagen de potro salvaje que invoca al sexo… ¡Sexo! Freno en seco la perorata en mi cerebro. “¡Calmáte Pepe Grillo —le hablo con acento vallenato porque me acompaña desde que nací—: dejáme respirá, pa podé pensá normal!”. Volteo a verlo de nuevo y me vienen de inmediato a la memoria sus nalgas macizas. Y esas nalgas, como la magdalena de Proust, desencadenan otros recuerdos en los que al final aparece su nombre: Jean Franko. Caigo en cuenta de que el hombre es venezolano y de ahí la candencia al hablar tan cercana a la mía. Nos levantamos casi al tiempo de la silla, yo primero, y noto que me saca en altura más de una cabeza. Advierto bajo su buzo de cuello tortuga que su lomo es delgado y macizo, como el de un torete. Dejo que él pague y, luego de pasar yo por la caja, me devuelvo al peluquero a darle su propina con la clara intención de averiguar si de veras es quien creo. “Joder, que en Barcelona no es el único”, y al decirlo se le alegran los ojos con picardía. “¿Y si yo también me quedo a vivir acá? ¡No sería mala idea, eh!”. El chico sonríe y entiendo su insinuación cuando me recomienda que vuelva a su local si quiero toparme con algún otro *pornstar*.

Sí, Barcelona es también la casa de muchos de estos actores y actrices que caminan por entre sus calles como las camino yo y le cuentan su drama al peluquero como le cuento los míos a Iván, el que me motila desde siempre en Bogotá. Y resulta que, de repente, está ahí, frente a mí, un chico que bien pudo haber posado para *Playgirl*,

un chico de esos que en mi niñez significaba el mundo inmenso y distante, el universo brillante. Y yo estaba allí, ahora, junto a él, tan lejos de aquellas murallas infranqueables a las que llaman montañas. ¡Que mierda los sueños: de nada se vuelven realidad!

Otra vez a la calle y otra vez a lo mismo. A ver y nada más. Caminar, vagabundear. Da lo mismo estar en este o en cualquier otro lugar. Lo mejor sería no estar en ningún sitio. ¡Evaporarme de mi propia historia! ¿Cómo desaparecer a voluntad? Largarme de este y de todos los mundos, incluso de los que invento en mi mente, y volver cuando me dé la gana. ¿Pero de qué diablos hablo, si de donde realmente quisiera largarme es del pasado? Hacer al menos como si no hubiera existido ese lugar, porque es eso: el pasado es un lugar en mi memoria; un lugar lúgubre y doloroso.

Por fortuna nadie me ve, porque para nadie existo aquí. Me detengo con frecuencia a observar las fachadas de los edificios como aquel que acaba de descubrir el hielo. Clic. Clic. Las fotografío. Las que más me gustaban entonces, al igual que hoy, corren paralelas a la Rambla Cataluña o las que achaflanan las esquinas del Exaimple que cuentan su propia historia, algunas de ellas informando el dato exacto de su construcción. Y así se me van los días. Las tardes desvaneciéndose con esa luz naufragada que no termina de morir.

Los paseos se hacían tristes. Me quedaba largo rato contemplando las aceras repletas de hojas y se me antojaba que aquello era como una casa al día siguiente de una fiesta, con las botellas de guaro y las latas de cerveza completamente vacías, los ceniceros sucios y todos los restos sobre la alfombra, incluidas las peleas de los borrachos y las amistades perdidas por una palabra mal entendida o por una mirada negada, ese "empelicule", como dicen por ahí, que no es más que rumiar mentalmente una situación ficticia; ese empelicule, que no es más que dar alas a las fantasías propias de las drogas.

A los árboles, en cambio, de pie allí, completamente desnudos, los veía como viejitos caminando sin toalla a lo largo de los pasillos de un sauna, exhibiendo obscenamente sus pudores junto con sus arrugas, como en esos grandes óleos de Lucian Freud colgados en las paredes de Caixa Fórum, en los alrededores de la plaza España, que disfruté dos, tres, cuatro días seguidos. Óleos en los que no había caras hermosas ni cuerpos enaltecidos ni personajes presumiendo de sus vestidos, como ese retrato en el que Leigh Bowery ha dejado atrás sus extravagancias en *drag* y se despoja incluso de su física desnudez. Solo vemos en todos lo que somos: la veracidad de la carne, los pliegues del cuerpo humano que caen pesadamente sobre la pesada humanidad; el cuerpo que exhibe su memoria: las cicatrices, el vergonzoso volumen, las llantas y los conejos, los vellos de más, la angustia de la existencia. ¡La vulnerabilidad!

No hay caso: vivir es esta cosa tan difícil que es tener que existir.

Luego de tantos días de duermevela, el cuerpo está a punto de derrumbarse. Arrastro los pies, los párpados se me caen, por momentos me vence el cansancio. Hasta los pliegues epicánticos me pesan. Me detengo. Durante breves minutos estiro los músculos, en especial el cuello y las piernas. Qué sensación más bella y más plácida, sentir el cuerpo. Sé que abuso de él, que lo exprimo. Lo uso como un trasto viejo que, de tanto acompañarme pasa desapercibido o como un caparazón al que no hay que darle brillo para que no resalte. Así mejor, que se haga pasito. ¡Ja! Que la costra no deje ver las estrías, las cicatrices viejas, las heridas que todavía supuran. Las vulnerabilidades. Cero cosquillas, también. Como un robot programado para reír con condescendencia. La mirada congelada, triste. La mirada es un arma porque acusa. La sonrisa también, porque desarma. ¿Lo leí en alguna parte o me lo inventé? No sé. O tal vez no quiero saberlo.

Me aburría a mares regresar al hostal. La fiesta, la rumba, la noche… eran como el gimnasio, como el trabajo: había que postergar su final con tal de no tener que ver volar a mi alrededor la mariposa negra. Ni siquiera contemplaba la posibilidad de regresar a la cama. Si lo hacía, creía que me estaba perdiendo de algo importante que ocurría, justo en ese instante, en la calle, en la disco, en el parque, en la Caixa, en el museo, al otro lado de la ciudad. "¿Pa´ qué encerráte en cuatro parede, si el mundo sigue girando?", se repetía el acento vallenato de Pepe Grillo en mi oído, como si me hablara a través de un pinganillo.

Todo es culpa de él, de ese homúnculo en mi cabeza que esclaviza mi voluntad. O quizá es culpa de Kalulu, ese personaje de las leyendas zambias que murmura por igual al oído del león o el elefante y a ambos les dice "sí", porque en Zambia no existe la palabra "no" y "sí" significa sí, pero también significa no. Todo depende del contexto. De modo que en mi contexto la palabra sí siempre arrastraba mi voluntad porque era un sí zambiano. Y cuando finalmente me dejaba vencer por el cansancio, ya acostado y cobijado en la cama, me negaba a hacerlo, como un niño chiquito que juega en el parque a quien su madre ordena volver a casa. Me negaba a cerrar los ojos. Siempre había demasiadas cosas para ver, demasiado por conocer. Todas esas calles que invitaban a caminar… y esos rostros y esos cuerpos. ¡Qué vaina, qué mierda! ¿Por qué la vida me llegó tan tarde?

Eran extensas caminatas sin destino sintiendo el viento frío golpear muellemente las mejillas. Por Aribau, por Balmes, por Gran Vía desde plaza Cataluña hasta la plaza España, por el Tibidabo, al que llegué en el auto de P, o por Montserrat, comprando queso de cabra a diez euros un domingo de cielo despejado y sol cosquilloso, con el tigre a mi lado

prometiéndome que ahora que somos amigos se va a leer, al menos, tres libros al año.

De nuevo me topo con el guapo venezolano: Jean Franko está ahora sentado apenas a un par de mesas de la mía, en el Buenasmigas frente a plaza Universitat. Está solo, jugueteando con un lapicero. La mirada perdida, nostálgica. Esta vez tampoco me atrevo a acercármele. Prefiero quedarme con la imagen de un actor porno melancólico, un actor porno atormentado, un actor porno mortificado por una pena de amor. ¿Por qué siempre está tan solo este hombre con el que tantos otros quisieran estar? ¿Acaso esa soledad es el precio de su atrevimiento al cruzar las fronteras de "lo bien visto"; el precio de su libertad? "Hay que tener el cuero bien duro", pienso mientras lo veo, pero no para hacer de actor en pornografía, sino para asumir la soledad del que se sabe libre. En últimas, me digo para cerrar el tema: "¿Me preocuparía su soledad si no estuviera tan bueno?".

Una nueva pepa revienta y con ella vuelve la euforia. El tiempo corre de prisa y hay que vivir lo más pronto posible. Salir a cantarle a la alegría y bailar de nuevo con Paul van Dyk. Comienza este año y yo en las mismas. Igual a como lo comencé hace tres años cuando probé por primera vez el éxtasis en Cartagena la noche de fin de siglo en aquella terraza del edificio que amenazaba con caer, arrastrando de paso toda su historia colonial. Todo vuelve con claridad a mi memoria: la brisa suave con su olor salino, el chico torsidesnudo con la serpiente tatuada en la espalda que bailaba sobre lo que alguna vez debió de haber sido el pedestal de una estatua "griega"; la modelito paisa que ya comenzaba a ser famosa por sus frases banales, toda rubia ella, aspirando una extensa línea de blanquísima coca, medio metro de perico que habían hecho sus amigos, a quienes ahora veía esnifar a las carreras antes de que la blanca cordillera volara con el viento; el amigo del gimnsio con el que me encontré en el baño, qué bello era ese muchacho. ¿Qué habrá sido de él? Y había también, lo recuerdo ahora, unas cuantas aves carroñeras mirándonos con curiosidad desde los tejados del antiguo Teatro Cartagena. ¿Qué hacían allí?

Éramos catorce amigos que habíamos ido a la Ciudad Amurallada a despedir el siglo, todos durmiendo en apenas un par de habitaciones en un hostal de quinta por los lados de San Diego. La mayoría probamos esa noche las pepas por primera vez en ese club ruinoso frente al parque del Centenario, justo al otro lado del Corralito de Piedras. Si los dioses griegos me otorgaran hoy un único deseo les pediría que me devolvieran a esa noche mágica y risueña para volver a sentir aquella misma brisa sobre mi piel, esa y no otra, justo tres segundos después de conocer la felicidad. Quizá la nostalgia sigue ahí

porque resume mi idea de esa felicidad: controlar lo que ya sucedió porque no se puede controlar lo que vendrá.

Y ahora, en Barcelona, desgastaba la vida mientras caminaba. ¿Hasta cuándo seguiría cuestionándome las mismas preguntas que iban y volvían, las mismas que se repetían como un disco rayado? Daba cierta vergüenza, cierto pudor, lapidarme todavía de esta manera.

Esa época mía, *briago de barcelonidad,* fue tal cual la había descrito Gil de Biedma:

Te acompañan las barras de los bares
últimos de la noche, los chulos, las floristas,
las calles muertas de la madrugada
y los ascensores de luz amarilla
cuando llegas, borracho,
y te paras a verte en el espejo
la cara destruida,
con ojos todavía violentos

que no quieres cerrar.

¿Cómo no amar Barcelona, si Barcelona fue no tener que pensar? Las veces que he vuelto a ella no ha sido lo mismo, así haya conocido lugares y personas que me impactaron más. ¿Cambia la mirada sobre una ciudad estando sobrio o drogado? Claro que sí. Aquella primera y lejana ocasión fue vivirla desde la nostalgia, con melancolía, con colores apagados, casi sepia; como si la ciudad perteneciera a mi pasado, como si se hubiese incrustado en la memoria de mi niñez.

Un déjà vú.
Un eterno déjà vú.
¡Eso fue!

Todo sucedió como en una de esas películas apocalípticas que angustian tanto, que se insertan en la memoria para siempre. Hay allí escenografía y banda sonora que cambia según la necesidad de generar emociones en el espectador, porque son las emociones las que evitan que los recuerdos se pierdan en el limbo, en esos inmensos pantanos en el cerebro, y se tallen para siempre en la memoria. Por eso entre más fuerte es la impresión, más sólido es el recuerdo. Como al enterarnos de la muerte de un ser querido. Y hay rostros, cientos de rostros, miles de rostros, todos ellos recordados de modo exacto: el muchacho con el que terminé bailando en Metro un miércoles; la canción que sonaba justo cuando aquel modelo me telegrafió con la mirada todo el amor de todos los hombres juntos y su arrechera de

náufrago recién vuelto a la civilización luego de vivir muchos años en una isla desierta; el chofer que recibió el efectivo cuando subí al bus y se quedó mirándome los ojitos rojos y a media asta que gritaban que dormir es distraerse del mundo; el camello que trapicheaba pepas falsas que me llevaron a vomitar en el baño de una disco en Urquinaona; el suéter rojo bajo la chompa negra con capucha que vestía J la madrugada que lo conocí. Los rostros que recuerdo son "demasiado" reales, con la ropa que vestían y la frase literal que pronunciaron. El *down* no era gratuito. "Es la serotonina, ¡estúpido!". Los niveles de serotonina levantan la autoestima o la hunden por completo: la química del cerebro mezclada con la química del éxtasis. ¡Ooops! Y el llanto tampoco era infundado: era tan real como el del mártir de Graná:

He cerrado mi balcón
porque no quiero oír el llanto
pero por detrás de los grises muros
no se oye otra cosa que el llanto.
Hay muy pocos ángeles que canten,
hay muy pocos perros que ladren,
mil violines caben en la palma de mi mano.
Pero el llanto es un perro inmenso,
el llanto es un ángel inmenso,
el llanto es un violín inmenso,
las lágrimas amordazan al viento
y no se oye otra cosa que el llanto.

¿Cómo funcionaba en mí este asunto en ese entonces? Tan pronto estallaba la pepa sentía que durante esos quince o veinte minutos de sueño se activaba el san alejo de mi memoria, esos marjales en el cerebro donde terminan, como muebles usados, todos los recuerdos, los buenos pero también los sufridos, los angustiantes, las heridas punzantes; hasta posarse justo en medio de esa herida que tanto esfuerzo me había tomado calmar: el éxtasis estimulaba la memoria y fijaba luego unos recuerdos tan perspicuos que no se me borraban hasta que ingería una nueva dosis. Me convertía en una especie de Funes que no solo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado. Era como si una fuerza interior determinara, no sé si deba decir "al azar", qué recuerdos debía conservar y cuales debía olvidar, sin tener en cuenta que algunos de esos agudizaban al tiempo mis dolores, las pérdidas padecidas desde niño, los rechazos, las discriminaciones, las muertes prematuras, los amigos que fueron yéndose mientras yo me desvaía por su abandono, las traiciones padecidas, los desamores. Y de

nuevo me repetía: “Es la serotonina, estúpido”.

Lo contrario del Alzheimer: aquello era un exceso de recuerdos. Más aún: un exceso de emociones, de impresiones. Como si se tratara de la película de la vida que, según afirman, recorren nuestra mente los últimos segundos antes de morir. Ver tantos recuerdos juntos en un mismo momento me detenían en el tiempo; porque los recuerdos, como las pepas, no eran más que un ancla en el pasado.

El exceso de memoria puede ser tan dañino como su carencia. Por eso el olvido es también una estrategia del alma, un mecanismo de defensa; y la nostalgia, el perdón que necesitamos para seguir adelante.

Sí, pienso ahora eso: que la nostalgia es perdonarnos el pasado. Por eso Barcelona se convirtió en el tiempo de mis tristezas, mi propio período azul, el sitio donde me fue desleal mi propia capacidad de desvirtuar la realidad. ¿Seguiría huyendo, de ciudad en ciudad, para evitar el tormento de aquel dolor que desde niño se me aferraba por dentro?

¿Hasta cuándo? ¶


GAY GUIDE RIO
ADULT SEX TOY SHOP
KYNKY GIFTS
SEX-SHOP
VIDEO & DVD
SEX TOYS
LINGERIES
BEACH WEAR
Bradesco
MIGRACION COLOMBIA
AFONSO PENA
R. São Carlos
FEDERAL - BRASIL
R. Paraíba
JANEIRO
INSCREVA-SE NO 1º VESTIBULAR INTERNACIONAL DO BRASIL

RÍO DE JANEIRO

LOS RESTOS DE LA FIESTA

> “Algunos llegan cuando son viejos
> Quizá tienen un alma que no temen desnudar.
> Quizá no hay nada allí”
> Nina Simone, ‘Star’

Viajé a Río de Janeiro desde Buenos Aires para cumplir un compromiso con diez amigos colombianos con quienes había decidido esperar el Año Nuevo en la bahía de Guanabara, donde se organiza cada 31 de diciembre, como repetía K, “la fiesta más impresionante del mundo”. Fiesta era lo único que quería en ese momento. Por primera vez en mi vida había razones para celebrar y no tenía intenciones de quedarme corto, así que todo era risa, éxtasis, electrónica y luces estraboscópicas.

Antes de tomar el avión a Río, vino a mi mente lo siguiente:

Desde finales del año anterior, y durante unos cuantos días de ese diciembre, tuve una relación con K, un paisita obsesionado con el glamur. Decía: “Solo hay dos tipos de gais: los que tienen glamur y aquellos con los que la naturaleza fue muy cruel”. A los primeros los llamaba “regios”; con los otros, hacía como si no existieran.

Glamur tenían sus dos o tres amigos, todos rondando los 40 años, con los que se sentaba a tomar el té a la cinco de la tarde y a comer galletas de jengibre en la sala de mi apartamento. Las tardes se les iban en soñar que habitaban en un mundo donde solo existía lo que para ellos era glamuroso. Cuando yo llegaba de la oficina los encontraba discutiendo temas como cuál era la aerolínea con la mejor primera clase, aunque ninguno de los tres había viajado nunca en ella y, a lo sumo, conocían apenas unos cuantos países vecinos. O comparando la arquitectura del aeropuerto de Changi con la del de Incheon o la del de Tallin. O compartiendo opiniones sobre el menú de los restaurantes más costosos de Nueva York, por mencionar una ciudad, en los cuales jamás habían puesto tampoco un pie. A veces me divertían, pero nunca tuve nada qué aportar sobre la primera clase de

EgyptAir o de Turkish Airlines. El glamur, lo sabía desde antes de conocer a K, es artificial, aprendido, efímero. Tan efímero como lo fue nuestra relación.

A muchos nos encanta enamorarnos a primera vista: primero hay sexo, mucho sexo; finalmente llega el momento de conocer su nombre. El nombre real, digo. Sé de muchos casos en los que la atracción física de una noche, en ocasiones sazonada con alcohol y drogas, fue suficiente para que una pareja de desconocidos se mudara pronto a vivir junta. Poco se sabe de ese otro (a veces nada) de quien uno se "enamora" en contados minutos y a quien uno decide, en esos mismos contados minutos, entregarle la responsabilidad de la felicidad propia. Son dos desconocidos que solo tienen en común la soledad, el deseo sexual y un empeño a toda prueba de construir una ilusión, de organizar un mundo y superar todos los obstáculos con tal de tener a su lado a alguien a quien llamar pareja. Si surge o no el amor, no importa. La costumbre de la compañía es suficiente. Como en aquellos matrimonios concertados por los padres sin que la pareja se conozca de antemano. Sin embargo, en este caso, esa compañía, la de K, me hacía sentir cada vez más y más y más solitario.

K presumía de un cuerpo macizo cincelado a fuerza de martillo durante cuatro o cinco horas diarias de gimnasio. Desde que lo conocí, al amanecer en un *after party* en el que no se sabía cuál de los dos estaba más tostado, supe que guardaba un dolor muy profundo; un dolor que me atrajo. A pesar de las dos pastillas de viagra que ingirió, juntas, esa misma tarde, su cuerpo no reaccionó. Y no reaccionó durante los meses que estuvo conmigo, incluso cuando las tragaba sobrio o cuando, en lugar de sildenafil, probaba con tadalafil o tamsulosin.

Cuando yo intentaba tocarle el tema, se irritaba o se daba vuelta en la cama y se enroscaba como una criatura en el vientre materno. Actuaba como si algo se hubiera roto dentro de él, algunos pedazos se hubieran hecho añicos, otros se perdieran para siempre y los pocos que quedaron en buen estado era imposible volver a unirlos. Era claro que había allí algo que no terminaba de sanar. Y que él tampoco hacía esfuerzo alguno porque cicatrizara.

Si alguno de mis amigos se hubiera enterado de su impotencia sexual, se habría burlado con algún chiste fácil tratando de ser venenoso, esa distorsionada interpretación de la inteligencia. Por frases sueltas y gestos, y por líneas que escribía en servilletas que dejaba tiradas (sí, también le gustaba escribir), pero también por el diario personal que olvidó en mi casa luego de marcharse para nunca más volver, poco a poco fui organizando el mapa de sus emociones y la historia de su pasado. Supe, sin que me lo dijera, que había sido violado por su propio padre varias veces en la niñez y que su madre

nunca lo defendió. La odiaba más a ella que a él, a quien todavía le temía, aunque desde hacía muchos años no se habían vuelto a ver. El miedo es así: con frecuencia se enrosca por siempre en el alma como una víbora venenosa.

Ahora exhibía este tremendo cuerpo, vestía ropa con la marquilla en el lugar más visible, miraba a todos en silencio para darse un aura de misterio y repetía todo el día frases sobre su "elevada" autoestima y su "cimera" confianza personal: "Yo soy quien construyo mi propia historia", frases que parecían copiadas de *El secreto* o de cualquier otro libro de autoayuda. "Parce, el que puede, puede", repetía como si fuera un mantra, quizá como una forma de convencerse a sí mismo de que en realidad no podía. En fin: K se había convertido en el protagonista de su propia ficción. La banalidad de las discusiones vespertinas en la sala de mi casa no era más que la negación de ese dolor, y la exageración de los músculos no era más que una coraza para defenderse de su padre, si alguna vez lo volvía a ver.

No he vuelto a saber de él. En su monólogo preferido durante los meses que estuvo a mi lado, el protagonista era siempre Río de Janeiro. Había recibido Año Nuevo allí alguna vez y hablaba de la ciudad y de su fiesta como lo más grande que le había sucedido: se volvía un niño chiquito describiendo su juguete preferido y soñando con que todavía jugaba con él. Y siempre que la mencionaba, repetía la palabra glamur. Las postales que describía carecían de las lentejuelas, el plumaje y el colorido del sambódromo. "Eso es para pobres, parce", gritaba. Los carnavales, decía también, eran un exceso de vulgaridad. En cambio, estaba esa otra Río, la del glamur.

Río nunca estuvo incluida en mi lista de ciudades que debo conocer antes de morir. Nunca me llamó la atención visitarla. Viajé a ella, lo confieso, influenciado por las nostalgias de K. Quería ver de primera mano lo que él tanto añoraba.

El vuelo de Varig partió de Ezeiza casi al amanecer. Era 30 de diciembre, una fecha que, según mamá, es propicia para las tragedias. No es cierto, pero como son un par de días asociados con la esperanza y la alegría, los accidentes que ocurren en esas fechas de los que resultan muertes colectivas suelen generar un mayor impacto. De hecho, este viaje lo hice cuatro días después del tsunami de Tailandia y aún los telenoticieros y las portadas de todos los diarios y revistas seguían mostrando imágenes, cada vez peores, de la tragedia. Era imposible desviar la mirada de las páginas de los periódicos queriendo saber qué fue lo que sucedió; cómo, aquella enorme ola surgida de las profundidades del océano, se tragó todo a su paso.

—No vayas a Río —me repetí un par de veces—, todavía estás a tiempo.

Como siempre, no me hice caso. Antes de darme cuenta ya estaba en el avión, sentado en alguna silla junto al pasillo. Suelo bromear con el chiste tonto de que prefiero el pasillo por la facilidad de abandonar la aeronave en caso de una explosión. Me gusta también ubicarme en las sillas delanteras, aunque sé que no son ni las más agradables ni las más seguras. Lo primero, porque en ellas suelen sentar a los padres con niños pequeños, y no hay nada más desesperante durante un vuelo que tener que soportar el llanto de un bebé o la ansiedad de un niño inquieto; lo segundo, porque, según las estadísticas, los pasajeros que viajan en los asientos traseros tienen un mayor índice de supervivencia (los de las alas y los de primera clase son normalmente los que más llevan del bulto).

Tan pronto me siento en la silla de una aeronave lo primero que hago, invariablemente, es sacar del bolsillo del espaldar de la silla frente a mí la revista de la aerolínea. Al momento en que el avión carretea, ya la he devorado, como siguiendo un ritual para ahuyentar el miedo a viajar (que no a volar): el miedo a dejar atrás lo que quiero dejar atrás. Puede tratarse de un trayecto corto, digamos entre Bogotá y Valledupar, que toma tan solo una hora. Desde el día anterior al viaje el estrés se apodera de mí y me revuelca el estómago. ¿Cómo huir de algo a lo que queremos seguir aferrados? El dolor hace eso. Miedo a irme y miedo a quedarme no traduce que soy un miedoso, más bien que no pertenezco a ningún lugar. O que no puedo escapar de aquel donde nací. Lo sentenció Kavafis:

No hallarás otra tierra ni otro mar.
La ciudad irá en ti siempre.
Volverás a las mismas calles.
Y en los mismos suburbios llegará tu vejez;
en la misma casa encanecerás.
Pues la ciudad es siempre la misma.
Otra no busques —no la hay—
ni caminos ni barco para ti.
La vida que aquí perdiste,
la has destruido en toda la tierra.

A veces pienso en esto al conocer la historia de tantos gais a quienes sus familias les dejan claro la incomodidad que significa tenerlos cerca. He oído esta historia repetida en boca de muchos amigos, como a J en Barcelona; a quienes, tan pronto sus padres se enteran de su homosexualidad, les aconsejan que vivan lejos, ojalá en otra ciudad, pero preferiblemente en otro país. “Es por tu bien —les dicen, sabiendo que es porque ellos mismos no soportan la vergüenza, la que sienten por su hijo y la que sienten por sí mismos—, para evitar

chismes y murmuraciones, befas y maledicencias". El mundo está lleno de gais que buscan ser olvidados en su pueblo natal.

Qu miedo tenemos de mostrarnos vulnerables sin saber que ese miedo, precisamente, nos hace vulnerables. Es por eso que salir del clóset no significa, tan solo, confesarse gay ante los demás. Es más bien decirles que uno ya no se rechaza a uno mismo por ser quien es. Aceptarse es liberarse porque media un proceso de cura, de sanación. De modo que salir del clóset es también ponerse de igual a igual con cualquiera que sospeche o conozca la debilidad, o el dolor, del cual se aprovechan para manipular y acoquinar.

En esto pensaba mientras ojeaba las primeras páginas de la revista de Varig que traía en su portada un retrato de Alberto Santos Dumont, el padre de la aviación, y luego un extenso perfil de este hombre que fue homenajeado llamando con su nombre el aeropuerto que sirve a las rutas nacionales de la ciudad a la que ahora me dirigía. Leí rápidamente el artículo y supe que en plena adolescencia Santos Dumont se mudó a París, donde se hizo muy popular por su osadía y su estilo, una dualidad que, aseguraba el texto, es una especie de impronta del pueblo brasileño. Arrojo y fastuosidad. En las afueras de París, Santos Dumont compró un taller en el que construía sus propios aerostatos. Fue lo primero que piloteó antes de su hazaña de volar en su avión 14-Bis a seis metros de altura a lo largo de doscientos veinte metros, en Bagatelle. Para entonces se hizo amigo de Louis Cartier, nieto del joyero. En 1904 los hombres acostumbraban guardar su leontina en el bolsillo del pantalón. Santos Dumont le contó a Cartier la dificultad de mirar el reloj y manejar al tiempo los controles del avión. Cartier inventó entonces el reloj de pulsera, el cual bautizó con el nombre de su amigo.

El texto dedicaba apenas un par de párrafos a su aventura en la aviación, a su conquista de París o a la hazaña de haberse adelantado a los hermanos Wright. En su lugar, la grandeza del héroe se resumía en su amistad con el joyero, por lo que parecía más un reportaje pagado que una semblanza, y en una vieja palabra conocida, la misma que ya traía en la mente: glamur.

Al momento en que el taxi salió del Aeropuerto Internacional Antônio Carlos Jobim volví a pensar que viajar a Río no había sido una buena idea. El paisaje y los ruidos y los olores que se metían por las ventanillas del automóvil —cemento, gris, hormigón, casas deterioradas, edificios desteñidos, pavimento, calor, mucho calor, ruido de bocinas, mucho más calor, más ruidos de bocina, más gris, más hormigón, más pavimento, caos total en el tráfico, el calor que ya era infernal—, me daban la idea de una ciudad distante de la imagen glamurosa de la que tanto hablaba K.

En Buenos Aires me había prometido que estaría limpio en Río.

Quería ser fuerte en la decisión de no aceptar que nada me atara, y menos al pasado. El pasado está ahí y está bien que esté ahí siempre y cuando sirva, y solo sirva, para mejorar el presente. Jamás sería un conservador, jamás me aferraría a la tradición. “Hay que ser absolutamente moderno”, seguía el consejo de Rimbaud mientras recordaba a mis amigos coreando en la sala de mi casa: “¡Esa es la actitud, esa es la actitud!”. Y las pepas, al tiempo que me desinhibían y me hacían perder el control, me anclaban en las nostalgias. Lo que a los demás les invocaba la alegría, a mí me causaba sueño o depresión… Sin embargo, llevé conmigo unas cuantas en una bolsita en la maleta porque ajá, nadie sabe lo que pueda pasar y es mejor estar preparado ante cualquier eventualidad.

De modo que hubo ese momento cuando ya iba en el taxi en el que pensé que lo mejor era haber viajado drogado para no tener que haber visto la ciudad que se desnudaba ante mis ojos. Eso también es un prejuicio: la expectativa, hacerse a la idea de algo, de una persona, de una ciudad, y no querer borrársela por mera comodidad. O por negarnos a admitir el error. Lo único que llevó una sonrisa a mis labios fue la canción que sonó en ese momento en la radio:

Exagerado
tirado a tus pies
soy un exagerado
me encanta un amor inventado.

¿Sería capaz de estar limpio durante estos días cuando, de entrada, mi dios de juventud hablaba de ser exagerado? ¿Sería capaz de estar limpio sabiendo que acababa de aterrizar en la misma ciudad donde nació Cazuza?

Lapa era el barrio en el que estaba ubicado el único hotel con habitación disponible aquel fin de año. “Es un lugar muy bonito”, afirmó el taxista como si fuera un vendedor de ilusiones, con ese cantadito dulzón del portugués que se siente —¡ay!— como miel en el aire. Con un par de frases me lo resumió como el barrio de moda entre los bohemios. Y, bueno, sí, quizá así era en el resto de sus calles. Sin embargo, ese día, justo ese día, había un mercado móvil y la calle donde quedaba el hotel era, en una acera y en la otra, una extensa y concurrida venta popular donde los carros se confundían con los vendedores y los compradores. Sobre improvisadas mesas de madera, aquello ofrecía al aire libre verduras, jugos, juguetes, ropa pirateada y mercaderías importadas de China.

La gente cruzaba frente al vehículo sin ningún afán, al punto que más de una vez pensé que el taxista atropellaría a alguno. La mayoría

vestía con colores alegres: rojos, naranjas, verde, muchísimo amarillo; y caminaban de forma descomplicada (*desajeitados*, dijo el taxista). Lo que más llamó mi atención fue ver a tantos hombres con las cejas depiladas. Y que reían y gritaban, todos gritaban, mientras los conductores de los otros vehículos también pitaban con desespero bogotano. ¿Cómo alguien podía oír lo que otro decía en medio de tanta algarabía? Aquello parecía el retrato vivo de la caricatura que Hollywood suele hacer del Tercer Mundo.

Al momento de cancelar el servicio, el taxista me aconsejó que aprovechara la tarde para conocer la Catedral Metropolitana, distante de allí apenas un par de cuadras. "¿Puedo caminar sin peligro alguno?", fue lo último que quise saber antes de desocupar el vehículo. *Não faz mal, na boa,* fue su respuesta literal.

Al entrar al hotel nadie preguntó mi nombre. Tan solo me deslizaron un formato para que lo anotara. No había ascensor. Dejé luego mi equipaje sin abrir sobre una de las camas de la habitación y, siendo más del mediodía, salí a buscar dónde almorzar. En la esquina me topé con un restaurante de hamburguesas sin gracia que devoré más por hambre que placer. "Tranquilo, que no hay lío", recordé las palabras del taxista. Siguiendo su consejo caminé hasta la Catedral de San Sebastián, el nombre del patrono de la ciudad. Bastaron pocas cuadras para toparme con esta construcción cónica de la que sorprenden su colorida cúpula y sus vitrales. Devolví mis pasos al hotel por las mismas calles por las que antes anduve. No había cruzado dos cuadras cuando varios hombres me salieron al paso. *Dinheiro*, fue la única palabra pronunciada. No llevaba conmigo más de diez o quince reales. Los entregué. No quedaron satisfechos. Eran tres. Cada uno sacó su cuchillo. Con total tranquilidad, metí las manos en los bolsillos del pantalón y los desenvolví ante sus miradas inquietas. Mostré también la billetera desocupada y hasta saqué los papeles para que confirmaran que ni siquiera portaba tarjetas de crédito.

Me dejaron ir, no sin antes insultarme.

Al llegar al hotel el aire acondicionado de la habitación no funcionó. Llamé a la recepción un par de veces, pero no me contestaron. Bajé los tres pisos a poner la queja. Me prometieron que en menos de nada solucionarían el problema. Sudaba a mares cuando me tumbé en la cama con la misma ropa del viaje.

Tres horas después bajé de nuevo a quejarme en recepción por el daño del aire acondicionado. De nuevo la misma promesa. Partí entonces al sur de la ciudad a conocer Ipanema por una ruta desde la que se aprecian las postales con que las agencias de viaje mercadean esta ciudad. A lo largo del trayecto mi cabeza oscilaba entre el mar, a

un lado, y la arquitectura de viejos y altos edificios de apartamentos con balcones de barandas y vistas al océano, al otro. Antes del mar, la más blanca arena en la playa de Flamengo, separada de Copacabana por Urca, el barrio que circunda el Pão de Açucar.

K me había dicho que la mejor hora para conocerlo era durante la puesta de sol de un día claro. Como estaba cercano el atardecer decidí cancelar el servicio de taxi y caminar hasta la *praça* General Tiburcio, donde se localiza la entrada al teleférico que cada treinta minutos escala los trescientos noventa y seis metros que conducen hasta la cima de este peñasco con trescientos sesenta grados de vista sobre la ciudad, incluida toda la bahía de Guanabara. Al norte y al este, abajo en la inmensidad, miles de lucecitas comenzaban a pegarse unas con otras formando pequeñas ciénagas de escarcha, un paisaje que parecía parpadear tímidamente, como si fuera una tropa de luciérnagas; al oeste, sobre el infinito océano, la inmensa sábana celeste que parecía tragarse la bola de fuego en el cielo, cada vez más naranja, cada vez más pequeña: la misma postal que sabía de memoria de tanto haberla visto en millares de fotos. La diferencia estaba en que yo era ahora quien disparaba la cámara.

Chuleada la foto en el Pão de Açúcar, bajé y tomé otro taxi. Al momento en que el carro salió del Túnel Nuevo divisé el inmenso centro comercial Rio Sul sobre la avenida Princesa Isabel, según confirmé nombres en el mapa que aferraba en la mano. En el punto donde la calle chocó con la avenida Atlántica, agradecí al chofer por el servicio e inicié la marcha en solitario.

La Atlántica corre paralela a la extensa playa de Copacabana. Entre la avenida y la arena blanca los cariocas han construido una ciclorruta y, sobre nivel, una amplia calzada empedrada en blanco y negro simula el oleaje del vecino océano. A lo largo, al tiempo que se alzan desperdigados pequeños oasis de palmeras, hay quioscos y chiringuitos con ventas de comidas rápidas y jugos de toda suerte de frutas. Sobre la arena, más que cuerpos tendidos en toallas o esterillas, pululaban deportistas. Entre *garotas* espigadas con tangas atadas con brevísimos lazos de colores y senos descollando de los brasieres, en algunos casos tan solo ocultos los pezones, desfilaban, orgullosas también, mujeres sin temor a exhibir sus gorditos, contando a algunas de ellas en estado de embarazo que se bronceaban en diminutos hilos dentales; y hombres de variadas edades que jugaban fútbol, voleibol, trotaban, sudaban…

Niño de Río
Calor que te pone la piel de gallina
Dragón tatuado en el brazo
Calzones, cuerpo abierto en el espacio

Corazón de eterno coqueteo
Adoro verte.

Sonaba en uno de los tantos quioscos la canción de Caetano Veloso. Entre hombres y mujeres aprecié más belleza en cuerpos que en rostros. Y había perros, muchos perros. Perros de todas las razas que parecían presumir de la limpieza de su pelaje, tan brillante como la alegría desbordada de quienes, descalzos o con cangrejeras de colores, caminaban sobre la arena mojada, de la que sobresalían breves retazos de espumas, tan blancas como la felicidad.

En el mar, a lo lejos, se perfilaban algunos surfistas que se balanceaban sobre olas que iban y venían con su sabio titubeo. El oleaje se oía con la musicalidad de un poema mientras la luz menguaba lentamente. No había nubes. Y pensé: “El Paraíso es hacer nada”. Si el ocio es la madre de todos los vicios, Río es la abuela. Y como toda abuela, es alcahueta y sabe sacar provecho de la holgazanería.

Escurecia.

Seguí mi camino hasta el final de Copacabana. Fue en este barrio, precisamente, donde creció Cazuza (con solo recordar su nombre ya quiero sollozar): “El mejor poeta de su generación”, como lo reseñó Caetano en su momento. Además de los carnavales, de su Cristo, de sus playas, de las comparsas y del glamur evocado por K antes de pisarla, Río para mí era también Cazuza. La primera vez que oí su nombre fue justo cuando murió. Un artículo sobre él apareció en algún periódico colombiano bajo un titular de escándalo que informaba que al gran cantante de Brasil se lo había llevado el sida.

Cazuza había hecho pública su enfermedad apenas unos cuantos meses antes de morir. Lo hizo encorajinado, en el cenit de su carrera. Un periodista le preguntó si era cierto el rumor de su contagio. Cazuza no paraba de tomar alcohol. Al oír aquello le ofreció de su trago y dejó oír su resentimiento: “¿Tiene el valor de beber de mi vaso?”. Había sido contagiado cinco años atrás y se había enterado que era portador porque la fiebre se volvió su mejor compañera. Subía a escena bañado en sudor y bajaba de allí directo a una camilla. En Boston comenzó a ser tratado con azt, pero luego de que *Folha de São Paulo* publicara aquella entrevista, Estados Unidos le negó la visa. En lugar de solidaridad, aislamiento. La enfermedad cada vez lo consumía más, y, si bien es cierto que fue la causa de su muerte, lo que al final lo noqueó fue la prensa. Una periodista le hizo una entrevista amable y respetuosa pero la revista *Veja*, donde fue publicada, cambió su título en caratula: “Una víctima del sida agoniza en plaza pública”. De fondo, la foto de un hombre que había sido descaradamente hermoso, endiabladamente hermoso, ahora lucía demacrado, pálido, ojeroso,

con la calavera marcada en el rostro. Tenía 31 años, pesaba 38 kilos y apenas unas semanas atrás, el que había sido en Brasil el cantante más amado y admirado de su generación, se había convertido en el más odiado luego de que, llevado por la ira y el dolor, al final de un concierto escupiera dos veces sobre la bandera de su país.

Antes de retomar a Cazuza debo contar que los primeros años de la década de 1990 han sido los peores que he vivido. En aquel momento pensaba que, luego de terminar la universidad, las cosas irían mejor para mí. De repente me encontré sin trabajo y sin amigos, pues los compañeros de clase a quienes frecuentaba, o habían regresado a su ciudad natal, o habían partido a especializarse fuera del país, o habían logrado entrar al mercado laboral y la nueva rutina les imponía otros ritmos. Muchos comenzaban a acariciar el éxito y yo sentía envidia al compararme con ellos. Pasaba hojas de vida en cuanta empresa leía en el periódico, pero carecía de experiencia y de alguien que me referenciara.

Y estaba también el miedo, que se había enfatizado y enquistado luego de leer *Al amigo que no me salvó la vida*, el libro que Hervé Guibert escribió a contrarreloj porque la muerte tocaba a su puerta en ese momento, pero él se negó a abrirla hasta no terminar de contar su experiencia con el sida: el detalle a detalle de una enfermedad de la que para entonces no había salvación (a pesar del miedo que me produjo su lectura, con este libro se afianzó en mí la idea de que la escritura es un asunto de vísceras y de que, con tal de que sienta lo que lee, al lector hay que despedazarle al tiempo la cabeza y el corazón). El pánico de llegar a contraer la enfermedad me encerraba cada vez más en mí mismo.

Para colmo, todo aquello de lo que me habían convencido desde niño, había comenzado a derrumbarse desde que entré a estudiar en una universidad liberal que me enseñó a cuestionar cualquier verdad. Varias veces llevó a preguntarme: "Si la Iglesia no me representa, ¿para qué la necesito, si puedo establecer mi propio diálogo con Dios? ¿Para dar de alimentar a los curas mientras ellos alimentan de culpas mi cabeza?". Un par de años antes de graduarme la había mandado al carajo, junto con sus intereses mundanos: su odio, su lujuria, su mezquindad, su envidia, su avaricia, su gula, su pederastia, su inmoralidad camuflada. Ahora me sentía suelto, suspendido en el aire, como una marioneta que no tiene quien tire de sus cuerdas. ¿Cómo sobrellevar la angustia de saberme dueño de mi propio destino? Pude haberme cobijado en una de las tantas frases de K, pero sabía que, tanto en él como en mí, la soledad era infinita, profunda. Sin certeza del presente y del futuro, me convertí en pasto de la frustración.

Emboscado por la vida. Así me sabía. Como cuando Witt se ve

rodeado por sus enemigos en aquella escena de *La delgada línea roja* que siempre que la veo me hace llorar.

Fue también durante esos años cuando enfrenté el umbral del dolor. No lo supe entonces, por supuesto, pero cuando miro hacia atrás me doy cuenta que a partir de entonces comenzó a operar en mí algo diferente y cercano a lo que Kafka escribió: "A partir de un cierto punto ya no hay posibilidad alguna de retorno. Ese es el punto que es preciso alcanzar". Justo en medio de esa crisis conocí a Cazuza y su música cargada con una letra cruda, cruzada por la tristeza y la melancolía. Él cantaba versos con los que me identificaba; versos como este:

No me convidaron a esta fiesta pobre,
que armaron para convencerme sin ver
toda esa porquería con la que me machacaron aun antes de nacer.
No me ofrecieron ni un cigarrillo.
Me quedé parado en la puerta, estacionando autos.
No me eligieron jefe de nada.
Y mi tarjeta de crédito es una navaja.

El crimen de Cazuza era también el mío: la homosexualidad me agobiaba. Era demasiado pesada para cargarla y la culpaba de mis fracasos, tal cual me habían enseñado. En esos años todo era importante para mí, aunque nada lo era. Una mirada fugaz, un cambio de acera, una palabra de más, un saludo negado. La paranoia de la culpa. La miseria es también no tener con quien hablar del mal que supuestamente padeces. Así que estaba el dolor, estaba la soledad, estaba el saber que lo que supuestamente me hacía daño no lo podría cambiar jamás, y estaba el vacío: era, también, el dolor del vacío.

Nadie acudió ante mi grito desesperado. Nadie me dijo: "Todo va a estar bien" o "También esto pasará". Me tocó levantarme solo. Uno se hace fuerte luego de esas crisis, porque luego sabe que lo peor ya pasó y porque luego sabe también que no necesitó de nadie para superarlo. Hoy, muy de vez en cuando recuerdo esos años. Sucede, por ejemplo, cuando oigo algún canto de Cazuza. Ese es el punto que no ha logrado embellecer la pena. Por eso basta recordar su nombre para sentir ganas de llorar. Y ahí estaba él esa tarde en Río. Su fantasma caminaba a mi lado. Me guiaba por la ciudad que padeció, la misma en la que fue tan feliz.

Junto a su samba y sus garotas, la belleza de la melancolía es el mayor atractivo de Río. Y era justo esa la belleza que acariciaba en ese momento sentado en la arena de Copacabana. De fondo, al cielo lo cubría la desesperanza de la tarde que agoniza y aun así saca fuerzas

para aferrarse al día. Y ese perfume, el del viento que trae la arena y la sal y que trae también las nostalgias del otro lado del océano, de esa otra orilla a la que han ido a morir las olas que han nacido de este lado.

De repente, el cielo se tiñó de tinta china.

Último día del año y yo completamente solo en una ciudad poblada por más de nueve millones de habitantes, más dos millones de turistas a quienes la presentadora de noticias que parloteaba en la pantalla del televisor no dejaba de resaltar. Por fortuna, luego de un par de rogativas al encargado de la recepción, el aire acondicionado había vuelto a funcionar. Me ilusionaba pensar que pronto me reencontraría con mis amigos. Era lo único que me motivaba. No tenía el teléfono donde se hospedaban, porque, entre los diez, habían arrendado un apartamento en Copacabana y al momento de partir desde Bogotá ninguno había logrado volver a comunicarse con el propietario. A uno de ellos le anoté en un papel el número telefónico del hotel en Lapa en el que me hospedaría. Fue la razón por la que no abandoné la cama la mañana de ese 31 de diciembre, viendo en la televisión la transmisión de los momentos finales del año en otras latitudes.

Era irónico: los dos últimos años habían comenzado a llegar a mi vida muchos “nuevos mejores amigos”, como estos con quienes me había citado en Río. Como siempre hay que dar un margen de confianza y dejar pasar el tiempo para confirmar quiénes de verdad son nobles de corazón, hice lo que aprendí en la casa paterna: abrí las puertas a todos sin preguntar. Todas las noches eran sábado y mi casa estaba repleta de desconocidos que, sumados a mis cuatro o cinco parceros de siempre, ahora, luego del premio literario, me trataban como si hubieran sido mis amigos del alma desde el momento mismo en que nacimos. No hablo de dos, ni de cinco, ni de veinte. En realidad, no hablo de muchos. Eran muchísimos. El apartamento parecía más una discoteca que la residencia de una persona que trabajaba en un horario estricto de lunes a viernes (llegaba empepado a la oficina y lo más que pensaban mis compañeros era que estaba distraído). Con frecuencia había fiesta en mi casa y yo no estaba. A veces me dormía y cuando despertaba había otra gente diferente en la sala. Todo aquello era muy hippy, sin sexo, pero con orgías de afecto: toda esa gente allí, jurándose amor y amistad y prometiéndose el cariño que olvidaban tan pronto desaparecían los efectos de la droga del amor.

Me gustaba que hubiera fiesta en mi casa, pero no me interesaba participar en ella. ¿Cómo ser feliz cuando de niño te convencieron de que no lo mereces? Me reservaba la alegría para cuando estaba solo.

Tiempo atrás quise pasar desapercibido y de repente, ¡ooops!, ahora me oía hablar en la radio y veía mi rostro en la televisión, en los periódicos, en las revistas. Y llega entre el viento la pregunta "¿De veras querías el anonimato?". Me decía a mí mismo: "No soy más que un fraude", porque en el fondo había miedo y lo sabía. Por fortuna no había tiempo para pensar en estas cosas. Todo sucedió deprisa. Primero te abrumas. Luego llega la euforia. Confundirse no es difícil: la fama descoloca más que la droga. Y había fama porque mi nombre podía ser leído y mi rostro visto en algunas partes. No era tampoco gran cosa. Un escritor no es un cantante de moda o una estrella de cine: quienes leen literatura son solo unos cuantos.

Dedicarme de lleno a la escritura me hizo más solitario y, por supuesto, más silencioso. Mientras las demás personas se enfrascan durante horas a hablar de su trabajo, con colegas o con gente que no tiene nada que ver con su oficio, los escritores callamos porque, salvo en conversatorios y conferencias, hablar de nuestros libros resulta penoso y contar sobre lo que estamos escribiendo, al menos en mi caso, está rodeado de supersticiones. Además, en ocasiones, la mayoría de esos que todo el tiempo no hacen más que hablar de su trabajo, creen arrogante y presuntuoso que los escritores hablemos del nuestro.

Lo cierto es que no era feliz. En las fiestas en mi propia casa solía distanciarme de la multitud mientras hacía lo de los gatos: tirármelas de indiferente para pillarme todo lo que sucedía. Cuando vivía en el pueblo, la casa de mis padres quedaba detrás del Club Valledupar. La ventana de mi habitación daba a la calle y golpeaba, al otro lado de la acera, justo con la pista de baile. De modo que de niño me acostumbré a desentenderme de la música en vivo en tiempos de fiesta. Por muy alto que sonara, desde mi cama no oía más que susurros. Igual sucedía ahora: toda esa gente estaba allí, divirtiéndose en mi propio hogar, bailando sin amacizarse, sin siquiera agarrarse de las manos, los cuerpos se rozaban, a veces un par saltaban juntos, riéndose divertidos, como idiotas que carcajean por la más mínima bobada. Yo también estaba en mi propio mundo, a kilómetros de distancia de todos ellos, a años luz de la Tierra, mi mente estaba muy lejos, en cualquier otra parte, con ánimos de que nadie perturbara mi universo galáctico. Todos ellos andaban, como dice una amiga, *hiperplugged* por las pepas. Y yo anhelando estar ausente.

Era consciente de que a través de ese ventanal en el que me sentaba a ver a los demás, podía también verme a mí alguien desde el otro lado de la calle. A diferencia de los óleos de Hopper, yo no estaba al otro lado del vidrio: hacía parte de esa escenografía fría que enfatizaba el desasosiego. ¿Cuántas veces llegaban las siete, las ocho, las diez de la noche de un domingo o de un lunes festivo y seguíamos

allí enrumbados solo porque nadie se atrevía a irse a su casa a enfrentar su propia soledad? Con frecuencia cerraba la puerta con llave para que nadie tuviera la descortesía de abandonarme al arbitrio de mis fantasmas luego de cuatro o cinco días de baile. Era como si la soledad estuviera dentro de mí. No me bastaban tropecientos abrazos ni tropecientas frases de cariño. Ninguna multitud era suficiente.

En esto pensaba la primera tarde que pasé en Río: en la ironía de haber dejado atrás mi apartamento repleto de gente para aventurarme en una ciudad en la que no conocía absolutamente a nadie.

Ladraba del hambre cuando salí a almorzar hacia las dos de la tarde. Finalmente apareció un taxi. “A Rio Sul”, ordené. Me sirvieron el almuerzo en algún restaurante de comidas rápidas luego de una hora de impaciencia en la fila. Caminando luego por entre los pasillos, me percaté de que el *shopping* había comenzado a desocuparse luego de salir del almacén donde compré la camisa de lino blanco que vestiría esa noche. Aligeré los pasos buscando la calle. La cantidad de gente haciendo fila a la espera de taxis y buses impresionaba. Cientos y cientos de personas a uno y otro lado de la vía se desgajaban como si millones de hormiguitas, de esas anaranjadas que son más chiquitas y andan por montón, salieran de su nido al mismo instante. Sentí miedo a la multitud y ganas de correr. A falta de transporte caminé hasta el hotel a lo largo de dos horas, devolviendo de memoria la ruta que había utilizado el taxista. Agotado, me tumbé en la cama luego de confirmar con el recepcionista que no había ningún mensaje a mi nombre. Ya lo gritó Aureliano Babilonia en la amargura de su soledad: “¡Los amigos son unos hijueputas!”.

Desperté y el reloj marcaba casi las nueve. Me bañé con calma mientras en la televisión seguían mostrando la manera como se había celebrado el inicio de año en otros países. Primero en Sídney, recuerdo haber oído, y luego en Tokio y tal. Fiel al consejo de K, vestí de blanco de pies a cabeza, con la camisa de lino que acababa de comprar, cual si fuera Mahatma Gandhi. De blanco, porque para los brasileños vestir esa noche de ese color es invocar prosperidad. Quienes escogieran el verde lo harían para atraer salud y los de rojo buscaban desesperadamente que Oshun se les cruzara en el camino.

De nuevo a Copacabana.

Luego de más de quince minutos intentando detener un taxi, finalmente uno se apiadó tan solo para trasladarme unos pocos kilómetros, pues a partir de la entrada al túnel estaba prohibido el paso vehicular. Río no se hacía querer. Lo que caminaba a mi alrededor era una sola masa amorfa, como si en un mismo instante aquel hormiguero se hubiera desparramado en el pavimento. La mayoría llevaba sus manos ocupadas con botellas de licor, bolsas con

comida, *refrigerantes* y hasta ollas para cocinar a la orilla del mar. No me cansaba de preguntarme: "¿Esta es la fiesta glamurosa a la que K tanto se refería?".

Me dejé arrastrar hasta toparme con la avenida Atlántica. Compré la primera *caipirinha* de la noche. En ese momento por mi mente pasaron sentimientos encontrados de felicidad por estar en Río y de tristeza por la soledad que me albergaba. ¿Para qué sirve esta ciudad si no hay con quién compartirla?, me quejé encojonado.

Hey but it gets lonely there
when there's no one here to share
We can shake it away,
if you'll hear a story.

Odié Río de Janeiro mientras caminaba hasta el mar, donde un nutrido grupo de personas vestidas todas de blanco entonaban cánticos y oraban al borde de las olas, muchos de ellos con las manos puestas en posición de plegaria, otros con las manos a la altura de la cintura, una frente a la otra, las palmas mirando el firmamento. Lo hacían alrededor de pequeñas ofrendas florales, de botellas de vino y de barquitos que bien podían ser de balso como de latón, sobre los cuales habían colocado flores, banderas blancas y figuras de vírgenes y santos. De fondo había música de tambores tan fuerte y melódica que me pregunté si acaso no se oía también en África, al mismo tiempo, ese lamento, porque era un lamento, un canto al dolor de quienes fueron separados violentamente de la tierra en que nacieron; un canto que hubiera podido haber cantado también yo.

Poco a poco los barquitos fueron dejados sobre las olas y entendí que eran ofrendas a la diosa del mar; ofrendas que muy pronto cubrieron la superficie oceánica hasta perderse navegando más allá de donde el ojo alcanza a divisar.

La música provino de las tarimas. Conté cinco mientras caminaba de un extremo al otro de la playa. A lo largo y ancho de la Atlántica había sonrisas por doquier y gente *sexy*, muy *sexy*: con sus eternas y seductoras sonrisas, los cariocas parecen insinuarse todo el tiempo.

Inspeccionaba todo a mi paso, como un detective acucioso. Me preguntaba, como en aquella ronda infantil: "Mirón, mirón, ¿de'onde viene tanta gente?". Pensé en que cada uno de estos rostros tenía su propia historia. A mi lado pasó un grupo de jóvenes que compartían a sorbos una botella de licor mientras llevaban en una camilla con rodachinas a un muchacho cuadripléjico y a una chica sentada en una silla de ruedas con quienes también compartían la botella de la alegría. Me uní al grupo, distante, solo para fisgonearlos: un mirón que cruza la cortinilla para observar desde adentro y con envidia por

no hacer parte de aquello. Era curioso: quería hacer parte de ese grupo, o de cualquier otro, pero al tiempo me mantenía aparte de todos. Como el gato que maúlla por cariño, pero no se deja acariciar. ¿Encajar? Ya para qué, si aprendí a sobrevivir en los márgenes. ¿Pertenecer? ¿Eso de sumarme como un clon, de uniformarme con tal de ser aceptado? Tampoco. La idea es pasar inadvertido, no ser anulado.

Veía a los muchachos del grupo en el que me había infiltrado. Reían alborozados y hablaban a voz en cuello. Se veían radiantes, plenos de esperanza. ¿Cuál habría sido allí la historia? ¿Un accidente de tránsito del que los dos muchachos fueron víctimas? ¿Eran amigos de toda la vida? ¿Se habían conocido en el hospital y ahora andaban juntos? Río de Janeiro vive de crear ilusión, de sacar provecho de la alegría, de permitir soñar y de hacer creer que la vida es *maravilhosa*. Es una ciudad que invita a embriagarse: “Quiero ser así, quiero tener ese cuerpo, quiero correr cada tarde por la playa, quiero que en mis labios se conserve esa sonrisa, quiero acariciar el lujo de no tener que preocuparme por nada diferente a ser feliz”. Y ya que estoy aquí, pues a divertirme, me dije tratando de olvidar la soledad.

Pero la soledad nunca se siente tan fuerte como cuando la acompañan multitudes. De hecho, sentía cierta vergüenza por estar completamente solo en medio de aquella “multitudinaria multitud”. Necesitaba estar con alguien. Con quien fuera. Contarle que estaba hospedado en un hotel de mierda, que me habían robado y que al tiempo había visto el atardecer más bello de mi vida. “¿Solo somos cuando estamos acompañados?”. De ser así entonces en ese momento, cuando el reloj marcó en punto las doce de la noche y todos a mi alrededor corrieron a abrazarse y besarse, yo era menos que nada. Una mosca pegada en la pared. Me sentía tan vacío como aquel que busca constantemente a Dios, a cualquier dios, con tal de sentirse protegido, acompañado; con tal de llenar el vacío. Era lo mismo que cantaba Cazuza en ese momento. Su voz fusionada con música electrónica resoplaba en los altoparlantes:

> *Si te escondo la verdad, baby,*
> *Es para protegerte de la soledad.*

Me uní a los que tenía más cerca e hice parte de la masa como un *badaud* inocente. O como si fuésemos amigos de toda la vida. Les deseé entre besos y abrazos un muy feliz nuevo año. Y así seguí mamándole gallo a la *solidão*, negándomela para protegerme, porque eran muchos los desconocidos que exigían su abrazo de Año Nuevo, tal cual comencé a hacer tan pronto el cielo se vistió de fuegos de colores y todo aquel revoltijo humano regaló besos a diestra y siniestra como si fueran caramelos dispensados a los niños en

Halloween. Cuando me besaron y me abrazaron y me desearon lo mejor para el año que ya había iniciado, sentí que no lo decían por salir del paso. Algo me llevó a pensar —el acento azucarado, el cariño embadurnado, la dulzura del lenguaje, la confianza en todos los gestos— que no era solo por la alegría del momento. A todos les creí. Con los brasileños el asunto no es solo cuestión de sonrisas o seducción. Son auténticos sobre todo cuando son alegres. Quizá la oxitocina actúa más rápidamente en sus cerebros que en el de quienes desde niño aprendimos que en este mundo nadie es de fiar. Así que me dije: "Por mal que la pase, la estoy pasando muy bien".

Durante los veinte minutos siguientes a las doce en punto de la noche, veinte toneladas de *foguetes* artificiales en veintidós mil dispositivos pirotécnicos fueron lanzadas desde barcos apertrechados justo al frente de la playa que recorre Copacabana; veinte minutos en los que el cielo se coloreó con miles de formas y la horda babeó casi enmudecida, de vez en cuando repitiendo, en una especie de coro góspel, con los ojos henchidos de sorpresa y emoción y abiertos de par en par: "¡Ooooo!", "¡oooooo!", cada vez que la pólvora explotaba en el aire y el firmamento refulgía con una nueva estela de matices. A disfrutar de este espectáculo había viajado toda esta gente. Habían pagado cientos de dólares y se habían arremolinado en los hoteles y en las playas esperando tan solo estos veinte minutos de alegría masificada.

Tan pronto se apagaron las luces de colores y *escureceu* de nuevo el firmamento, deslicé mis pasos hasta la discoteca Le Boy, distante unas cinco cuadras de la playa. La fila de ingreso iba larga cuando llegué. Pagué los diez reales. Era la discoteca gay de moda y me sorprendió la rapidez con que la recorrí. Así de pequeña era. Esa noche había dejado la bolsita con las pepas en el hotel. Desconfiaba de mi voluntad de adicto. Y había hecho bien. Lo había hecho tan bien que no paraba de felicitarme por el coraje y la templanza y la fuerza de voluntad y todas esas cosas. Pero…

Las pepas aquí comparten nombre con los caramelos: *bala*, como el *bala hall*, que es un dulce de menta. A la pepa se le llama golosina precisamente porque no lo es y así, al nombrarla en público, se oculta. El caso es que, antes de pagar cuarenta reales por una *bala* (¡casi tres veces más que en Colombia!), cuestioné un millón de veces mi maldita voluntad. El diablo es malo, pero me encanta: siempre aparece cuando tengo dudas. ¿Quién me ata a un mástil para no sucumbir ante los cantos de sirenas? Así que el diablo me convenció de comprarla con el argumento baladí de que era el primer día del año y había que celebrarlo. Lo sé: para remar cualquier ola sirve, así uno vaya a contracorriente. "Ya tendré todo un año por delante para asumir la decisión". Por ahora, ¡glup!, al estómago.

Con el éxtasis mi cuerpo siempre respondió con puntualidad inglesa. Casi una hora después de ingerirla sentí el primer zarpazo en el estómago, como un fuerte torzón y ganas urgentes de ir al baño. Estaba de pie en el descansillo entre el primer y el segundo piso viendo desde allí bailar en la pista a los donceles en flor mientras seguía atormentándome por la falta de voluntad. Detrás de mí, pegada a la pared, había una banca en la que me senté antes de que mi cuerpo dejara de responder. Justo a mi lado, un *garotinho* disfrutaba en ese momento la explosión de su *bala*. Lo supe por la actitud distendida de su cuerpo, la mirada vidriada inyectada de tan roja felicidad, la cabeza desplomada sobre los hombros, como el Cristo de la Pietà, y esa sonrisa de melaza que anunciaba la bienvenida al más allá. De la frente le resbalaban unas cuantas gotas gordas de sudor. Vestía con yines rotos a la altura de las partes que, al estar sentado, insinuaban su dote. Al tiempo que lo observaba advertí cómo, poco a poco, aquello fue tomando altura, al principio emergiendo tímidamente por el roto del pantalón. Todo sucedió como en uno de esos videos que muestran, en cuestión de segundos, el germinar y rápido ascenso de una mata de fríjol. En el momento en que sentí el segundo zarpazo en el estómago supe que era inevitable que me sucediera lo que a River Phoenix le sucedía cuando era Mike Waters en *My Own Private Idaho*. El poema de Jaime Manrique naufragaba en mi memoria:

Mi cuerpo que malgasté en tantos otros cuerpos.
Mi cuerpo sagrado,
mi cuerpo maltratado,
mi cuerpo desgastado y deshecho.

Cuando desperté, el *garotinho* ya no estaba a mi lado. Nunca más volví a verlo.

La primera persona con quien hablé ese año se llamaba T y era paulista. Bailaba solo, igual que yo, tenía la mirada caída, era actor de telenovelas en Rede Globo y aspiraba a ser director de teatro. Hubo tanta empatía entre ambos que, al amanecer, caminamos hasta la playa y nos sentamos a conversar frente al mar como si nos conociéramos de siempre. Me contó, entre otras cosas, que en Brasil a la fiesta de San Silvestre la llaman *Réveillon*, un galicismo que traduce despertar. Así que ahí estaba yo, despertando el año con un nuevo amigo mientras confirmaba que todo termina, hasta las grandes fiestas: a las seis en punto de la mañana los dj cerraron sus consolas en Copacabana, la playa se cerró al público y aparecieron por entre las calles miles de aseadores que en menos de una hora organizaron aquello como si no hubiera sucedido semejante celebración. “¿También habían recogido los barquitos o seguirían para siempre

flotando en altamar?”, le pregunté aterrado al pensar que podían cruzar hacia el Pacífico hasta encontrarse con los cien millones de toneladas de desecho en la Isla de Plástico. Durante breves segundos me miró sin decir nada. A cambio de las preguntas que nos disgustan solemos contestar con las que nos orgullecen, así que dijo: “Siendo Río una ciudad que se debe al turismo, la exhaustiva limpieza no es más que un detalle de respeto para con quienes vendrán a la playa en la mañana, cuando el resto de la ciudad duerma”. Lo dijo tras constatar que ni una colilla de cigarrillo ensuciaba la fina arena luego de las siete en punto, cuando el agobiante sol comenzó a elevarse. Vi cómo sucedió esto último sentado en la banca comiendo tapiocas de mozarela, coco y leche condensada mientras enumeraba propósitos para el año que comenzaba. ¿El *number one*, señoras y señores? ¿El *top ten* de ese listado? Claro que sí: dejar el éxtasis para siempre atrás. La misma promesa del año anterior y la del anterior a ese y la del 2001 también.

Acompañé a T hasta la esquina donde la avenida Atlántica golpea con la *rua* Bolívar. “Tomaré como buen presagio que la calle donde vives lleva el nombre del Libertador”, le dije con la esperanza de encontrarnos más tarde. Continué caminando bajo el sofocante sol que comenzaba a deshidratarme por el efecto de la *bala* y las *caipirinhas*. No había andado cien metros cuando me rodearon cinco *cafuçus* de cuerpos tatuados y cadenas tan gruesas y tan doradas que parecía como si el cuello no pudiera con el peso de cada una de ellas. Uno, el gordo descamisado, sacó del bolsillo del pantalón un cuchillo como para descuartizar ganado. Tenía el número 1448 tatuado en la misma mejilla en la que también se había tallado tres lágrimas rojas que le caían del ojo. El brazo derecho, desde el hombro hasta los dedos, era una maraña de espinas con unas cuantas rosas rosadas.

Todo sucedió tan rápido que ni siquiera tuve tiempo para el susto. Con un ojo veía el cuchillo y con el rabillo del otro miraba, colérico, a los —también cinco— policías que a unos quince metros de distancia hablaban desprevenidamente y se reían con descaro sin importarles que en ese momento atracaran a un turista. Me despojaron del dinero y de los tenis que llevaba. Luego me dejaron ir como si nada.

Cuando logré llegar hasta donde estaban los policías ya no había rastro de los ladrones. Me quité las medias y caminé unas cuantas cuadras descalzo y con los bolsillos limpios hasta que un taxi se detuvo. Me desparramé en la silla de atrás mientras el carro recorría el camino a Lapa. Trataba de entender por qué todo me salía mal. “¿Qué deuda tengo con el universo para que conspire constantemente en mi contra?”. Me sentía mal por haber roto la promesa de no consumir pepas en Río. Me embargaba una profunda decepción de mí mismo. No se trataba de aquella culpa que de niño me impusieron y de la cual

me costó tanto zafarme. Era más bien un latigarme por ese tropiezo imperdonable. Me daba golpes de pecho porque era eso: la vida me cobraba una vieja deuda de la que todavía no comenzaba a abonarle al capital. Me decía que tenía todavía que sufrir más. Llenarme de dolor con la agonía de un ciclista hasta templar el carácter y ser capaz de asumir mis propias decisiones. Pedí al taxista que apagara el aire acondicionado. Bajé la ventanilla y sentí cómo la brisa fuerte golpeaba las mejillas. Me sentí devastado y al mismo tiempo liviano. Como la hoja de un árbol que cae al abismo lenta y suavemente.

Ir y venir, ir y venir, ir y venir. A esto se resumía la visita a Río. Al menos algo bueno había pasado con todo esto: me había olvidado de aquel viejo dolor, del otro, del que todavía no me siento capaz de hablar. El taxista me dio tiempo para buscar algo de dinero en la habitación del hotel. Luego de pagarle subí al comedor a desayunar cualquier cosa y de inmediato pasé a mi cama, sin ánimos siquiera de preocuparme por lo ocurrido. Di vueltas y vueltas en la cama, pero ¡nanay! Tragué una pastilla de Traxodona y encendí el televisor.

Lo que recuerdo es que caía por un hueco. Era un hueco sin fin, tan angosto que solo cabía mi cuerpo, los brazos estirados sobre la cabeza tratando de asirse a algo, a cualquier cosa, pero las paredes del hueco eran lisas. De modo que durante un largo rato me vi caer y caer. Estaba todo muy oscuro y me embargaba una angustia feroz. Intenté gritar, pero no me salió la voz. O quizá grité y grité y grité, pero nadie me oyó. Ni remotamente. Un relámpago sin trueno. Ese ha sido un miedo recurrente desde la infancia. Alcancé a pensar que tarde o temprano tenía que pagar todas mis culpas, aunque no tenía certezas de cuáles eran. Solo sé que seguía cayendo. Desolado. Hasta que comencé a sentir un viento muy fuerte que me absorbía, se hizo una luz de repente cada vez más brillante bajo mis pies y ¡pum! Oí un zumbido fuerte y caí expulsado a gran velocidad, como cuando uno se tira por un tobogán. Levanté la vista y vi tras de mí el mundo del que cada vez me alejaba más a la velocidad de la furia. Vi de nuevo mis pies. Debajo estaba el sol, absorbiéndome como el remolino de un inodoro. El grito. Por fin lo oí. Fue un grito seco, desgarrador, que retumbó en la habitación. Sentí que ese grito arrastraba todo el dolor y la rabia, pero que también se me llevaba el alma. Abrí los ojos, muerto de la angustia, y entendí que el grito era el timbre del teléfono que no paraba de sonar. Vi el reloj de afán. Eran casi las dos de la tarde. “Finalmente aparecieron esos muérganos”, me dije antes de contestar, sentado todavía sobre la cama lavado en sudor, con el corazón en la mano y los ojos que se me querían salir de sus cuencos.

Era T. Quedamos de vernos en su apartamento una hora después.

Me bañé de afán, mordiéndome los labios de la rabia por haberme

dejado robar. Fue lo primero que pensé, "me dejé robar", con esa costumbre tan colombiana de culpar a la víctima por dar papaya. A la salida del hotel no encontré taxi y nuevamente debí caminar un par de kilómetros. Finalmente conseguí uno. Le pedí al conductor que detuviera el vehículo en la intersección de la avenida Atlántica con la *rua* Bolívar. Creía que el edificio de T estaba cerca, pero debí caminar un par de cuadras hasta encontrar el número.

Había varias personas a mi lado esperando el cambio de semáforo en la última esquina antes del edificio. La mayoría tenía pinta playera. En esas estaba cuando apareció sobre una bicicleta plateada un *veadinho*, que es como llaman los gais brasileños, en alusión a Bambi, a los muchachitos de cuerpo frágil y mirada tierna. Vestía solo con una sunga roja, descalzo. Lo miré sin detallarlo. Él levantó coquetamente la ceja derecha, saludándome. Me cohibí y pegué los ojos al suelo. Vi que los otros pies a mi lado comenzaron a cruzar la calle. Miré el semáforo y, efectivamente, había cambiado de rojo a verde. El diablo es perverso, ya lo sabemos. Volteé de nuevo hacia el muchacho en la bicicleta. Debía rondar los quince años. De ojos claros y alegres, rebosantes de sol, llevaba los cabellos largos hasta los hombros, doradísimos, como si fuera el fantasma de Tadzio. O el mismísimo Tadzio, qué sé yo. El chico me miró y bajó los ojos hacia lo suyo. Sobre su abdomen lampiño resaltaba el *happy trail*, ese sendero de vellos que sube hasta el ombligo: "La parte más hermosa del cuerpo de un hombre", como la describió en aquella célebre fotografía Duane Michals sobre la que también anotó: "Las líneas gemelas, de una gracia femenina, envuelven el tronco, guiando los ojos hacia abajo, hacia su intersección, el punto de placer". Y eso hice: miré lo que me mostraba. Ayudado con su mano derecha deslizó lentamente todo su circuncidado patrimonio por el costado inferior derecho de su vestido de baño. Me miró de nuevo y vi al demonio en sus ojos echando fuego. ¡Y esa sonrisa de pícara maldad! Un frío eléctrico me recorrió de pies a cabeza. No era excitación sexual. Era físico pánico de confirmar que aquel niño era Satanás. Respiré profundo y seguí caminando sin volver la vista. Cuando me detuve a corroborar el número frente el edificio de T, el venadito pasó tan cerca de mí que alcanzó a rozar mi cuerpo. Y pensé: "Río es el filo de una navaja".

Cuando finalmente se abrió la puerta del edificio, la taquicardia era tan fuerte que todo mi cuerpo se movía cual si fuera epiléptico. Me encantó la primera vez que me dio taquicardia. Y la segunda y la tercera y las demás. Esta vez no fue una taquicardia de placer sino de pavor. Creí verlo a él, al diablo, tratando de llevarme a un infierno diferente al que conocí de niño. ¿Para qué otra condena, si con una es suficiente?

T me esperaba en la puerta. Tanto lo asustó mi lividez que corrió a

buscar un vaso de agua luego de reír con una muy sonora carcajada: “Los malandros están por todas partes”. Le dije que ese niño no tenía pinta de delincuente, aunque su espíritu era el de un malvado. “El *malandragem* es un estilo de vida”. Cantó los versos de una samba de Jovelina Pérola Negra. Yo solo memoricé: “Malandro es ese tipo que se balancea, pero nunca cae”. Luego dijo: “Los malandros no son delincuentes, pero hay que tenerles mucho cuidado porque despluman”.

T se convirtió en el mejor anfitrión de su país. Le conté cómo sucedieron los dos robos. Inmediatamente me llevó a un hotel ubicado a menos de cincuenta metros de su casa donde, por la forma en que saludó al recepcionista, entendí que se conocían “muy bien”. Era el primer día del año, así que no me hice mayores ilusiones de encontrar una habitación, y menos a buen precio. Pero sucedió, así hila el destino, que la noche anterior había muerto un huésped. “En este momento están arreglando la habitación, pero en una hora ya estará disponible. Y a mitad de precio, porque aquel señor ya la había cancelado”, me dijo el recepcionista en español con marcado acento porteño. “¿La habitación de un muerto?”, pregunté mirando a T. “Imposible que en la misma habitación haya dos muertos en una misma semana”, dijo buscando animarme. “¿Por qué sería extraño? Me han atracado dos veces en menos de treinta horas”. Me convenció el saber que la habitación contaba con aire acondicionado.

Lo cierto es que aún faltaba otra desagradable sorpresa.

Esa misma tarde nos fuimos a pillar bronce en la arena gay carioca, un pedazo de mar localizado en la mitad de Ipanema al otro lado de la *rua* Farme de Amoedo, al que llaman con sorna Barbie Beach, pero cuyo nombre real es Posto Oito. Lo primero que pensé al llegar allí es que se trataba de uno de esos lugares donde todo el mundo se enamora de lo obvio: cuerpos sin un ápice de grasa, rostros lujuriosos perdidos entre destellos. Cuerpos cobrizos como miel, esculpidos dolorosamente con dieta estricta, aérobicos y las consabidas cuatro o cinco horas en el gimnasio, como el de K. Cuerpos de yonquis abultados, *bombados* se dice en portugués, con su ración diaria de anabólicos, de corticoides, de Prednisona, de NicroTech de chocolate, como el de K. Cuerpos esculpidos para alimento del ego. Como el de K. “Admira mi cuerpo. Es todo lo que valgo”, parecía gritar cada musculatura. Y no es que no admire esa belleza. Es que la de esta playa no me decía nada: era cosificada y, como cualquier otra cosa, carecía de aura. Y hasta de gracia. Clones de otros clones, la repetición de la repetidera.

Puesto Ocho no es solo un pedazo de mar con el muro invisible de un gueto a su alrededor. Vulgarmente opulento, parece la playa

privada de una familia de nuevos ricos. Casa Casuarina y la pretensiosa exuberancia de Versace. Todo simula un decorado. Chispeos de luces y mucho brillo, pero por ninguna parte oro. Solo el color dorado: una urraca moriría aquí de fascinación. Cuerpos de muchachitos atiborrados de oropel circulan entre setentones que se quedaron en la adolescencia e intentan ahora disimular las arrugas chispeando dinero.

"Esto es lo que para K es glamur". Recordé que el día que lo conocí en aquel *afterparty* andaba descamisado. Ahora entendía que ese cuerpo, que era como una roca, no era más que el plumaje que el pavo real exhibe presuntuoso mientras se avergüenza de las horribles y arrugadas patas que la naturaleza le reservó. El glamur no era más que toda la mentira de la seducción, toda la postura de los falsos brillos. El horror era el dolor y la vergüenza de haber sido violado.

Me sentí incómodo a los dos o tres minutos de caminar por esta parte de Río, este único rincón de la ciudad donde la gente parecía reír más por llamar la atención que por mostrar una alegría auténtica. "Vámonos de aquí", dijo T en su español aportuguesado. En ese momento descubrí, a un par de metros de distancia, a un *cafuçito* de unos veinte años que, de pie, conversaba animadamente con un par de cuarentones con pinta de europeos. Cada uno de los tres era más bonito que el otro. Lo que llamó mi atención fue que la *sunguinha* del malandrito revelaba un paquete más grande de lo habitual: estaba erecto y, en más de una ocasión, los otros dos lo tocaron con cierto erotismo que rayaba en pornografía. Desde la distancia los vi muy tranquilos, como si aquello fuera habitual. Al tiempo miré a la multitud buscando a alguien que me confirmara que no se trataba de mi imaginación. Al parecer nadie más los miraba. Consulté con T: "¿Estoy loco, Lucas?". Y sí, efectivamente, aquel muchacho *despudorado* estaba enhiesto. "Ahí tienes a Zé Carioca tratando de desplumar a ese par. Y por lo que veo, lo va a lograr". Ah, los malandros, los malandros. No matan, pero despluman. Tan pronto lo dijo, T siguió andando con displicencia de frente al burdo sol mientras yo recordaba aquellos versos de Cazuza:

Ipanema es una sala de estar
que deslumbra con facilidad.
El puente aéreo, el sonido del mar
y las estrellas, aún nos van a mostrar
Que el amor no es inviable.
En un mundo increíble,
dos hombres enamorados.

Al volver al hotel en Lapa, cuando quise guardar en la maleta

aquella camisa blanca que había usado en Reveillón, me fue imposible encontrarla. La había dejado afuera de la maleta antes de partir a la playa buscando que no se arrugara, pero ahora no estaba. Emplacé la respectiva queja en recepción y me devolvieron la pelota preguntándome si estaba seguro de haberla llevado a Río. “No la traje. La compré aquí”, respondí hecho un basilisco. Cuando el tipo me preguntó, con total cinismo, por la factura, corrí a la habitación a buscarla, pero ya la caneca de la basura había sido desocupada. ¡Tres robos en menos de cuarenta y ocho horas!

Por fortuna, a las nueve de la noche ya estaba en mi nueva habitación del hotel en la calle Bolívar. Sabía por K que durante los primeros días del año se organizan fiestas gais en espacios alternativos. T me habló de un lugar llamado Marina da Gloria ubicado en la avenida Infante Dom Enrique, en la ruta intermedia entre el centro de la ciudad y el Pão de Açucar.

No sé a ciencia cierta cuanta gente hubo esa noche en ese sitio arrumada bajo dos inmensas carpas blancas, pero creería que había más de cinco mil. Y, a pesar de tal cantidad, si alguien me hubiera buscado le habría quedado muy fácil encontrarme: era el único con la camisa puesta. Cuando no se es igual o mejor que los demás, la opción es ser diferente. T entendió cuando argumenté mis razones para no consumir *balas*. Entonces me ofreció G. Hecha la ley, hecha la trampa: dije que sí engañándome con la frase torpe de que no era una pepa, pero sabiendo que se trataba de éxtasis líquido.

Fue una bella visión del momento cuando explotó el G: tanta piel sudorosa rozándose unas contra otras, los ojos inyectados de sangre, las miradas perdidas, las pupilas saltonas, los párpados caídos, los cabellos empapados de sudor, las muecas que no lograban dibujar del todo la alegría, los cuerpos moviéndose como en cámara lenta. Aunque fue más bello el paisaje fuera de la carpa. Sentado sobre el césped a la orilla del océano, en la pequeña bahía de la marina situada al frente del aeropuerto, contemplé largo tiempo la tranquilidad del agua, el arrullo de las olas y la vista de los aviones que partían o aterrizaban justo cuando la noche era más oscura.

Estaba allí, tirado sobre la grama, cuando oí mi nombre. Pensé que soñaba y alguien me gritaba desde el más allá. Una y otra vez volví a oír que me llamaban, una voz cada vez más fuerte o al menos cada vez más cerca. Abrí los ojos y frente a mí estaban mis amigos perdidos, más borrachos que Noé. Habían olvidado en Bogotá el número del hotel donde me hospedaba. Al parecer alguien finalmente recordó el nombre y pasaron a buscarme justo un par de horas luego de que yo lo había abandonado. Regresaban a casa al otro día, así que solo estaría con ellos durante los restos de la fiesta. De modo que volvimos todos a la pista de baile bajo las carpas blancas que el viento

amenazaba con volar, mientras recordaba que, como dicen los tuaregs, el destino es más exacto que mil citas.

Ese viernes me fui al famoso cerro del Corcovado, donde se encuentra el Cristo Redentor. El sábado T me recogió temprano en la puerta del hotel para ir a visitar el Palacio de San Cristóbal, convertido hoy en Museo Nacional de Brasil, pero del que conocí solo la fachada, pues por alguna razón ese día estaba cerrado. Luego de aventurarnos por una carretera sinuosa entre las montañas, antes del mediodía plantamos en Petrópolis, una ciudad preciosa, pequeña y llena de historia y de historias de los personajes que la habitaron. Fue la residencia de verano de Pedro II, de quien recibe su nombre y quien la convirtió en capital del Estado de Río de Janeiro en 1894. A él le gustaba visitarla porque, al estar situada a más de ochocientos metros de altura, su clima era mucho más benigno que el de Río, la capital del país en ese momento.

Con la llegada de la corte, Petrópolis poco a poco se convirtió en destino frecuente de la élite, escritores y poetas. Allí nació Alberto Santos Dumont y, cuando el nazismo se adueñó de Alemania, allí llegó exiliado Stefan Zweig quien, luego de escribir "si el paraíso existe en algún lado del planeta, ¡no podría estar muy lejos de aquí!", se suicidó con un frasco de Veronal. Para entonces, Gabriela Mistral ya vivía también allí. Año y medio luego de aquella tragedia, Yin Yin, el hijo de 18 años de la Nobel chilena, siguió los pasos del escritor alemán apurándose un frasco repleto de arsénico. Casi medio siglo después llegó a habitar en esta ciudad, "en una casa en medio de la nada que parecía colgar de la selva", Elizabeth Bishop, la poeta que desde la niñez perdió el miedo a perder. Quien no pudo aprender a perder fue su amante, la arquitecta carioca Lota de Macedo Soares pues, tras ser abandonada por la poeta luego de quince años de relación, se suicidó en Nueva York con una sobredosis de tranquilizantes.

Bishop perdió a su padre al momento de nacer y, cinco años después, vio morir a su madre. Desde entonces se sintió una niña abandonada. De vuelta de Brasil a su país, terminó el poema iniciado años atrás que pasó a ser el más famoso de los que escribió:

Perdí el reloj de mi madre.
Y mira, se me fue la última o la penúltima
de mis tres casas amadas.
El arte de perder se domina fácilmente.
Perdí dos ciudades, dos hermosas ciudades.
Y aún más: algunos reinos que tenía,
dos ríos, un continente.
Los extraño, pero no fue un desastre.

Incluso al perderte
(*la voz bromista, el gesto que amo*)
no habré mentido.
Es indudable que el arte de perder
se domina fácilmente,
así parezca (¡escríbelo!) un desastre.

Toda su vida condensada en un solo poema que en ese momento agarré en el aire para evitar seguir mortificándome por los tres robos de los que había sido víctima la semana anterior. Con frecuencia los hechos suceden sin ningún sentido y uno les da más importancia de la que merecen. Olvidamos que todo viene, todo se va; todo es prestado, todo es pasajero.

Río de Janeiro se debe a Napoleón. Si el héroe de Córcega no hubiera aparecido en la historia, quizá esta hubiera sido tan solo otra ciudad más de América. Para entonces Bahía era, y sigue siendo, mucho más bonita. Pero Río fue la elegida por los reyes de Portugal cuando debieron exiliarse porque el ejército napoleónico amenazó sus vidas.

A principios del siglo xvii descubrieron oro y diamantes en Minas Gerais, el estado vecino a Río de Janeiro. Minas Gerais carece de acceso al mar y ello obligó la construcción de un puerto en São Sebastião do Rio de Janeiro, el cual llamó la atención de la corte portuguesa cuando debió de exiliarse. Con la llegada del rey y su corte, Río alcanzó pronto los treinta mil habitantes, convirtiéndose en la ciudad más populosa de Brasil. Con ellos llegó también el progreso, con construcciones como la Academia de Bellas Artes o la Biblioteca Nacional, con la cual me topé a la salida de la estación Cinelandia.

Desde antes de pisar sus escalones ya sabía que era la más grande de América Latina, con casi diez millones de piezas entre material bibliográfico y obras de arte, pero desconocía que su origen estaba ligado al famoso incendio que, en 1755, arrasó con un tercio de Lisboa y con la mayoría de sus edificios emblemáticos, entre ellos la Real Livraria, considerada para entonces una de las más grandes del viejo continente.

José i, rey de Portugal, y su mano derecha, el marqués de Pombal, se dieron entonces a la tarea de rehacer la biblioteca, juntando más de sesenta mil piezas que fueron luego trasladadas a Brasil. El acervo contaba con manuscritos, monedas, medallas y piezas de arte. Para Portugal era menester salvar este tesoro de las manos de Napoleón so riesgo de que terminara en París. Y no solo toda la colección llegó a Río, sino que además permaneció en Brasil luego de la independencia de Portugal, poco tiempo después de que las condiciones políticas permitieron al rey Juan vi volver a Lisboa. Brasil pagó entonces a

Portugal más de dos millones de libras esterlinas de la época (1820).

Ni imponente ni majestuoso son adjetivos que describen este edificio que ese año cumplía ciento noventa y cinco de construido. Tan pronto se cruza la puerta principal, el lujo sorprende: pisos de mármol, alfombras rojas, bustos y esculturas por doquier. La escalinata central, flanqueada por un par de lámparas *art nouveau*, evoca el escenario de una película de época. Luego está la cúpula, uno de esos lugares que tienen reflectores propios. Y, al final, están los libros en inmensas estanterías. Mientras palpaba algunos, permitiendo a mis dedos sentir el placer de acariciarlos y aspirando el olor a papel viejo, pensaba que era este el único sitio realmente glamuroso en la ciudad. Pero estaba equivocado.

Frente a la *praça* Tiradentes conocí un lugar aún más bello: el Real Gabinete Portugués de Lectura. De estilo neomanuelino (años después encontré un enorme parecido entre su fachada y la de la estación de Rossio, en Lisboa), es un edificio más bien pequeño y, por lo mismo, más cálido y personal que la Biblioteca Nacional. "Una joya rara en ese Río de Janeiro tan abandonado". Como si se tratara de un inmenso salón que poco a poco se ha ido nutriendo de libros, generación tras generación, desemboca en un fastuoso salón de lectura tapiado con estanterías de la más fina madera. *¡Eu quero viver assim!* Al recorrer sus pasillos pensaba en Jorge Burgos y en *El nombre de la rosa* y en las bibliotecas de las abadías que guardan un impresionante acervo de libros históricos.

Además de estas históricas construcciones, en la visita que hice al centro y los alrededores del puerto me topé con la Cafetería Colombo, que cuando la inauguraron en 1894 era el lujo y el boato y la ostentación con exceso de luces y espejos, todo muy rococó; el Museu da Imagem e do Som, el Museo Histórico Nacional, el Parco Imperial, el santuario Nossa Senhora do Carmo, la iglesia da Venerável e Arquiepiscopal Ordem Terceira de Nossa Senhora do Monte do Carmo, el Palacio Tiradentes. Más adelante encontré la iglesia Nossa Senhora da Candelária, el Centro Cultural do Brasil y el Espaço Cultural Correios. Listo nombre por nombre para enfatizar que Río es mucho más que sus eternizadas imágenes del Pão de Açucar o del Corcovado.

Siendo las dos en punto de la tarde almorcé en un restaurante de la zona, de afán, porque a las tres y treinta tenía cita con T frente a la estación das Barcas, en la *praça* xv. Para entonces ya sabía que hay dos Río: aquella, la vecina del mar, la del jolgorio, la de lo banal. Esa es limpia, diáfana, de felicidad sospechosamente alharaqueada, atestada de tumultos que no cesan de carcajear y agradecer por estar vivos. Allí la brisa es suave y suele llevarse a su paso todos los olores, incluidos los buenos. Es también escenográficamente encantadora, con atardeceres de ensueño que ni siquiera pueden llamarse atardeceres,

sino quizá ocasos o crepúsculos. Es la ciudad para enamorarse, donde el turista es al mismo tiempo el espectáculo: un Disneylandia diseñado para broncearse mientras se folla a la vista pública. Es la Río de fantasía, la fantasiosa; la Río que queremos visitar a pesar de que es la Río que se conoce sin necesidad de visitarla. Bastan las postales turísticas y las anécdotas de los amigos.

Y está el centro, esta otra Río por la que ahora camino y por cuyas cercanas calles de Lapa había iniciado el recorrido la semana anterior. Esta otra Río, la rutinaria, la cotidiana, la que habitan todos los días del año los cariocas, saciada de burócratas. Esta otra Río está atiborrada de olores rancios, de ruidos pesados, de ventas inoportunas e impertinentes, de gente amontonada, tumultuosa y adusta, amargada, aburrida, que parece caminar siempre con afanes. Esta parte de la ciudad es sucia y decadente, con edificios viejos y grises que alguna vez tuvieron importancia y ahora hacen parte del decorado de una vieja película que ha sido arrumado y olvidado en alguna bodega.

Río son estas dos que conocí, pero también son muchas otras. Como sucede con toda gran urbe, son las contradicciones lo que al tiempo la afean y la vuelven encantadora; es lo diverso lo que le suma a la gracia natural; es lo feo lo que enfatiza la belleza.

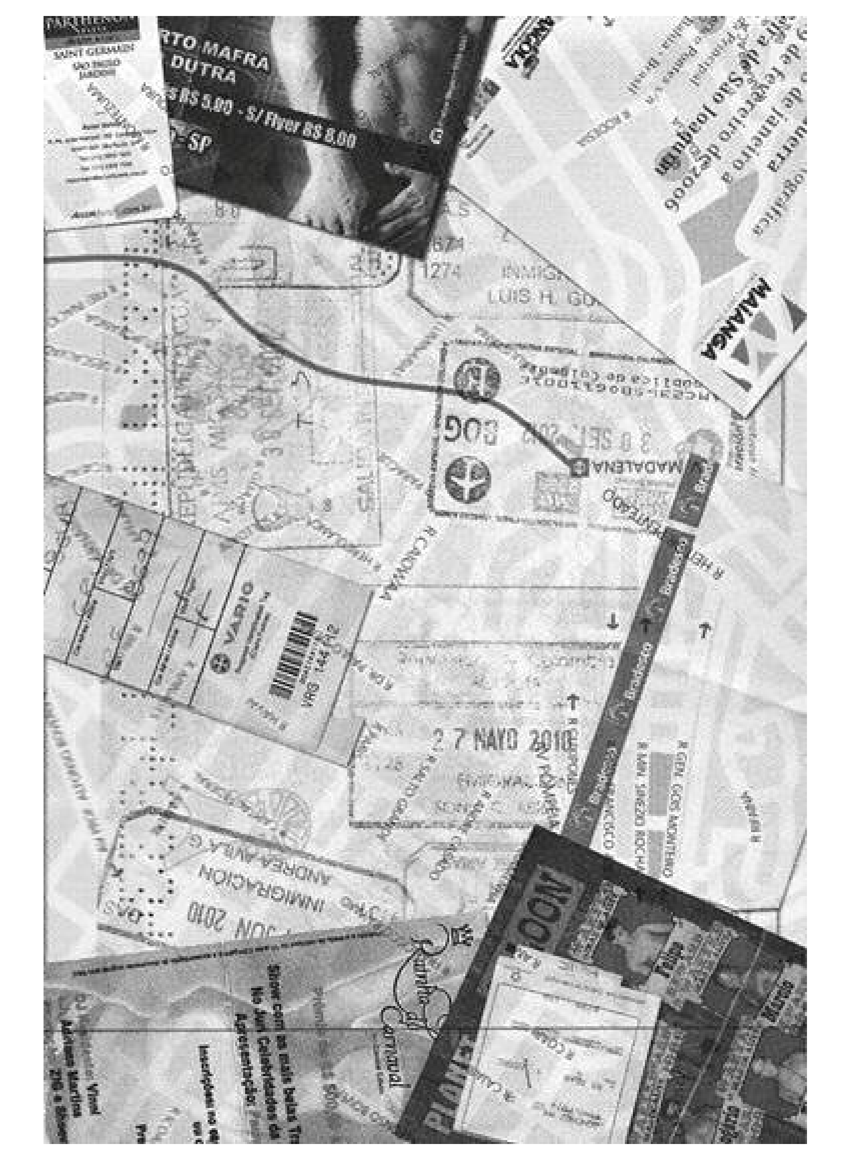
Devolví mis pasos hasta el puerto. Caía una garúa cuando T y yo abordamos una de las barcazas que cada quince minutos parten hasta la vecina población de Niterói, un breve paseo marino para conocer el más hermoso y moderno museo de la ciudad. Durante el recorrido, algo más de veinte minutos, T me puso al tanto sobre el lugar que visitaríamos. "Niterói es la única ciudad brasileña fundada por un indígena", comenzó diciendo antes de dar paso a una larga exposición histórica al término de la cual volvió a aparecer el nombre de Oscar Niemeyer y su fijación con las curvas. Curvo es este museo en Niterói que, desde la barca, comenzaba a divisarse en la distancia, en lo alto de un acantilado. "Semeja un ovni", dijo T, y era cierto: un platillo volador dormitando sobre la cima de un morro. La garúa se había convertido en lluvia y debimos correr a protegernos en el edificio.

El museo en Niterói sorprendía. Era bellísimo por fuera, pero las obras expuestas en su interior pasaron para mí tan desapercibidas que no guardo memoria de al menos una de ellas. Dije a mi amigo: "Lo que tanto gusta es solo la fachada". Un cascarón vacío. Como el oropel y el dorado y el lujo falso; como los chicos que deambulaban orondos por la playa; como el glamur del que tanto hablaba K en las tardes con sus amigos en mi casa bogotana. ¿Debía preocuparme por algo que ha sido siempre así y no va a cambiar?

Llovía a cántaros cuando embarcamos de regreso a Río. Hacía un viento muy fuerte y el mar rugía como un león rabioso. Sentados bajo

cubierta, T a mi lado, oímos por el altoparlante de la barca un canto de Barão Vermelho, el ochentero grupo de rock que dio a conocer a Cazuza:

¿Una dosis más?
Es claro que “voy pa esa”
La noche nunca tiene fin… ¶



DUTRA
27 MAYO 2010
INMIGRACIÓN
MADALENA

SÃO PAULO

HELICÓPTEROS AL AMANECER

"¿Conoces ese lugar entre el sueño y el despertar,
ese lugar donde todavía puedes recordar los sueños?
Ahí es donde te amaré, donde te estaré esperando"
J. Barrie, *Peter Pan*

2012

No encontré pasillo disponible al momento de hacer el *check in* y volé pegado a la ventanilla de un avión que despegó de El Dorado pasada la medianoche. Dormí poco. Los bombillos se encendieron y se oyó la voz de la azafata anunciando el pronto aterrizaje. Levanté la ventanilla. Comenzaba a clarear, pero abajo todavía se veían algunas luces encendidas. São Paulo acojona desde el aire. Casi treinta minutos necesitó el avión para sobrevolarlo. Desde las nubes no parece una gigantesca urbe. Por cuenta del gris cemento en los techos de las casas y edificios, separados en ocasiones por estrechos caminos verdes, da la idea de decenas de pueblitos yuxtapuestos. Rápidamente anoté en una servilleta: "Lo bueno de mirar el mundo desde arriba es que no hay fronteras ni odio ni maldad ni guetos ni exclusión". El mundo visto desde el cielo es como debería ser a ras de tierra, sin mojones que delimiten ni codicias que cercenen. ¿De veras somos diferentes a partir de una línea imaginaria? ¿Quién decidió esa frontera? ¿Cómo fue el trazado milimétrico que a un lado etiquetó a unos de una manera y al otro lado de otra? El mundo es un archipiélago de etiquetas que solo sirven para dividir: etiquetar es decir que el otro es diferente, que no me parezco a él y, por tanto, debo alejarlo de mí. Como si la razón del hombre sobre la tierra fuera destruirse antes que permitir a la especie sobrevivir.

La avenida Marginal, que corre paralela a las aguas del río Tietê entre Guarulhos y São Paulo, es una línea larga que desde temprano soporta cada día una de las peores congestiones de tráfico del mundo. De hecho, no eran todavía las ocho de la mañana y el desplazamiento

entre el aeropuerto y el hotel parecía marcha fúnebre. La mayoría de automóviles, a lado y lado, eran negros o grises. El color también define una ciudad, así que sobriedad es el adjetivo que llega en ese momento a mi cabeza. "Ni en Nueva York, donde todos visten como si fueran a un funeral, se ve tanto gris y negro en las calles", dije a E, la chica comisionada para trasladarme al hotel por la Balada Literária y el Festival Mix Brasil de Cultura da Diversidade, dos eventos que se habían unido ese año y a los cuales estaba invitado como conferencista. E era estudiante de Comunicación o de Periodismo o de Nuevas Formas de Expresión Digital o de algo así. Conducía un Gol negro, hablaba un perfecto español y, en su afán por mostrarse simpática, saltaba con rapidez de un tema a otro sin chistar.

Como no era la primera vez que visitaba este país sabía que los paulistas son más parcos al vestir y, ciertamente, más adustos en el trato que los cariocas, pero sabía también que igual son brasileños y tienen ese nosequé que tanto encanta. "¿Te gusta Sampa?", me preguntó. Traté de ser diplomático: "No es bonita, pero es misteriosa". Me miró seria, como si le estuviera tendiendo una trampa. "¿Misteriosa?". Luego dijo, como si fuera una maestra de escuela que intenta enseñar a un niño confundido: "Lo sobrio es misterioso; así como todo lo laberíntico, lo que conduce a escondrijos de la mente. Por eso suelen asociarse con lo sobrio los colores lóbregos, las sombras, los claroscuros… El negro". La miré de soslayo, casi arrepentido por haber dicho lo que dije. Ella, en cambio, nuevamente me sonrió. Al ver mi expresión, cambió de tema con rapidez: "Sampa no es como Río. Los paulistas somos más discretos". Al final sentencié, aludiendo a la congestión vehicular: "São Paulo es un caos".

A la entrada de esta verdadera selva de concreto crecen unos muy tímidos arbolitos de jacarandá que en lugar de embellecer entristecen aún más el paisaje. Desde la primera vez que estuve aquí, siete años atrás, cada vez que menciono con cariño la ciudad, la respuesta que oigo con mayor frecuencia es "São Paulo es un horror". A mí me parece maravilloso. De hecho, es la ciudad en la que me gustaría vivir hasta morir. Se lo dije a E. En su mirada percibí que no me creyó, como si siguiera pensando que había trampa en mis palabras. Permaneció callada mientras cruzábamos bajo el viaducto de Santa Ifigênia. El automóvil se encarriló entonces por la avenida Paulista. En ese momento me sentí como en casa, pues antes me había hospedado en esta misma zona. Una cuadra antes del Conjunto Nacional, que de lejos llama la atención por el enorme neón que desde 1975 luce su torre, el coche comenzó a descender la cuesta. Tres, cuatro, cinco, seis cuadras. Uno a otro los edificios pasaban frente a mí y de repente fue como si repitiera una película vieja que me había gustado. Sonreí con nostalgia. Por todas esas calles yo había caminado años atrás en la

madrugada, la mayoría de las veces aferrado a la mano de Thiago. Thiago vivía, de hecho, apenas a un par de cuadras de donde E parqueaba ahora su vw *made in Brasil*.

Ya en la puerta del hotel, mientras sacaba la maleta del baúl del carro, E me preguntó: "¿Es lo que más te gusta de Sampa? ¿El caos?". Me llamó la atención: habían pasado más de quince minutos desde que mencioné esa palabra y ahora la repetía como si la hubiera estado masticando. "No, le contesté, lo que más amo de esta ciudad se llamaba Thiago Vasconcelos, pero murió". No dijo nada, ni tampoco me preguntó quién fue él. Yo tampoco quise preguntarle por qué se había atollado en esa palabra. Luego dijo que a las cinco en punto de la tarde me recogería para llevarme al teatro donde se llevaría a cabo la premiación. Nadie me había advertido sobre ese evento. "No traje ropa para alfombra roja", dije bromeando. "Los artistas pueden vestir como quieran", respondió mientras encendía de nuevo su auto. Entregué mis datos en recepción y subí a la habitación. No tenía sueño ni me sentía cansado. Dejé la maleta sobre la cama y salí a caminar.

Mi amiga Q me había contado años atrás que, a mediados de los sesenta, cuando inició la dictadura y entró en servicio la *rua* Augusta, esta era la zona *cool*, la de la diversión y el jajajá. Aquí se ubicaban los mejores restaurantes y las más concurridas discotecas; aquí sucedían *Os Embalos de Sábado à Noite*. Más de diez años después, con la apertura de los primeros *shopping center* en la ciudad, la zona se vino abajo hasta convertirse en *ponto de meretricio*. Hoy la mayoría de las tiendas situadas en la primera planta de los edificios sobre ambas aceras de las calles Haddock Lobo, Augusta y Padre Joao Manuel (entre restaurantes de "corrientazos", bancos y cajeros electrónicos) comercian toda suerte de gangas, desde muñecos de felpa, tenis sin marca, camisetas y cachuchas con logos piratas hasta electrodomésticos, artículos para bebés y decoración de temporada. En este caso, que era noviembre, abundaban en las vidrieras artículos navideños. A escasos metros Jardim, uno de los barrios más distinguidos de São Paulo.

La primera vez que anduve por estas calles me sentí perdido. Pensaba en lo extraña que es la ciudad, una mezcla entre Nueva York y Valledupar. Con sus veinte millones de habitantes, São Paulo no dejaba de parecer un pueblo. Rascacielos y multitudes junto a piernas de maniquíes envueltas en medias y brasieres ubicadas en medio de la acera; automóviles de marcas lujosas, de esos que tienen puertas que se abren hacia arriba, comparten calle con carritos ambulantes que ofrecen chicha de algo o jugos naturales y con buses de transporte público que arrastran tras su paso una estela de humo, pesadez y bulla; mujeres elegantes de rasgos cosmopolitas (morenas de celestes ojos rasgados y pelo aindiado) comparten acera con vagabundos y

perros sin dueño.

Decidí subir hasta la avenida Paulista y trepar luego hasta la calle donde vivió Thiago, quizá como un homenaje tardío. Al pasar por el hotel donde me hospedé aquella primera vez, el recuerdo de repente se precipitó y volvieron a mi mente aquellas escenas como si se proyectaran sobre el muro de alguno de estos rascacielos.

2005

"Jardim", anunció el taxista tras desembocar en otra avenida luego de cruzar el viaducto de Santa Ifigênia. Era enero y era la primera vez que estaba allí, en esa ciudad a la que ni siquiera sabía a ciencia cierta a qué había ido. Nadie me la había recomendado, nadie me había hablado de ella. En la mente de la mayoría de viajeros, Brasil, al parecer, es solo Río o Bahía y apenas un par de días atrás me habían robado tres veces en menos de cuarenta y ocho horas en la capital carioca. Luego de tan mala experiencia, ¿por qué no devolverme a Buenos Aires, donde estaba tan a gusto?

Como ya era costumbre, en la puerta del hotel pregunté al taxista mientras buscaba el cambio de mi pago, si era esa una zona segura. "*Sim, claro, é muito segura* —contestó sin un atisbo de ironía y sin voltear a verme—: *à noite, as ruas ficam lotadas de prostitutas*". Me registré en la recepción del hotel y subí a la habitación, en el piso dieciséis. No tenía hambre. Tampoco sabía qué hacer o dónde ir. Me dejé tan solo la pantaloneta de baño y una camiseta. En el ascensor me tragué una pepa luego de marcar el número veintisiete. Tan pronto abrió la puerta, al frente estaba la piscina. Había un par de niños bajo la mirada vigilante de una señora recostada en una tumbona. Al otro lado de la alberca había un libro sobre una pequeña mesa del que alcancé a leer un nombre en italiano. Tumbado a su lado, un *ragazzo* con cuerpo de regata. Era alto, muy rubio, debía contar entre 26 y 30 años, la edad en la que el hombre alcanza todo su esplendor, con ambos brazos completamente tatuados a la manera de un bosque florido en el que resaltaban, a la altura de los hombros, tucanes y guacamayas. Las aves que más amo. Pedí una toalla al encargado. Debían ser las tres de la tarde. Hacía sol y una brisa corta pero fresca. Me asomé por la baranda. Había pocas nubes y el cielo, lejos del azul, tenía un color acenizado. De fondo la ciudad, o lo que permitían ver sus espigados rascacielos. "¿Así que esto es São Paulo?". Sentí un calambrazo recorrerme por dentro y oí mi propio suspiro. Aunque soy un paseante que prefiero la ciudad a la naturaleza, me imaginé como *El caminante sobre el mar de nubes*, el óleo de Friedrich. No alcancé a imaginar en ese instante lo mucho que llegaría a amar esta ciudad, ni la enorme influencia que en mí ejercería. En ese instante solo tuve

ocasión para entender que la felicidad son esos momentos en los que uno de repente se sabe a salvo del resto del mundo.

Hora y media después bajé con el *ragazzo* a su habitación.

Al día siguiente fui a desayunar temprano en el restaurante del hotel. Salí a la calle, caminé hasta la esquina y, al doblar hacia la derecha, detuve la vista frente al Hotel Renassence. Por la acera de enfrente subí la cuesta hasta toparme, a escasas tres cuadras, con los laberínticos pasillos del Conjunto Nacional, uno de los primeros y modernos rascacielos (*arranha-céus*, en portugués), inaugurado a finales de los cincuenta.

Al otro lado de la calle por la que ingresé al *lobby* de este edificio está la más famosa vía de la ciudad, la avenida Paulista, donde noté que la gente lucía diferente de la que caminaba en cercanías a mi hotel: era elegante y glamurosa. La Paulista, que existe desde finales del xix, es la aorta de São Paulo y también su corazón, un corazón que late a ritmo de taquicardia. Fue esta la primera calle asfaltada de la ciudad, cuando en sus aceras comenzaron a construirse las más elegantes mansiones de los terratenientes del café. Su recorrido abarca tan solo tres kilómetros que comunican la avenida Consolación con la calle Paraíso, pero son los tres kilómetros más costosos por metro cuadrado de Brasil. Aquí tienen asiento las principales empresas del país, aunque se conservan rezagados, perdidos entre los enormes rascacielos, un par de palacetes del pasado que recuerdan aquellos versos de Régis Bonvicino:

Entre dos edificios
La avenida Paulista
Un hilo de sol
Recorre el frío.

Paulista es fría porque poco le entra el sol. La altura de muchos de estos *arranha-céus* se acentúa con antenas de televisión sobre sus techos que simulan gigantescas tildes sobre íes, al tiempo que a la mayoría de sus esbeltas fachadas las decoran inmensas fotografías publicitarias. De hecho, mientras observaba la imagen de un anciano negro desdentado que sonríe de oreja a oreja debajo de una línea que pregunta ¿*Você é feliz*?, recordé aquella historia que afirma que, si el mundo se destruyera y tan solo quedaran en pie estas vallas, los antropólogos que habitaran el nuevo mundo no dudarían en informar que esas imágenes corresponden a “las deidades más importantes de la antigüedad”.

Cuando viajo, suelo reportarme con los amigos que habitan en la ciudad que visito. Y ahí están siempre, dispuestos a un nuevo

encuentro, alegres y sonrientes de compartir otra vez. Luego de registrarme en el hotel el día anterior, envié un correo a mi amigo Marcelino, a quien había conocido en Bogotá años atrás en un evento literario. Esta mañana había recibido su respuesta. El correo traía la dirección del fnac, ubicado en Vila Madalena. La cita sería a las ocho de la noche para acompañarlo a la presentación del libro de un conocido ilustrador de la ciudad. Llegué puntual. Subí al tercer piso: un auditorio con unas treinta sillas frente a una tarima con dos sillones. Allí estaba Marcelino y nos abrazamos con cariño. Es un tipo jovial, de barba cerrada y cabello largo y cobrizo que suele llevar al desgaire. Es reconocido en los círculos culturales no solo por sus ficciones sino también porque cada año, hacia noviembre, organiza, junto a otros, la Balada Literária, un evento cultural nutrido con literatura y teatro, principalmente.

Marcelino me presenta con sus amigos, entre ellos a Q, una chica que debe medir un metro con sesenta y poco, blanca, de cabello corto, no ondulado sino con ondas, mirada inquisitiva y palabra fácil. Marcelino me cuenta que es ensayista y traductora. Estrecho luego la mano de un joven regordete de piel mestiza que lleva la barba y el bigote al estilo candado, usa lentes de marco grueso y gorra negra. Su nombre es Reginaldo Ferreira, pero todos lo llaman Ferréz. Alguien me cuenta que creció en una favela muy "caliente" llamada Capão Redondo, de la que él habla en una novela que en ese momento llevaba tan solo un par de meses en librerías. Ferréz me regala un ejemplar publicado por El Aleph. La portada, de fondo negro, trae la foto en primer plano de un revólver. Me gusta el título: *Manual práctico del odio*. "¿Por qué en español?", pregunto. Marcelino dice que ha sido tal el éxito del libro que se ha traducido muy pronto a otros idiomas. Leo el epígrafe. "Perseguí a mis enemigos y les di alcance, y no me volví hasta acabarlos. Salmo 18, versículo 38". Y luego: "Se alegrará el justo cuando haya contemplado la venganza, sus pies lavará en la sangre del malvado, Salmo 58, versículo 11". Recibo el libro agradecido y prometo leerlo durante mi estadía en la ciudad. Luego, durante la presentación, Ferréz dice una frase que se me graba: "El odio produce dolor en el cuerpo".

De fnac salimos a cenar a la *mercearia* São Pedro, ubicada tan solo a un par de cuadras, en ese mismo barrio. El sitio era una amplia terraza en una esquina. Había unas cincuenta personas sentadas alrededor de mesas tomando cerveza y atentos a la pantalla de un inmenso televisor sobre una de las paredes al fondo del lugar. La mesa a la que llegamos la ocupaban también otros escritores. Nos presentan. Uno de ellos me regala un pequeño libro de cuentos: *Uma antologia bêbada.*

Esa noche transmitían un partido de fútbol muy importante en el

que jugaban los mejores equipos del país buscando clasificar a un campeonato equis. No tengo idea ni me interesa saber nada sobre fútbol, de modo que no me preocupé por preguntar el nombre de los equipos ni del campeonato. Comí una pizza y me despedí: prefería buscar placeres propios, que no tardé en encontrar.

Adoro viajar sin norte, sin brújula; adoro viajar siguiendo el impulso del camino, el vagabundeo; viajar acompañado solo de la curiosidad. Es ingenuo pensar que quien vuelve es el mismo que partió. Si así sucede, el viaje fue perdido porque viajar es cambiar. Viajar para viajar, para sorprenderme con lo nuevo, con lo que nunca antes he visto, aunque lo haya visto mil veces en fotos o en la televisión. Caminar, andar, recorrer el mundo, trasegar la vida sin expectativas, dejándome llevar. Como al garete. Ese es el viaje. Lo demás es tan solo un recorrido obligado, una visita guiada.

Entre menos presión por fotografiar un escenario turístico, más libertad hay para recorrer el lugar según el antojo. São Paulo no es una ciudad de postales turísticas. No hay un obelisco, ni una Torre Eiffel, ni un Corcovado, ni un Times Square. São Paulo es la ciudad, no la postal.

El tercer día entre sus calles me levanté tarde y con ánimos de visitar el Museu de Arte de São Paulo Assis Chateaubriand (masp). De nuevo trepé las tres cuadras para repetir el mismo recorrido del día anterior a través de la avenida Paulista hasta el parque Trianon. Justo al frente, el edificio del masp, un inmenso bloque de vidrio, sostenido por un par de marcos rojos. Una caja suspendida en el aire.

Unos cuantos muchachos de cuerpos tatuados se deslizaban sobre patinetas entre oficinistas vestidos de gris. Varios mendigos. Un par de ellos fumaban *maconha*. Otro me pidió algo de dinero. Antes de subir al museo me entretuve un rato apreciando la ciudad desde ese gran espacio abierto cuyo techo es el museo. São Paulo, abajo y en la distancia, no era más que una selva espesa de rascacielos feos y arquitectura carente de gracia, sin diseño. La mayoría de ellos alguna vez fueron blancos y hoy lucen las fachadas sucias, desastradas. Lo novedoso es, quizá, que sobre los techos planos de muchos de ellos hay pintada en azul la inmensa H de helipuerto. Al fondo, el cielo, sin una sola nube, aperlado, muy gris. Gris plata. Como las balas del Llanero Solitario. O como su caballo, Silver. O como una garúa serena, casi invisible, de plomo.

Salvo por el placer de apreciar la ciudad a los pies, la vista era fea. Opaca y fea. Era el paisaje de una película posapocalíptica. Aun así, me gustaba. Era mi idea de gran ciudad: una jungla inmensa donde pasar desapercibido. Y ahí estaba yo, en ese mundo desconocido haciendo parte de algo más grande. Me gustaba abrir los ojos y

confirmar que estaba muy lejos de casa. Eso motivan estos viajes: buscar desesperadamente un hueco en algún lugar con tal de huir de los fantasmas de la niñez. Sin embargo, todo seguía siendo un decorado. ¿Por qué no lograba olvidar esos recuerdos?

Sigo caminando luego de visitar el museo. No me siento a gusto. Entre Buenos Aires, Río de Janeiro y São Paulo, estos días he andado mucho, de calle en calle, solitario. Y siento ahora ganas de hablar con alguien, de contarle cuánto me gustaron los cuadros de Van Gogh: *O filho do carteiro - Gamin au képi, A Artesiana* y *Banco de pedra no Asilo de Saint-Remy*, quizá la mejor de las tres obras; ¿por qué me detuve largo tiempo frente al de Modigliani?; ¿o de analizar conjuntamente *A princesa Bibesco*, el cuadro de Vuillard? A veces me pasa: solo soy consciente de la soledad cuando necesito oír algo diferente a mi propia voz.

Salgo del museo, pues, arrastrando el *down*. La sola idea de regresar al hotel me produce zozobra. El cuerpo me falla y de nuevo enfrento el cansancio físico a la angustia del encierro entre esas cuatro paredes. Ya en la cama, siento que la vida se me va y no hago nada acostado allí, sobre ese colchón tan mullido, todo vestido de blanco como una novia pura y virginal de las que ya no existen. Saco la bolsita de plástico que contienen las pepas. La tengo un buen rato en la mano. Desisto. Quiero estar en Bogotá. Me faltan mis almohadas, mis sábanas viejas; verla al atardecer, cuando el naranja se apodera de sus montañas. ¿Qué más extraño de ella justo en este instante? Una hamburguesa doble queso de El Corral, con mucha grasa y mucha salsa *barbecue*; las largas caminatas por la carrera Novena al amanecer, cuando los amigos se quedan militando en mi apartamento, los militantes de la rumba, mientras yo me pierdo hacia el sur, con el corazón sin dueño, en busca de otras compañías andando por la soledad, flotando, como un *flâneur*: un Horacio Oliviera buscando a su Maga; eso extraño también: caminar antes del alba siempre ha sido para mí un inmenso placer, cuando la ciudad duerme, todo es silencio y nadie me ve, salvo la madrugada y, algunas veces la luna, cuando es obesa y está en lo alto. Iba a mencionar también a las estrellas, pero son contadas, contadísimas, las que pasean por el cielo bogotano; extraño también el viento del amanecer, que es diferente. Es más suave y huele a fresco. De madrugada Bogotá huele a jazmines y a eucalipto, huele a tierra húmeda y a sombras que se entrelazan, como las de José Asunción Silva. A veces, cuando la lluvia acaba de pasar y el espejo de agua sobre la calle no termina de evaporarse, queda en el aire una estela como de jazmín molido; de día, en cambio, la ciudad huele a cilantro, a caldo humeante y al humo de los buses y los transmilenios. De día huele también a miedo y desconfianza… De

madrugada el viento susurra fuerte y veloz, como el vuelo de los colibríes. ¿Acaso es el viento lo que ulula y no un fantasma que me sigue los pasos? Los fantasmas de Silva. Están también el canto de las aves y los ladridos mortificantes y secos que se oyen a lo lejos. De madrugada, los ladridos producen dolor porque son una queja de soledad, de añoranza… La Trinchera, no lo voy a ocultar, también extraño La Trinchera, aunque no tanto como a Gótica y Cinema. ¿Qué más extraño? Meterme donde no debo buscando siempre a mi propio Mago que saque chispas a mi corazón y haga volar pájaros enormes por entre mis tripas: no me basta el revoloteo de mariposas, yo quiero más, siempre quiero sentir mucho más de lo que sienten los demás; un Mago que llene de cosquilleos el bulto que guarda mi pantalón, así deba buscarlo en cuchitriles oscuros donde habitan, hasta caer rendidos del cansancio, los otros náufragos solitarios. Todo es fiesta y todo es, al mismo tiempo, soledad. Porque la fiesta es eso: el escenario donde se naturaliza la soledad, donde la soledad se convierte en comedia y diversión. Con nadie me siento a gusto y en ninguna parte me apetece quedarme dos, tres horas. Si acaso, a veces, un poco más. Me pica la cama, me pica la casa, me pica la calle, me pica la gente. Todo me pica en Bogotá. No me aguanto a nadie, ni a mí mismo. Todo aquello desembocó en esto: no me siento a gusto conmigo mismo.

El odio produce dolor en el cuerpo.

El odio produce dolor en el cuerpo.

El odio produce dolor en el cuerpo.

Para evitar seguir pensando pendejadas reviso la música. Hace rato he olvidado a mi amigo Paul van Dyk. Dejo sonar *Out There and Back*, el álbum completo, y me voy a la calle. La música es, ante todo, una gran compañía. De repente se me alegra la tarde. Aprovecho que llevo el libro en el morral y leo un párrafo de *Manual práctico del odio*.

“Por la misma acera pasaba Rodrigo, alumno del colegio São Luís, situado en los Jardim, el alumno pasó inadvertido porque se había cambiado el uniforme por una ropa más sencilla para irse a casa, todos en el colegio comenzaron a adoptar esa costumbre después de que algunos compañeros fueran asaltados en el trayecto entre la casa y el colegio, las víctimas eran siempre jóvenes de catorce a dieciséis años, y los ejecutores de los hurtos también tenían la misma edad, la única diferencia entre los jóvenes que robaban y los robados era el muro social que divide al país”.

Por primera vez me alegra saber que ya no estoy entre los catorce y los dieciséis años.

Sigo bajando por la *rua* Augusta. Cada vez me topo con menos tiendas tipo Todoganga. En su lugar, las fachadas de los restaurantes lucen más sobrias, distinguidas. En una esquina leo *rua* Oscar Freire

escrito con letras blancas sobre una tablilla de fondo azul, Azul Klein, por demás, colocada en un tubo del alumbrado, gris y feo, repleto de cables mal cortados. Anoto: “Hasta la calle del lujo está envuelta en decadencia”. Cruzo a la derecha, en dirección a la *rua* Haddock Lobo. Los siguientes metros son un largo trecho lleno de cráteres, operarios de la construcción y vallas de la *Prefeitura* de la ciudad que maneja las obras públicas impidiendo el paso sobre la acera por “razones de seguridad”. Por razones de seguridad camino la calle junto a una veintena de personas que intenta cruzar a un lado o a otro al mismo tiempo; por razones de seguridad me veo obligado a ocupar la zona reservada para la libre circulación de los vehículos; por razones de seguridad debo cruzar por entre los carros. Pasan tan cerca de mí, que debo tocarlos para esquivarlos, como si fuera un jugador de baloncesto que, para driblarlo, roza el cuerpo de su contrincante.

La calle Oscar Freire es el epicentro de Jardim: un par de cuadras desbordadas de comercios con nombres caros y facturas de escalofrío. Pero realmente lo que la diferencia de las otras de la ciudad es que es la única con cielo despejado, pues las demás están anacrónicamente enmarañadas con cables de electricidad. Los propietarios de las tiendas de esta calle entendieron que no podían vender lujo bajo el hogar del Hombre Araña.

Abro de nuevo el libro de Ferréz mientras almuerzo.

“La patrona de la madre de Régis le dijo algo que le quedó rondando todo el tiempo y que él aún recuerda como el comienzo de su rebeldía, como el comienzo de todo el odio que sentía por quién tenía lo que siempre quiso tener: dinero. Un día, durante una conversación entre la patrona y su madre, la patrona preguntó de qué barrio eran, su madre dijo el nombre del barrio, la patrona pasó la mano por la cabeza del pequeño y dijo:

—¿Entonces este chiquillo crecerá un día y vendrá a robar a mi casa?

Régis no entendió la broma, ni su madre entendió lo que la patrona quiso decir, pero imitó a la patrona en la carcajada, la patrona se reía a más no poder y la madre de Régis intentaba imitar a aquella que le pagaba el sueldo todos los meses, que sustentaba a su familia, al fin y al cabo la patrona resultaba tan afectada que debería parecerle gracioso que en su hijo tal vez germinase un futuro marginal”.

Le escribo desde un café internet a un amigo que vivió aquí hasta hace poco. “¿Qué sitio me recomiendas para esta noche?”. Menos de treinta segundos después recibo el *link* de una página donde aparece todo el movimiento nocturno con un consejo personal: “Parece que lo mejor será Sogo o Buba Disco Lounge. Escoge una de las dos”. Decido

ir a ambas. Se lo digo. Se muestra de acuerdo con mi decisión y aprovecha para programarme la siguiente tarde. “Entre la una y las siete de la noche habrá mucha movida en la *praça* Benedito Calixto. Aprovecha y ve a cenar en el Consulado Mineiro la mejor comida *mineira* en la ciudad”.

Regresé al hotel antes de las dos de la mañana. Me recosté sobre la cama, preocupado: tres días, una sola pepa. Al igual que pasó en Río, no quería drogarme. ¿Qué diablos me estaba pasando? Me quedaban todavía varias de reserva luego de los diez días en la capital carioca y hasta sabía que cuando uno es adicto siempre sabe cómo hacerse a lo que necesite. Sin embargo, no terminaba de entusiasmarme la idea de comerme al menos la mitad de una carita feliz. Aquello comenzaba a inquietar.

Entre las nueve de la mañana y las siete de la tarde cada sábado se realiza en la *praça* Benedito Calixto, entre los barrios Pinheiros y Vila Madalena, una feria de arte y artesanías al estilo del londinense Candem Town. La mejor hora para visitarlo es al atardecer, que es cuando los jóvenes se toman la plaza en son de rumba, tal cual hicimos con Q.

Llegamos cuando el sol ya se apagaba. Unas quinientas personas bailaban y cantaban al son de sambas y otros ritmos nacionales. La muchachada armó desfile detrás de la banda de músicos. Todos eran un solo cuerpo, en el que resaltaban un par de *garotinhos* y un semidiós garboso y largo peinado a lo rasta, con la piel azul turquí, el cuerpo glorioso de un gimnasta ruso y el culo redondo y frondoso, impetuoso, que bailaba alrededor de la plaza. En ese momento mi amiga y yo nos separamos del grupo. Estaba agotado. “La plaza Benedito Calixto es el mejor lugar de ligue las tardes sabatinas”, me había contado mi amigo colombiano. No tuve suerte. De vuelta al hotel.

A la 1:37 a.m. abrí de nuevo los ojos. De inmediato llamé a la recepción del hotel para que me localizaran un taxi mientras me duchaba. La madrugada estaba fresca y había pocos autos transitando. Bajé la ventanilla del vehículo. Corría un vientecillo parejo y frío que me golpeó el rostro sutilmente. Cerré los ojos y me dejé llevar. Siempre he amado ese momento en el que el olor de la noche me arrastra: no hay memoria, luego no hay dolor. Es un airecillo de esperanza, como de “el día ya se ha llevado lo peor y solo resta esperar el amanecer”. Igual que las madrugadas, amo también los lunes, cuando la vida nos regala otra oportunidad y hay que ser fuerte y hay que estar alegre y hasta sonreír para asustar al destino. Amo, en fin, los comienzos. En cambio, los finales….

Desde que el taxi en el que me movilizaba alcanzó la *rua* Guaicurus y vi que la hilera de carros a lado y lado de la vía indicaba que el

lugar estaba a reventar, sospeché que entrar a The Week no sería un asunto de pocos minutos. El auto se estacionó frente al gran portón de la entrada y sentí un deseo urgente de ingresar. Del interior de la discoteca, de la *boate*, emergía, como fuego de dragón, una algarabía, una alegría inmensa.

Casi cuarenta minutos después finalmente pagué los veinticinco reales de *cover*. Era tal la multitud, que me sentí una pulga en el lomo de un perro ovejero. La pepa acababa de reventar, pero en lugar de caer dormido como era lo usual, quise caminar por cada palmo de este gigantesco club nocturno mientras los latidos se aceleraban más y más. Recorrí cada centímetro de la pista principal, un salón gigantesco en el que inmensas lámparas de lágrimas se descolgaban varios metros sin llegar nunca a tocar la mano de un hombre alto. Pasé a la otra sala, decorada al estilo oriental, con la cara de Buda repetida, a lo Warhol, en grandes esculturas dispuestas en una pared, doce en total, en colores azul y dorado. Fui a la tercera pista, la más discotequera, compuesta por dos salones divididos por un tabique de espejos. En el primero de ellos, sobre el suelo, grandes colchones de cuero, cuadrados y de diversos colores, se juntaban unos con otros: el lugar perfecto para tumbarse a dormir los quince o veinte minutos reglamentarios de gloria. El siguiente salón, con sillas de cuero y pequeñas mesas, era una versión de la pista de baile de *Saturday Night Fever*, pero estas pantallas que prendían y apagaban no estaban en el piso sobre el cual, en la película, bailaba Travolta; ese piso que prendía y apagaba a voluntad del dj, sino en las paredes, a veces jugando con uno o dos colores, dando la idea de enormes cuadros de Mondrian. Finalmente volví al sitio por donde entré. Era un patio con floridas trinitarias y árboles de especies diversas, todos frondosos, un césped bien cuidado y una piscina al fondo rodeada por tumbonas blancas; un patio atestado de muchachos que bailaban y reían y saltaban de contento. Shakespeare seguramente estuvo en un sitio parecido a este cuando escribió: “El infierno está vacío. Todos los demonios están aquí”.

Y allí, bailando entre las sombras de los árboles y el vientecillo frío y seco, conocí a Thiago. La primera vez que lo vi él estaba completamente íngrimo, parado sobre el *deck* junto a la piscina. Luego de luchar contra mi timidez durante un par de minutos me planté a su lado y, acompañado de una leve sonrisa, le ofrecí un sorbo de Antarctica, la cerveza que bebía. Él me miró sin desconfianza, como si nos conociéramos de tiempo atrás. Sin pronunciar palabra alguna tomó un trago y me devolvió la lata sin siquiera agradecerme, tal era la amistad que parecíamos tener. Tenía las pupilas dilatadas, lacrimosos, y la mirada perdida, como debía de estar en ese momento la mía. Era claro que ambos estábamos reventados y que a duras penas

podíamos sostenernos en pie. Ni siquiera teníamos fuerzas para hablar. Su mirada tenía algo que, no sé, era apagada, sí, pero en el fondo se le adivinaba una cierta luz que daba la idea de que estaba al día con el pasado, como la mirada del héroe que luchó a muerte contra sus fantasmas y ahora regresa tranquilo a casa. La misma mirada que algún día quisiera tener yo. Lo primero que pensé al ver esa mirada fue que "tenía el estigma de la muerte encima", como escribió alguna vez Capote. Permanecí a su lado durante largos minutos en los que ninguno de los dos musitó palabra, repitiendo unas tres o cuatro veces la invitación a tomar de mi cerveza. Siempre lo mismo: él apuraba un sorbo y me devolvía la lata sin agradecer. Me gustaba como me miraba. Eso: me miraba. Solo eso pedía yo, que alguien me mirara, que en medio de ese cojonal de gente alguien supiera que existía; que había alguien a quien podía aferrarme. A su mirada. Y él me miraba y sonreía. Levemente. Apenas los labios parecían moverse. Como si él también necesitara una mirada a la cual aferrarse.

Al poco tiempo, Thiago —a pesar de que menciono su nombre con confianza, todavía no sabía que se llamaba así—, se me acercó al oído a decirme algo que entendí como que un amigo lo esperaba o lo buscaba o que tenía una cita con alguien. Algo así dijo en portugués. Salió a su encuentro sin esperar respuesta mía, como si fuera claro que yo debía conocer de antemano aquella información. Lo vi alejarse lentamente hasta acercarse, un par de metros adelante, a otro muchacho que vestía muy parecido a él: tenis blancos, yines azules y camiseta celeste. Uno y otro eran completamente diferentes. Mientras Thiago era delgado, el otro era rellenito; mientras Thiago era alto, el otro era bajito; mientras Thiago era serio, el otro sonreía todo el tiempo; mientras Thiago era lechoso, el otro, también lindísimo, era de piel obsidiana, los ojos rasgados de los orientales y tan azules como una piscina sin fin; mientras Thiago llevaba el pelo corto, el otro usaba *dreadlocks*, como un rastafari. Los vi perderse entre la multitud de la pista mientras me cruzó por la cabeza la idea de que era la última vez que vería a aquel hombre tan hermoso: "En una discoteca con más de diez mil personas, volver a encontrarnos sería un milagro", pensé con dolor. Recordé el poema del cubano Luis Rogelio Nogueras:

Confórmate con su salvaje lejanía
con su ajena belleza
(*si vuelve la cabeza escóndete en la hierba).*
No rompas el hechizo de esta tarde de verano.
Trágate tu amor imposible.
Ámalo libre.

Varias horas después, caminando de nuevo en cercanías a la piscina, me topé de nuevo, de frente, con Lukas Ridgeston, que reía animadamente con algunos de sus compañeros de reparto, y volví a sorprenderme con la belleza de sus ojos azul glaciar. De repente sentí una mano tocando mi abdomen. Era Thiago. Sonrió. "No te reconocí", dije. Me miró extrañado. "No te reconocí", repetí en español. *¿Fala portugués não?*, me preguntó justo cuando pensé que él no había entendido mi frase por haberla dicho en español. "Sí", contesté en español, un tanto avergonzado por haber olvidado que estaba en Brasil. Durante unos minutos ambos guardamos silencio, parado uno justo al frente del otro. Vi con deseo cómo acercó su boca a la mía. Lo dejé besarme. En una milésima de segundo la dopamina me llegó al cerebro, y este tardó aún menos tiempo en producir la feniletilamina suficiente como para saber que por fin el amor era verdadero. Floté entre nubes: la mente liberada, los músculos relajados.

Su boca era muy caliente. Como meter la mano en una chimenea encendida, pero sin tocar el fuego. Bajo el efecto del éxtasis los besos saben diferente. De hecho, tienen sabor… y huelen. La lengua propia y la ajena, si el otro también está en éxtasis como era este el caso, pierden saliva, se resecan, de modo que cuando la lengua acaricia los labios, se sienten suaves, cual algodonales, pero carnosos. Dan ganas de morderlos fuertemente, sin maltratarlos. La sensación es parecida a una resequedad humectada. Es todo tan contradictorio que solo a partir de un oxímoron se puede explicar.

La testosterona comenzó a hacer lo suyo. Pronto, desde la boca, el beso pasó a la oreja, cada uno besando una oreja del otro, y luego al cuello, a la quijada, al mentón, a los cachetes, un mordisco corto en una ceja, y la lengua que roza la pupila que no era más que una inmensa y salada lágrima. *¿Qual é seu nome?*, me preguntó. Lo dije. Oí por primera vez mi nombre pronunciado en su voz, o debo decir, cantado en su voz. Repitió mi nombre con fuerza, como si al hacerlo lo esculpiera en su memoria. Yo fui incapaz de preguntar el suyo, no por timidez, sino porque en aquel momento estaba convencido que aquel hombre tan bello de pupilas saladas no podía tener un nombre diferente a Tristeza. Él pareció leer mis pensamientos y corrió en el acto a sacarme de mi error. *Meu nome é Thiago*, afirmó enfatizando cada palabra, como si nuestras lenguas no fueran hermanas y costara mucho descifrar lo que el otro decía. Ninguno de los dos dijo más durante los siguientes minutos en que de nuevo nuestras lenguas se trenzaron. Cuando nos separamos le pregunté: *¿Quer dançar?*. Él me miró con la mirada sonriente que iluminan las constelaciones, así de cursi lo vuelve a uno el amor que a los tres segundos ya nos tiene hablando con frasecitas trilladas, y dijo: *Quero* —y luego de verme fijamente a la cara durante un par de segundos, añadió—: *Mas é*

melhor ficar.

Thiago parecía un personaje calcado de una pintura del Renacimiento. Debía rondar el metro ochenta y cinco, delgado pero tonificado, se le marcaba el torso bajo la camiseta, de rostro hoscamente varonil, como si fuera vasco, mentón cuadrado, cejas pobladas, nariz larga y recta, cabello lacio, más negro que un tizón, peinado con la crencha —la línea, la *franja*— a mano derecha y el cuello tan largo como el de Linda Evangelista. Tenía la piel pálida, casi invisible, y los dedos largos y elegantes. Olía, no he terminado de entender por qué, a petricor, ese perfume que riega la lluvia al caer sobre la tierra seca. ¿No dizque, según enseñaron los inventores del amor, olemos en el otro lo que de antemano deseamos? ¿Por qué diablos entonces Thiago me olía a tierra húmeda? Tenía los ojitos alicaídos, como los de Chéjov. Y tan negros como la madrugada. Pero no es el color lo que importa sino la languidez de su mirada, parecida a esa mirada tristona tan habitual en los negros. La mirada del *blues*. Desconozco si tanto desconsuelo se debía al carácter melancólico o si estaba relacionado con —luego lo supe cuando se quitó la camisa en mi hotel— la infinidad de cirugías que le habían hecho. Comenzando con unas cuantas de corazón abierto que descollaban en una extensa sutura que cubría gran parte de su pecho, hasta una de varicocele, justo al lado de los testículos. Parecía un torero: catorce cicatrices lucía su cuerpo y ninguna le restaba belleza, porque la belleza va más allá del ojo que siente placer al verla. Y lo que es bello para mí, lo decido yo, algo tan simple, pero tan difícil de entender entre mis amigos en Bogotá, todos tan gregarios ante la “belleza” impuesta por uno solo de ellos. Además, ¿acaso mi propia piel no está surcada también con cicatrices? Cuatro en el antebrazo derecho; una en la ceja izquierda, dos más; cada una sobre la cresta ilíaca. No son bonitas ni feas. Son mías. Hace tanto tiempo están conmigo que hacen parte de mí. Cada una de ellas cuenta algo de mi historia y aun así nunca me detengo a mirarlas. ¿Para qué, si las conozco tan bien como Thiago afirmó que conocía las de él?

Durmió conmigo aquella madrugada de arrumacos, aunque sería más correcto decir que dormí en él, porque durante aquella corta duermevela que sigue al sexo me sentí como una oruga en su crisálida. Tal fue el apapacho triturahuesos con que me cobijó hasta que el sol cubrió la cama con una luz más inclemente de la normal. Iba a usar otra metáfora que también me sirve al caso: me sentí como una mosca atrapada en la telaraña. Porque eso fui también: su presa. Desperté amoscado por haber olvidado cerrar la cortina del inmenso ventanal en la habitación y, justo cuando me levanté a corregir el error, él se desperezó bajo las sábanas, moviéndolas al punto de permitirme engolosinarme durante algunos segundos con la visión majestuosa de

su cuerpo. Recordé otros versos del poema de Jaime Manrique:

Mi cuerpo que solo debió haber conocido tu cuerpo
que solo debió haber amado tu cuerpo.
Mi cuerpo que malgasté en tantos otros cuerpos.
Mi cuerpo sagrado, mi cuerpo maltratado,
mi cuerpo desgastado y deshecho.

Recordé también que estaba de vacaciones y carecía de afanes para salir de cama. De modo que me dejé querer un poco más… Pero solo hasta el mediodía.

Fuimos esa noche a una calle en Barra Funda en la que, de lado y lado, solo había bares y discotecas gais. En una de ellas, un transformista cantaba baladas en español. Me emocioné al oír la voz de Yuri con su 'Maldita primavera'. Tres cervezas después pasamos a otro local en el que jugaban bingo. Quien cantaba los números era un *drag queen* vestido de Reina de Corazones. En otro de los bares había karaoke. El público era tan exigente que los concursantes no alcanzaban a terminar el primer verso. Thiago me preguntó qué quería oír. No dudé la respuesta: "Cazuza". Ante mi sorpresa, subió a la tarima. Cantó:

Disparo contra el sol
Soy fuerte, por acaso lo soy.

No tenía buena voz, pero no lo chiflaron y sospecho que se debió a la escogencia de la canción, pues de inmediato buena parte del público lo acompañó de pie.

Mi metralleta está llena de penas y dolores
Yo soy un chico
Cansado de correr
En la dirección contraria
Sin podio de llegada
O el beso de una enamorada
Yo soy un chico más
Pero si tu crees
Que estoy derrotado
Entérate que los dados aún están rodando
Porque el tiempo, el tiempo no para
Días sí, días no
Sobrevivo sin ninguna raya
De la caridad de quienes me detestan
Tu piscina está llena de ratas
Tus ideas no se corresponden con los hechos

El tiempo no para…

Pronto supe que 'O Tempo Não Pára' es un himno de los gais brasileños de la misma forma que lo es la 'Maldita primavera' en los bares colombianos. El premio fue una botella barata de cachaza que dejamos en alguna mesa.

Ya eran casi las diez de la noche cuando pasamos a Blue Space. Bromeando, Thiago me cuenta que la fiesta termina a medianoche porque el servicio de metro funciona hasta las once y cuarenta y cinco de la noche y la gente suele regresar a casa temprano para, al día siguiente, iniciar la semana con ímpetu. Lo oigo hablar y no puedo evitar preguntar cómo es posible que en una ciudad con veinte millones de habitantes el metro no funcione las veinticuatro horas. Y de nuevo pienso lo del principio: "Esto no es más que un pueblo inmenso".

Cuando llegamos, la *boate*, con capacidad para unas mil quinientas personas, parecía una bomba de helio a punto de estallar (según parece, era la norma en cualquier lugar). Sobre un cubo en medio de la pista y al centro del juego de luces bailaba un muchacho de piel morena y ojos que brillaban como esmeraldas, con sonrisa condescendiente y mirada triste. Desgarradoramente triste. Ya saben: esa mirada perdida, hacia abajo, con los párpados un poco grises. Causaba ternura el estríper que parecía pedir a gritos que alguien lo amara, lo que trajo a mi mente la imagen de Jean Franko. Estaba completamente desnudo y erecto. Uno que otro muchacho del público se acercaba a acariciarle lo suyo. Él se dejaba, sonriente. Thiago me contó que apenas un par de meses antes ese chico, graduado de odontólogo, se había dado a conocer en Brasil al posar para las páginas centrales de la *G Magazine* y desde diciembre la fama lo había convertido en el estríper consentido de esa discoteca. Se llamaba, se llama, Rafael Alençar y años después se convirtió en uno de los actores de películas porno para público gay más conocido en todo el mundo. Junto al café y a sus modelos de pasarela, Brasil cada día exporta más y más pornografía.

Subió entonces a la tarima, al fondo de la pista de baile, una conocida diva local de quien Thiago me contó que cada domingo realiza un divertido y colorido *show* que nunca se repite. Como no entendía los chistes locales, subí, solo, al segundo piso. Había una pequeña sala de cine en la que proyectaban una película con Alençar. Como la tenue luz lo permitía, lo vi a él entre el público, ya vestido, y con uno y otro a cada lado. Se masturbaba viéndose a sí mismo en la pantalla, ¿acaso era esta la versión contemporánea de Narciso ante el espejo de agua? Bajé y de nuevo me encontré con Thiago en la pista. Restaban dos horas de diversión, al cabo de las cuales lo acompañé

hasta su apartamento, una cuadra arriba de la avenida Paulista, sobre la *rua* Antônio Carlos justo en la esquina con la *rua* Augusta, del lado del barrio Cerqueira Cesar donde, de un lado y otro de la calle, se alzan unos cuantos árboles frondosos.

Solitario mientras camino hacia el hotel, un mendigo se masturba acostado en la acera. Su piel es tan morena que le resaltan los ojos color cerveza. El cuerpo sucio, untado con tierra y grasa. Los cabellos largos, mantecosos y desmechados, se confunden en un solo matorral con la barba de náufrago. El pantalón de camuflado se lo ha bajado hasta la mitad de las piernas. Su sexo está a la vista, erecto. Largo, largo, largo y tan delgado como un cocotero. Los pelos del pubis se ven también grasosos, enmarañados. "Hoy es la Noche Onanista", pienso. Al pasar a su lado el hombre me mira con una amargura infinita que pronto pasa del odio a convertirse en una mirada tan fría como la de un verdugo antes de asesinar a su víctima. Pienso con qué rapidez la mirada del placer se camufla en la del miedo. De mis andanzas infantiles con los perros aprendí que el miedo no solo se huele, sino que también se contagia. De mi paso por el ejército me quedó claro que el que duda muere. De manera que hago caso omiso a la mirada asesina y sigo de largo, tan rápido como puedo, sin voltear la cabeza. No sea que me pase lo de la mujer de Lot. Antes de dormirme adelanté otro par de páginas del libro de Férrez.

> "Dito mostró una Bereta 92 fs, está fenomenal, acero inoxidable, hasta el cañón brilla en la oscuridad, y la culata es de madera con los detalles de unas rosas, estupenda, si yo la cojo, los polis liquidados van a acabar como estadística en la academia, que a mí ya no me quitarán ningún arma, basta con aquella 9 mm cromada que ellos incautaron, en la próxima se van a quedar solo con las balas".

Al otro día, desde muy temprano, oí muy cerca el ruido de los helicópteros. La primera vez que sucedió, al día siguiente de mi llegada a la ciudad, pensé entre sueños que se trataba de miembros del ejército colombiano persiguiendo a algún mafioso. Al principio me enrosqué bajo las cobijas y metí la cabeza bajo la almohada como una manera de protegerme por si alguna bala perdida rompía los vidrios de la ventana y cruzaba de lado a lado mi cuerpo, pero pronto recordé que estaba en el piso dieciséis de un hotel en Brasil. A esa altura era muy difícil que una bala disparada en las selvas de Colombia penetrara en la habitación. Salté a descorrer las cortinas pensando que quizá sería testigo de un enfrentamiento entre los maleantes y la policía o de un seguimiento desde el aire a una de esas persecuciones de forajidos, a lo O.J. Simpson, tan comunes en la televisión gringa. La decepción fue total: un par de helicópteros, uno más cerca del hotel

que el otro, se enrutaban hacia el occidente de la ciudad.

En recepción me explicaron que muchos de los vecinos de Jardim son millonarios que se trasladan hasta la oficina por el cielo para evitar los trancones en las calles. “São Paulo es la ciudad con el mayor número de mega millonarios en América Latina y ocupa el número diecisiete en el listado de todo el mundo”, me confirmó la recepcionista. Supe también que en horas pico, cuando el tráfico vehicular es más pesado, puede llegar a circular por los cielos paulistas un promedio de cuatrocientos helicópteros privados, la mayor flota urbana luego de la de Nueva York.

Los días siguientes solía caminar en las tardes por la ciudad y continuar con la lectura de *Manual práctico del odio*: cuando una novela me gusta prefiero “devorarla lentamente”. Al final de la tarde visitaba a Thiago en su apartamento y me quedaba viéndolo desde el sofá mientras jugaba con sus ratas. Él era médico especializado en neurología, se había doctorado en Portugal y trabajaba desde São Paulo para el SexLab de la Universidad de Oporto adelantando la investigación de un proyecto de neuroquímica sexual cuyos avances publicaba en una reconocida revista de medicina.

Y en realidad no jugaba con los ratones: a unos los alimentaba y acariciaba para que tuvieran más y mejor sexo, luego los filmaba durante el coito o les ponía en la cabeza pequeños cablecitos para medirles el deseo; con otros investigaba por qué los mamíferos solo se reproducen sexualmente: los manipulaba genéticamente buscando reproducir crías a partir de parejas del mismo sexo. Me gustaba ver cómo se concentraba mientras trabajaba. Se ponía sobre la nariz sus lentes ligeramente ovalados con marco de oro y sin patas y se abstraía por completo de todo a su alrededor. Como si en el mundo solo existieran esas ratas y su par de ojos que las observaban.

Con frecuencia visitábamos el Fran’s Café, un pequeño lugar ubicado justo a medio camino entre su casa y mi hotel, con tan solo unas cuantas mesas sobre la acera, donde cada madrugada, particularmente luego de la fiesta, era frecuentado por homosexuales de todas las edades. Una de esas madrugadas “toda llena de *perfumes*, de murmullos y de música de alas”, en la que las mariposas revoloteaban en mi estómago, las golondrinas en mis testículos y los colibríes por ahí, esperando la oportunidad de chupar el néctar de mi sangre, caminé con Thiago por entre las calles solitarias de Jardim, cada uno con una taza de café humeante en la mano. Con ese aire místico de las esculturas de Giacometti, por su altura y delgadez, él mismo parecía una escultura de Giacometti. Me contó que era ateo. Dijo: “O creo en la ciencia o creo en la ficción, pero uno no puede rezarles a dos dioses al tiempo”. Dijo también que la mayoría de los

prejuicios, si no todos, tienen origen en la economía, pero se cubren con el halo de la moral porque, con emociones, antes que con razones, es más fácil convencer de lo mismo a los demás.

Dedicó más de una hora a explicar lo que resumo en un solo párrafo. Los primeros cristianos se contaban apenas por docenas y para aplastar a las mayorías necesitaban convertirse en millones. La orden fue entonces "Creced y multiplicaos". Entre más hijos parieran, más cristianos sumarían. El castigo a los homosexuales por no engendrar fue la abominación. Si yacían también con los del género opuesto y se reproducían, no importaba si esa persona tenía relaciones con los de su mismo género. Tampoco importaba que, a pesar de la pobreza, las parejas engendraran muchos más hijos de los que podían alimentar. "Entre más cristianos haya, más diezmos recibe la Iglesia", repetía Thiago una y otra vez. "Por eso hoy día, si los homosexuales adoptan los niños que los heterosexuales han abandonado tampoco cumplen con la obligación de traer más cristianos al mundo". Según Thiago, los gais que procrean son para la Iglesia "maricas buenos".

Otra madrugada me habló de los wari, una tribu que no alcanza a sumar tres mil indígenas y que habita en Rondônia, una zona de difícil acceso al norte del país, entre Bolivia y la Amazonia. Los wari fueron diezmados por los caucheros luego de un extenso conflicto que terminó a finales de los sesenta. Fue entonces cuando algunos antropólogos se extendieron en la región y descubrieron una cosmogonía y una espiritualidad asentada en el canibalismo. Los indígenas devoran a sus enemigos tan pronto los asesinan, pero también se comen entre ellos mismos, lo cual llamó poderosamente la atención de los investigadores.

El ritual comienza desde el momento en que la persona enferma gravemente y sus parientes son convocados a su lado. Luego de la muerte esperan dos o tres días, justo cuando la carne comienza a podrirse para ser deshilachada y servida junto con bollos de maíz. Entonces todo aquello es engullido, aunque no por todos: solo por los parientes afines (no los consanguíneos). No la tragan entera, quizá porque se trata más de un acto simbólico que de una forma de paliar el hambre. Tampoco pueden tocarla con las manos. Tal cual Thiago me contó, para los wari los muertos viven en una sociedad paralela y se ayudan entre ellos a calmarse el dolor por la partida. Oí por primera vez la expresión "canibalismo compasivo" que significa que no comen la carne: consumen su dolor. "Con la muerte no se iban del todo y al hacer esto la parte que se iba lo hacía sin dolor". Quizá por eso es el nombre de la tribu, una palabra de su dialecto que traduce "nosotros".

Tras oír aquella historia pensé en Colombia, un país con el corazón aherrumbrado y el alma coriácea que por dentro es frágil, enteca,

resquebrajable, temerosa de sí misma. El odio y el miedo —el machismo, la misoginia— que se asoman por sus resquicios no hacen más que confirmar su labilidad. Y pensé que quizá ese odio y ese miedo se deban al dolor que desde el nacimiento mismo como nación carga a cuestas. Nací el mismo año en que nacieron las dos más grandes guerrillas de Colombia (las farc y el eln), de modo que la guerra y yo crecimos juntos, a la par. Mientras iba al colegio, a las fiestas en el club o me quedaba retozando bajo las trinitarias de la casa, en otros lugares del país había masacres, asesinatos, bombardeos, ruidos de metralletas. Y, aun así, todos jugando a que aquí no pasa nada. ¿Cómo no ser de piedra? Si no hemos tenido tiempo de consumir nuestro propio dolor, ¿qué nos va a interesar consumir el ajeno?

Colombia es un país donde un agobio se troncha para dar paso a otro. Hay madres que han visto morir a todos sus hijos en la guerra e hijos que han tenido que conformarse con enterrar uno que otro resto de sus padres (un brazo, la cabeza, el cuerpo decapitado). Y mientras las madres gritan, desesperadas, el dolor que se les atollará por siempre en la garganta, los hombres callan. Miran de reojo, se muerden los labios, sospechan de todos y se callan para siempre sin olvidar nunca la revancha. Se hace imposible eliminar esos recuerdos por la incapacidad de hablarlos. Hay unas imposiciones sociales y culturales y unas costumbres y la gente se mete en esa incapacidad, no solo de dialogar con el otro sino incluso de hablarlo consigo misma, de mirarse al espejo y cuestionarse. Es un tema muy machista y misógino, porque el hombre no puede permitirse sentir y la mujer tiene que actuar como un hombre para hacerse respetar. No hay catarsis. Mientras los wari engullen el dolor de sus parientes, los colombianos hacen lo mismo con la sed de venganza, la cual se hereda de generación en generación, incluso cuando ya desconocen la causa que ocasionó esa miseria que les atormenta el alma. De padres a hijos no se habla nunca del amor por el otro ni se siente jamás la ternura. Lo más que se transmite son el odio y la desconfianza. Lo que asusta en Colombia es el silencio de los fusiles cuando la guerra amenaza con terminarse. ¿Qué será ahora de nosotros si la selva en la que crecimos, la violencia, el exceso de sangre, se difumina en el viento?

Nunca me preocupé antes por el conflicto que padecía mi país y ahora estas ideas me invadían con frecuencia. Fue en São Paulo donde comencé a advertir que la homosexualidad había dejado de ser una carga; que ya no solo miraba a los pies cuando andaba por la calle; que no me enrostraba la culpa cada vez que se me salía una palabra de más o hacía algún movimiento en falso por el que algún malpensado pudiera sospechar mi guardado. Y, claro, es que ya no había nada guardado. El secreto ahora era público y lo había dejado

rezagado en algún lugar distante de mi pasado. Con la salida del clóset, algo había comenzado a transformarse dentro de mí sin que me diera cuenta: en la tranquilidad emocional, por ejemplo, que incluye ciertas dolencias. No me habían vuelto a dar los horribles dolores en el colon que padecía con frecuencia, especialmente cuando visitaba Valledupar, ni las constantes cefaleas. Y tenía ánimos para luchar por lo mío, que no es tierra, ni poder político, ni posición social. Son derechos.

Uno sabe que se ha despreocupado de un tema cuando ya, ni lejanamente, lo recuerda. En São Paulo me di cuenta de que ya no vivía en constante alerta, siempre tenso e inquieto. Que ya no me sentía como un animal al acecho. En lugar de "sudar petróleo" por una culpa que me habían impuesto de niño, ahora aparecían ante mi mirada otras realidades, como la violencia de mi país. ¿En qué momento la homosexualidad perdió protagonismo en mi vida? ¿Acaso la presencia de Thiago, su ternura, me restaban todo tipo de prevenciones? ¿Qué le da sentido a la vida, me cuestionaba, encontrarse con uno mismo o encontrarse con ese otro que tanto se busca? De tantas preguntas, al final tan solo me quedó claro saber que es muy triste vivir siempre alerta, como los gatos, y no dejarse acariciar. A veces, al bajar la guardia, descubrimos que no todos se acercan para hacer daño. Eso pasó cuando estaba con Thiago: aprendí que una sola persona en la que se puede confiar, nos libera. Una sola es suficiente.

Recuerdo también de esas madrugadas de calles solitarias y silencios fúnebres, la manera de andar de Thiago tan parsimoniosa, como de alguien que ha saldado todas las deudas con el destino, creo que lo dije antes, y el sonido de sus pisadas iguales a las de un animal de monte que carga a cuestas, sin que le duela ya, una vieja herida que nunca sanó. Acaso un dolor a la espera de ser consumido por otro. "¿Por qué me atraía tanto?", me preguntaba al andar a su lado en total mutismo. Me decía que la respuesta estaba en Mrs. Bathurst, aquel personaje del cuento de Rudyard Kipling: "Recuerdo cómo se incorporaba y las palabras que pronunciaba y qué aspecto lucía. Ese es el secreto. No se trata necesariamente de belleza, digámoslo así, ni de buena conversación. Es exactamente *Eso*". Y en el amor eso es *eso*: lo que no tiene explicación.

Después de ese primer viaje en enero volví a Buenos Aires y luego de nuevo a Bogotá. En agosto de ese año decidí quedarme a vivir en la capital porteña. Varios fines de semana me escapé desde allí para visitar a Thiago en Sampa. ¿Si ven? Ya me atrevía a llamarla como si fuera propia. Cada viaje me enamoraba más de él. Y de la ciudad. Me encantaban ahora sus calles atestadas de carros negros y grises, sus

trancones interminables, las bocinas a mil decibles, la multitud caminando por las calles del centro. El caos, el ruido. Hasta los cables eléctricos que antes me incomodaban cuando intentaba fotografiar un edificio, ahora los veía como si fueran una virtud más de un pueblo tercermundista del tamaño de una nación.

Un fin de semana que visitaba Sampa nos fuimos de paseo a Río de Janeiro. Llegamos el viernes en la mañana y de inmediato partimos a la Isla de las Cobras, como parte de una investigación que él adelantaba con serpientes. Solo con saber que había cinco víboras por metro cuadrado, entre ellas una de las especies más venenosas del mundo, me negué a descender de la barca. Lo esperé un par de horas allí sentado antes de partir luego a la vecina Isla Fiscal, que antes se llamaba Isla de los Ratones, donde entramos a conocer el famoso palacete donde ocurrió la última fiesta antes de que Brasil dejara de ser imperio. Al día siguiente nos levantamos muy temprano, tomamos un bus que todo el tiempo corrió paralelo al mar hasta adentrarse en una favela en la que luego contratamos a un par de mototaxis que nos subieron hasta la falda del Morro de los Dos Hermanos. En adelante anduvimos por un camino de herradura durante casi dos horas. Llegué a la cima sin respiración y con el alma en la boca, pero valió la pena para apreciar la vista más increíble de la ciudad.

Al mediodía tomamos otro bus que nos llevó hasta Barra de Guarabita, donde almorzamos de rapidez en un restaurante frente al mar. Caminamos luego por un sendero pedregoso y árido. Nos habían dicho que eran cincuenta minutos, pero tardamos casi hora y media para llegar a la Piedra del Telégrafo. Vi la fila hasta el peñasco y estuve a punto de claudicar. “Paciencia, paciencia”, dijo Thiago con su eterna serenidad de monje tibetano. Cuando nos tocaron nuestros tres minutos de gloria, los mosquitos ya habían hecho una bacanal con mi piel. No me importó: en ese momento el sol no era más que una bolita amarillo pollito que, muellemente, caía sobre el mar, en medio de una extensa cortina anaranjada. Había esa fuerza de la melancolía que arrastra las desventuras y embellece todo a su paso, mientras cae el telón al final de la obra para dar paso al mañana.

Ese mismo terciopelo naranja es el que cubre el fondo de la fotografía que nos quedó de ese día, en la que salimos los dos sentados, uno junto al otro, mirándonos profundamente enamorados, mientras nuestros pies cuelgan de la roca. A lo lejos, la ciudad. Abajo, el océano parecía el espejo del cielo. Al frente, el vacío del abismo; el vértigo de la felicidad. ¿Cómo iba a imaginar que toda esa felicidad es lo que llaman amor?

El domingo lo dedicamos a la playa de Ipanema, pero muy lejos de Posto Oito.

En una ocasión Thiago bajó a visitarme durante una semana a Buenos Aires y fue esa semana cuando más entendí que no amarnos hubiera sido un error. El mayor error. Era primavera y el amor estaba en el aire. Le hice un *tour* por los sitios que más me gustan en la ciudad e incluso intentamos aprender a bailar tango juntos. Tango, esa tristeza bailable.

De ese viaje me quedó el recuerdo de un bol de cerámica blanca que rompí por descuido en cien pedazos. Lo había comprado en una tienda a la vuelta de la casa y Thiago se empeñó luego en pegar. Le pedí mil veces que dejara eso así, que no valía la pena perderle tiempo a algo tan baladí. Incluso le solté una frase de mamá: "Arreglar cosas dañadas es cosa de pobres". Me miró con condescendencia y contestó que la gracia no es pagar por lo nuevo sino arreglar lo viejo. No dije más. Al caer la tarde me fui a la cocina a preparar la cena mientras él, sentado en un extremo de la mesa del comedor, trataba de organizar los pedazos rotos como si se tratara de un rompecabezas. Cenamos juntos y él volvió a lo suyo de inmediato. Todo era silencio. Como una película muda. Recogí la loza y, mientras la lavaba, lo miré desde la cocina. Estaba tan absorto en su labor que observaba cada pieza, a través de sus lentecitos a lo Trotsky, como si fuera una reliquia de arqueología: la mirada concentrada, la respiración controlada, la paciencia en las manos, la vida puesta en pausa. Luego, minuciosa y meticulosamente, buscaba el lugar exacto donde antes debió de estar. Un par de veces en que la pieza no pegó, el trabajo se vino abajo. Pero él no sucumbió. Volvió a empezar de cero, con la paciencia de los artesanos: esa misma calma que ya le conocía de cuando en su casa sembraba de cables las cabezas de los ratones.

Al terminar de arreglar la cocina me fui al sofá a ver televisión con el volumen bajo a pesar de saber que, cuando Thiago estaba absorto en algo, no había sonido alguno que lo distrajera. Le dije que dejara eso para el día siguiente, pero o no me oyó o hizo como si no me oyera. Ya era de madrugada cuando me fui a la cama. Estaba tan cansado que me dormí en el acto y no lo sentí cuando se metió bajo las cobijas. Al día siguiente me levanté y él seguía dormido. Con los ojos todavía enlagañados, fui a la cocina a preparar la primera taza de café y al cruzar por el comedor vi el bol de nuevo en su forma original. De inmediato terminé de despertar: Thiago le había echado agua y lo había dejado sobre la mesa con flores cortadas en el pequeño patio. Lo alcé y vi las líneas pegadas, fragmento a fragmento, como si fueran cicatrices sobre la piel. Como si fueran sus propias cicatrices, las de Thiago. Lo tenía en las manos y me di cuenta que había pasado de ser un cuenco barato y baladí a un objeto valioso. Pensé: "Si estas heridas hablaran, seguro contarían una buena

historia". La cicatriz que creemos que nos afea es en realidad la prueba de una resistencia, un documento notarial de supervivencia. Y más lo son las cicatrices del alma: la herida que ya ha sanado es la herida que da fuerza y templanza.

Esa misma tarde acompañé a Thiago al aeropuerto de Ezeiza. Estaba sonriente y su mirada también era alegre. Es el último recuerdo que me acompañará por siempre de él. Lo digo con tristeza, pero no con desconsuelo: todo viene, todo se va; todo es prestado, todo es pasajero. Incluso el amor.

2006

Noviembre. Desde Buenos Aires viajé a Sampa invitado por la Balada Literária a dar una conferencia sobre la violencia en mi país. Thiago ya no estaba para descubrirme nuevos rincones de su ciudad, para contarme sobre ella. Todo lo veía triste, desolado. No soportaba la congestión vehicular ni los carros negros ni el gris en el cielo ni el caos ni la multitud desesperante en el centro. Hasta el aire cargado de plomo me recordaba los momentos con él.

Extrañaba sus ratas.

Me preguntaba si seguían teniendo sexo desaforado.

Caía una garúa que cubría como un manto la ciudad. Como si llovieran limaduras de hierro. Tomé el metro en la estación Consolação, a una cuadra del hotel. Siempre he adorado el sonido de los vagones del metro al caminar sobre la calle y oírlos, allá abajo, en lo profundo, a través de las rendijas. Hace veinte años viajaba con frecuencia a Nueva York y me hospedaba en casa de un amigo mexicano que vivía en un edificio esquinero sobre la calle 23 con avenida 6, justo al lado de la estación. Me encantaba, al salir de casa, observar la humareda que expelían esas mismas rendijas. Aquel sonido, para mí, era "el progreso": lo mismo que representaba el tren en aquellas películas de vaqueros que repetía una y otra noche en el cine del patio de la casa de mis abuelos. Ahora en Sampa, tanto tiempo después, seguía adorando aquello como quien todavía disfruta de un juguete de su niñez.

De vuelta a la luz natural, la ciudad despertaba de la lluvia arropada todavía bajo un lino de niebla. ¿Olía de veras a petricor o era el recuerdo de Thiago? Lo primero ante mis ojos fue la imponencia del edificio Italia. Pagué los quince reales, y subí al piso cuarenta y uno, a la terraza de trescientos sesenta grados desde donde se aprecia, sin aliento y con vértigo incluido, todo São Paulo. En realidad, son un par de pequeñas terrazas, una en cada esquina curva del edificio,

comunicadas entre sí por dos largos y estrechos pasillos, uno a cada lado, lo que da la idea de que, vista desde el cielo, se trata de una mole octaédrica. Más allá de la niebla, allí estaba, ante mí, el paisaje más hermoso que nunca antes había visto: avenidas larguísimas custodiadas por altas moles grises, en su mayoría con techos café, teselados por kilómetros y kilómetros y kilómetros de bosques de edificios, un océano gigante de cemento del que no lograba divisarse su horizonte. Aquello parecía un grabado de Escher. Solo a un costado, a mi izquierda, se extendía la inmensa mancha verde, con lago incluido, del parque Ibirapuera. De resto, lo que más amo: la selva de concreto.

No es sarcasmo. En la adolescencia siempre quise perderme, lo saben ya. Por eso ahora, frente a la inmensidad de São Paulo, ni siquiera me di cuenta de que estaba solo. En su lugar, pensé que todo aquello me pertenecía. Como si se tratara de una ciudad entera construida con mis piezas de Estralandia. Kilómetros enteros de cemento donde podía ser, simplemente, nadie.

Lo que tanto anhelé, lo tenía ahora en las manos.

Estar con otro es estar para ese otro. Con frecuencia es también vivir la vida de ese otro, lo que implica un continuo disfrazarse. Como si cada uno de nosotros fuera al tiempo Cindy Sherman. La soledad, en cambio, no solo te obliga a enfrentarte a ti mismo sino, peor, a ser tú mismo. Para esto no estamos preparados, para saber que ser uno mismo es vivir al borde de la soledad.

Aunque es bueno saber que quien ha decidido ser él mismo, ha tenido antes que cuestionarse y ese hecho, *per se*, lo ha convertido en un hombre nuevo. La tilde está, quizá, en el dolor, en si nos hace daño o no la soledad. Que el hombre es un animal social por naturaleza, es cierto. Pero ello no implica, como hacen algunos animales salvajes, andar en manada sin necesidad.

Debían de ser las once de la mañana. La niebla comenzó a desplegarse. El cielo volvió a ser gris, pero limpio. A lo lejos parecían caer del firmamento unos pocos algodonales de nubes dispersas, detrás de los cuales podía adivinarse el sol. Y aun así aquella terraza era como un faro. Había topado con Ítaca, con mi propia Arcadia. Un renacer. Sentí un placer parecido al placer del dolor. Porque también se trata de eso. El dolor a veces te hace flotar porque te abstrae de todo a tu alrededor y hace que te concentres tan solo en él. Entonces es como si soltaras las amarras que te atan al mundo, como cuando el protagonista de *Azul profundo* se sumerge hasta los abismos oceánicos y se queda a vivir para siempre con los delfines; y así, al concentrarse solo en el dolor, todo se viera desde la distancia, desde arriba, desde donde no se puede ser alcanzado. Por eso se siente suave, porque uno

entiende que para estar tranquilo no necesita de nadie más, salvo del placer que reside en el dolor.

Entendí finalmente esa frase que afirma que la soledad es un estado del alma; que está solo quien se siente solo y que no son suficientes dos millones de personas alrededor para creerse acompañado. Y entendí también que los demonios no son rosas para cultivar y que algo estás haciendo mal, si no aprendes nada tras regresar del infierno. Y ese algo era desprenderme de la culpa. El aprendizaje de la vida no es más que liberarse de lo que nos ata y nada ata más que la culpa.

La culpa es a lo privado lo que la vergüenza a lo público.

En la cumbre de aquel edificio supe cuál era esa parte de mí mismo que tanto buscaba en mis viajes: mi soledad, la que siempre me acompaña mientras intento evitarla; aquella de la que siempre me avergonzaba. Con todos esos edificios a mis pies me aferré a la libertad de saber que uno no se debe a nadie más que a lo que uno es.

¡A nadie!

Bajé y todo era sonrisas. Eso mismo creí ver en los demás. Cada persona con la que me tropezaba se veía feliz, radiante, agradecida con la vida. Pensé en meterme una pepa, como en mis tiempos en Barcelona. Pero el viaje que en ese momento experimentaba era mil veces más pleno que la fiesta producida por miles de aquellas. Seguí caminando, tarareando 'Over the Rainbow' en la versión de Israel Kamakawiwoʻole. Cerré los ojos y vi sus manos chiquitas y regordetas rasgando las cuerdas del ukelele con sus dedos de uñas pequeñas; lo vi a él, todo inmenso, gigante, inspirando dulzura y esperanza con tanta calidez en su voz, con tanto sentimiento, en ese *medley* de *¡What a wonderful world!* en el que de fondo se oía el sonido de una caracola, esa misma caracola, el recuerdo más constante de mi niñez, que hacen sonar con su boca los indígenas de mi tierra a lo largo de la procesión de la Leyenda Vallenata.

Caminé un rato más por las calles del centro detallando el serpenteante edificio Copan, el hijo más conocido de Oscar Niemeyer en la ciudad. La importancia de su construcción, que data de 1966, es que es una muestra a escala de lo que es São Paulo en la realidad: en treinta y siete pisos suma mil ciento sesenta apartamentos donde viven cinco mil personas, el epítome de la urbe o, mejor dicho, la colmena humana; el punto exacto en que nuestra especie, en su esfuerzo por habitar en un mundo civilizado, se apeñusca para convivir como animal, como abeja, como hormiga. El caos organizado que tanto adoro.

Pagué lo que había que pagar para subir a su terraza.

A sus pies, un oasis cuadriculado de verde exuberante. Ahí pegado, en esa misma cuadra amurallada por frondosas avenidas con bulevares, edificios que buscan penetrar entre las nubes. Al lado, un edificio de residencias, con fachada rosada y lámparas *art déco* en los techos celestes de sus balcones, contrasta con el paisaje de hormigón. Al bajar del Copan, la vida seguía igual. Desde lo alto, recostada en el barandal del edificio de fachada rosa, una señora me mira al tiempo que habla por su celular mientras yo pienso que amo esta ciudad tanto como ama el pelícano el olor del mar, a pesar de que la plaza La República, por la que ahora caminaba, olía a orines y a restos de suciedad. En nada se diferencia este lugar al de cientos de calles en todas las ciudades al sur del Río Grande, repletas de ventas ambulantes y piratería de cd y dvd.

Unas calles más allá, pegado a la Galería Amira Gonzãlves, un inmenso solar desocupado. De fondo, como escenario de viejas batallas, un par de construcciones vetustas, descascaradas, como esos *décollages* de Mimmo Rotella que muestran imágenes de viejos carteles de cine o de íconos de Hollywood, recortadas o con pegotes encima, que recuerdo justo acá porque sus cuadros evocan esas paredes que suelen tapizarse con afiches publicitarios engomados, unos encima de los otros.

La enorme ciudad de los rascacielos es también la de la miseria. Capitalismo salvaje. Entre más millonarios, más desigualdad. Por todas partes aparece la gente que no se ve. Que está ahí, pero es invisible a los ojos de ese resto del mundo que prefiere hacer como si no existiera para poder sobrevivir. Una mujer harapienta, media teta por fuera de la blusa, mendiga comida; un anciano sin piernas que tiene al frente un sobre para que depositen monedas, se ríe con cara de idiota feliz; un adolescente descamisado lleva los yines tan descaderados que se le alcanza a ver el vello púbico; un mendigo me persigue con insistencia tratando de venderme algo que me niego a ver qué es. Otro mendigo se entrega a Morfeo al interior de una caseta de teléfonos de casi cien años de la que emana, muy fuerte, el olor de los indigentes. Duerme con la mano metida en su pantalón. Como agarrando fuertemente todo su patrimonio.

Devolví mis pasos. Las bocinas de los autos graznando como cuervos hacían daño a mis oídos. Habitantes de la calle, muchos de ellos, me rozaron con sus cuerpos. Iban sucios y harapientos. ¿Acaso estoy al centro de una escena de *Blade Runner*? Me encogí de hombros y aparenté mirar a lo lejos, quizá las señales de tránsito, el semáforo en rojo que no cambia a verde, el hormiguero de gente, los palomos que zurean sobre la acera buscando llevar el “levante” a su madriguera. Ninguno me determinó, como si el color de mi piel lograra camuflarme entre los locales, eso supongo, imaginando que a

los rubios europeos los debían rodear como abejorros, les deben caer en busca de dinero, como sanguijuelas enloquecidas por chupar sangre. Solo se detuvieron a mirar mi cámara fotográfica. La cámara oronda sobre mi pecho. Fue lo único de mi figura que les interesó. Como si en lugar de seres humanos fueran máquinas de rayos X que, al escanear con su mirada, solo destellan lo que tiene valor comercial. “No es que sean ladrones”, los justifico. “Es que necesitan sobrevivir”.

Thiago llegó a mi mente de repente. Lo vi ahí, de pie junto a mí, cantando su canción mientras otros hacían coro en el bar. Entendí que seguía mostrándome su país, enseñándome todo lo que dejó atrás:

En las noches de frío
Lo mejor es no nacer
En las de calor
Se elige matar o morir
Y así nos hacemos brasileños
Te llaman ladrón, puto, porrero
Convierten todo un país en un burdel
Porque así se gana más dinero.
Tu piscina está llena de ratas
Tus ideas no se corresponden con los hechos
El tiempo no para…

En una fuente más allá de la Rosa de los Vientos, al centro de la plaza da Sé, docenas de niños se bañaban desnudos a lo largo del día, mientras sus padres dormían a pocos metros bajo cambuches de cartón. Buscando la entrada de la estación del metro, caminé por la mitad de esta desolada plaza. Varios niños se molestaron con mi presencia. Alcancé a oír que uno de ellos me gritó *Filho da puta*. Como lo dijo en portugués me hice el desentendido, sabiendo, desde mi propia niñez, que nada hay más violento y cruel que los niños. Sigo caminando mientras recuerdo un párrafo de aquel *Manual práctico del odio* que leí con desasosiego durante aquel primer viaje a São Paulo:

> “Nego Duda nunca protestó por nada, nunca culpó a nadie, sabía que desde que su madre había muerto las cosas tendían a empeorar, pero su padre hacía lo posible para que no faltasen las cosas básicas de la casa, no era mucho lujo, pero sentía una pena que no sabía explicar, los coches confortables, las mujeres siempre al lado de los hombres que tenían dinero, él quería tener algo más aparte del pan y el café ya tibio, estaba armado aquel día, salió a la calle y le pegó dos tiros a un chico que lo miraba mucho y que murió en el acto, aún no tenía quince años y miraba a Nego Duda porque sabía que él era bandido y quería ser como él, la mirada era de admiración, pero en la visión de

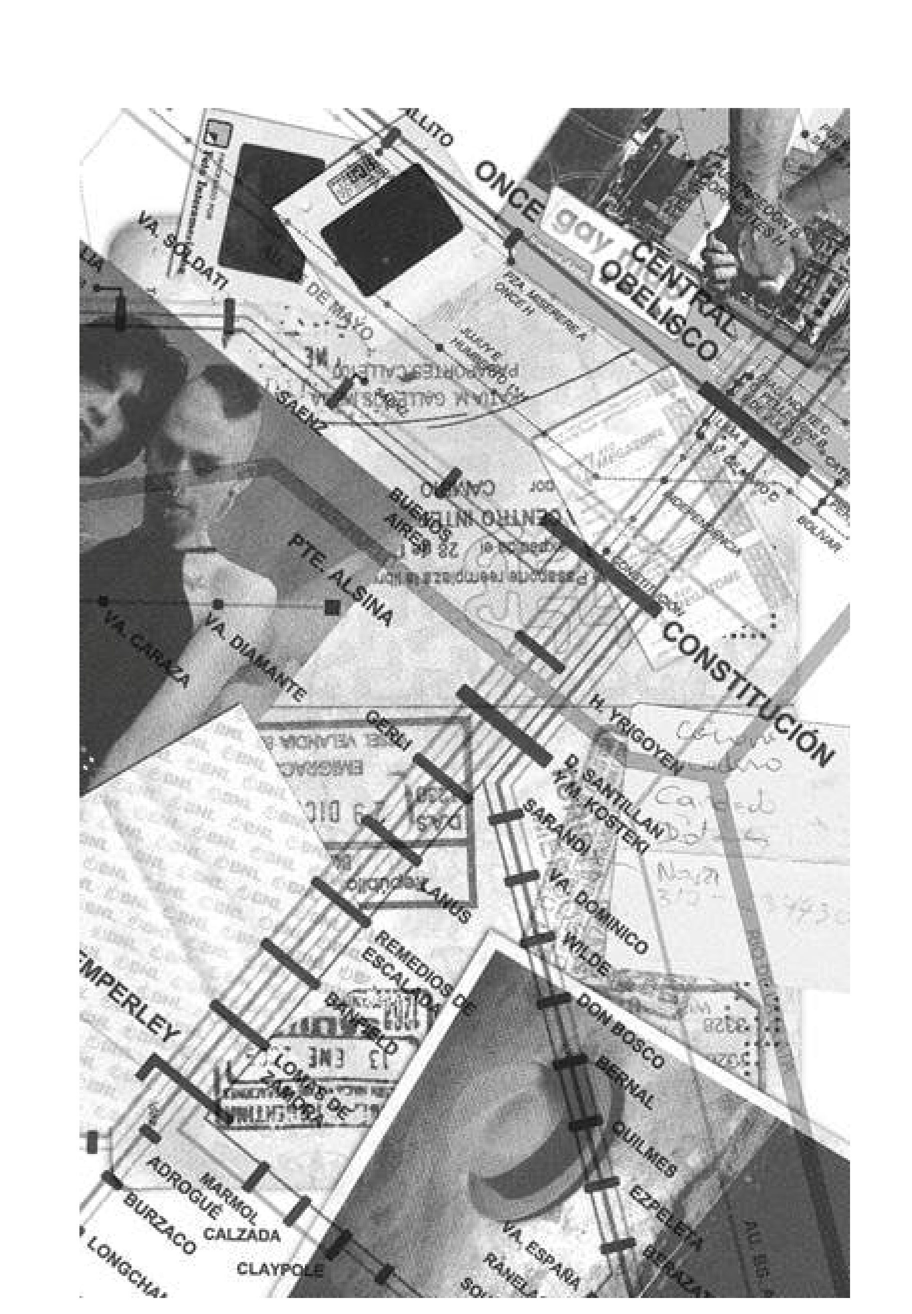
Nego Duda era de amenaza, y así, entre la revuelta y el hambre
la estadística crecía".

2012

Camino al evento de premiación, E me volvió a preguntar por qué me gustaba tanto São Paulo. ¿Por qué nos atrae físicamente una persona más que otra? ¿Por qué preferimos disfrutar un sabor antes que el otro? "Hay preguntas que no tienen respuesta", contesté. Quizá me gusta por sus cicatrices, pensé mientras ella conducía su vw por las calles trancadas de su ciudad; porque no es una ciudad perfecta ni hace fanfarria de lo que carece; porque en su apariencia no tiene nada que mostrar, y en eso nos parecemos a ella; en fin, porque sus costuras están a la vista. Como las de Thiago. Catorce cicatrices lucía su cuerpo y ninguna le restaba belleza, porque, insisto, la belleza va más allá del ojo que siente placer al verla y lo que es bello para mí lo decido yo.

La belleza está en mirar más allá de lo obvio.

Antes de bajar del carro le dije a E: "Cuando uno ha sido amado en algún lugar, cada vez que vuelve a él espera volver a ser igual de feliz". Pareció no oírme (o hizo como si no me oyera). Se me acercó y oí cuando hizo ¡chuic! en mi mejilla. ¶



CONSTITUCIÓN
H. YRIGOYEN
D. SANTILLAN Y M. KOSTEKI
SARANDI
VA. DOMINICO
WILDE
DON BOSCO
BERNAL
QUILMES
EZPELETA
BERAZATEGUI
VA. ESPAÑA
RANELAGH
CLAYPOLE
BURZACO
ADROGUE
MARMOL
CALZADA
LONGCHAMPS
TEMPERLEY
LOMAS DE ZAMORA
BANFIELD
REMEDIOS DE ESCALADA
LANUS
GERLI
PTE. ALSINA
VA. DIAMANTE
VA. CARAZA
BUENOS AIRES
SAENZ
VA. SOLDATI
ONCE
OBELISCO
CENTRAL
gay
13 ENE
29 DIC
EMIGRACI
Pasaporte reemplaza al libr
CENTRO INTE
CAMBIO
PASAPORTES CALLE

BUENOS AIRES

EL VACÍO DEL ABISMO

“Alguien debería tener autoridad
para intervenir y protegerme de mí mismo”
Mark Waldron

Hasta última hora decidí a cuál ciudad viajaría la noche de Navidad. De tiempo atrás viajar ese día se me había convertido en la mejor manera de escapar de los faustos de las fiestas y de la falsa felicidad que la sociedad impone para homenajear el tal espíritu navideño. Una mierda, en todo caso, esa fecha. Y he aprendido que la mejor forma de hacerle el quite es desaparecer en el aire, como si todo en la vida no fuera más que un acto de magia.

Faltando pocos días para Nochebuena, finalmente me decidí por Buenos Aires. Sabía por varios amigos que la habían visitado recientemente, que en la oferta hotelera de la ciudad no faltaban un par de lugares *gay friendly* (para entonces yo escribía una columna dominical en la que hacía un mapeo de la noche y creí interesante contar la apertura que comenzaba a disfrutarse de este tema en otros lugares). Desde un par de días antes del viaje surfié en la web buscando un hospedaje acorde con mi presupuesto. La misma mañana de Navidad encontré un *bed and breakfast* llamado Tesorito, un sitio pequeño que había sido inaugurado en el número 1250 de la calle Ecuador apenas un par de días atrás. De hecho, yo fui su primer cliente.

El lugar no era más que un par de habitaciones en un sencillo apartamento en Barrio Norte, muy cerca de donde inicia Palermo y a una cuadra del cruce entre las avenidas Pueyrredón y Santa Fe, con una estación del subte, como llaman al metro en Argentina, tan solo cruzando la esquina.

Como me había sucedido en Barcelona dos años atrás, de nuevo el destino quiso que me hospedara en un sitio neurálgico. La avenida Santa Fe conduce por igual al residencial barrio Belgrano, al norte de la ciudad, como a la estación Retiro, al sur, desde la cual parten los

buses intermunicipales. La avenida Pueyrredón, a su vez, corre de este a oeste y es ruta hasta el elegante barrio Recoleta, al cual algunos llaman “El distrito viii” haciendo alusión a la arquitectura de París. Pueyrredón hace cien años, cuando se llamaba Centroamérica, era el límite de la ciudad. Luego vino Barrio Norte.

No era la primera vez que enfrentaba una calle solitaria un 25 de diciembre. Aun así, decidí volar casi seis horas para despertar en una cama que no era la mía, en una habitación desde la cual podía apreciar que, en la acera del frente, los locales estaban cerrados y, en todo caso, que por la calle no deambulaba nada más que una que otra hoja. 25 de diciembre en una ciudad ajena. ¿Por qué esa insistencia en creer que mi destino estaba lejos? ¿No habría sido más fácil, y sobre todo más económico, quedarme en casa? Hubiera podido despertar tarde ese día. Tarde: tipo siete de la mañana; quedarme bajo las cobijas viendo alguna película en la televisión y, si acaso, vagabundear luego por las mismas calles solitarias en Bogotá. Sería lo mismo, pero con frío.

Salir del hostal con el sol encima para encontrar el aire húmedo, la brisa detenida, las puertas de los locales comerciales cerradas: hasta la noche anterior hicieron su agosto; las vidrieras con los bombillos navideños todavía titilando a pleno sol (esos mismos bombillos de colores tan alegres en la noche, que durante el día se miran con tristeza y desazón). Y ahí estaba yo, deteniendo la mirada en esos grandes edificios por cuyas ventanas no se asomaba nadie. ¡Ni un fantasma siquiera! La avenida desierta, los semáforos que cambian de rojo a verde sin que algún auto intente franquear las esquinas. Un paisaje urbano en el que no ocurre absolutamente nada. Como en esas inmensas fotografías de Thomas Struth en las que la quietud y el desasosiego son los únicos protagonistas.

Buenos Aires, ¿qué hago aquí? ¿Qué busco en ti? Ahora que la crisis te ha bajado del podio y el cacerolazo y la caída del dólar desde hace tres años te han hecho perder caché y eres la ciudad de moda por tus precios bajos, ¿he venido solo para decir que he venido? Los edificios parecían sudar nostalgia. Y había nostalgia también en aquel silencio y en aquella extenuante soledad. ¿Cómo puedes llamarte Buenos Aires si el aire que respiras está cargado de tristeza y melancolía? ¿Cómo, si en las miradas de la gente hay desesperanza y sus labios pocas veces sonríen?

Respirar la ciudad, respirar el aire nuevo de una ciudad desconocida, olerla, ver la gente, la escasa, escasísima, gente, caminar sin afán; ver la belleza. Los muchachos que salían de las fiestas, desastrados, con los ojos rojos y el pelo intonso o desarreglado y la camisa por fuera y la mirada perdida. Eso es para mí también la belleza. Lo que deja la fiesta. Buenos Aires, tan lejos de casa: *spiantar*

la soledad para abrazar otra soledad. Me dije, esperanzado: “Sigue caminando, que adelante hay gente”.

Esta vez no hubo pepas al abandonar el hostal. Desde muchos meses atrás me había hecho el firme propósito de consumirlas solo en los fines de semana por la noche. ¿Cómo se había dado ese cambio? Los dos últimos años habían sido lo que podría llamarse una racha exitosa: mi primera novela había sido bien recibida tanto por la crítica como por las ventas y ese año se había hecho el montaje de su versión teatral. Mi participación se limitó a la escritura del libreto, pero tantas cosas buenas me estaban pasando al mismo tiempo que no podía creerlo. Estaba convencido de haber sido educado para el fracaso, ¿cómo no, si crecía dentro de mí aquel monstruo?, y de repente era consciente que no todo iba para mal. Aquello fue como una cruda y helada bofetada. ¿Cómo aceptar esta nueva realidad?

Temía tanto al éxito que, cuando lo tuve entre manos, lo tomé por fuego: si las cosas estaban saliendo tan bien era porque la muerte ya había pasado su factura de cobro y debía ser cancelada en poco tiempo. ¿Había heredado de mi madre la predisposición para imaginar que todo, cualquier nimiedad, es fatal? Algo sucedió el día del estreno de la obra de teatro. Sentado frente a una hamburguesa junto con dos amigos de infancia momentos antes de correrse la cortina, me derrumbé. Quiero decir, literalmente me paralicé y no hice más que llorar.

El ataque de pánico duró varias semanas. No quería escribir ni leer ni ver cine ni hacer nada. Tampoco quería andar por ahí, ni ver a nadie. Me aburría la sola idea de vagabundear, desde siempre mi mayor placer. Despertaba cada mañana y cualquier excusa me servía para no levantarme de la cama. Tampoco me dormía de nuevo. Tan solo me quedaba allí, acurrucado bajo las cobijas, temeroso de que la parca se presentara en cualquier momento. En el entretanto me daba golpes de pecho, muchos y muy fuertes, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa, por mi putísima culpa, convenciéndome de que era mejor adelantarse a la muerte sabiendo que le quedaba nada por venir.

La crisis vino con el premio. Finalmente lo entendí ese 25 de diciembre caminando solitario por las calles porteñas. Me bastó recordar mi propio comportamiento los meses luego de que lo gané. Entendí que aquel viaje a Barcelona ocurrió mientras yo me sentía como Kris Kristofferson en *Nace una estrella*. Así de autodestructivo. Ni siquiera el suicidio era una opción. Los animales heridos no se suicidan. Eso leí alguna vez. O lo oí. O me lo inventé. No sé. Suicidarme hubiera sido acabar de una vez y para siempre el sufrimiento. Quería hacerme daño, no matarme. Quería flagelarme mentalmente. Repetirme que soy un inútil, que no sirvo para nada,

que no merezco que las cosas vayan bien para mí. Necesitaba sabotear mi propio éxito. Tenía urgencia de ello. Me enseñaron a desconfiar de mí mismo, a odiarme, a creer que era pecador, un delincuente; alguien que debe esconderse, alguien que debe caminar en puntillas y callar para pasar inadvertido. Que nadie sepa que existo para no incomodarlos con mi verdad. Así que ahora buscaba joderme, echar por tierra lo que había logrado, arrancarme lentamente, pero con fuerza, el pellejito de las uñas que tanto dolía. Sangrar. No podía aceptar que la vida me sonriera; no podía creer que algo bueno me estuviera sucediendo. El premio por hacer las cosas bien era castigarme, costillarme el pecho con condecoraciones de negación y repudio.

Esas semanas bajo las cobijas fueron una especie de catarsis. El proceso no fue rápido, pero tampoco doloroso. Recordé ese día en Buenos Aires, así está escrito en la libreta, de qué manera seguían apareciendo nuevos amigos en mi vida, aunque ahora solo los veía los fines de semana y justo en mi apartamento. No quería saberme solo en casa, de modo que cualquier compañía daba lo mismo. Poco a poco fui recortando las noches. Con calma. Para diciembre ya solo me enrumbaba los sábados en la noche y los domingos durante todo el día. Y así, había llegado a la fecha de este viaje, lo cual no significa que no partiera a Buenos Aires con unas cuantas docenas de pepas en el bolsillo. Finalmente, se trataba de un viaje de varias semanas: cinco días iniciales allí, luego diez en Río de Janeiro, otros diez en São Paulo y al final de nuevo una semana en la capital porteña. La idea no era consumirlas todas, sino apenas tenerlas a mano por si acaso la tentación. De modo que esa primera mañana, y las siguientes, salí del hostal completamente sobrio.

La caminata sin rumbo fijo me llevó hasta la plaza San Martín. Mientras esperaba el cambio de semáforo desenrollé aquel gran mapa para ubicarme en la ciudad. Un bus de transporte público se detuvo a mi lado y la puerta se abrió y vi al conductor dirigirse a mí y preguntarme qué lugar buscaba y yo le dije que el cementerio de la Recoleta y él contestó “Che, no estás tan lejos” y me indicó cuáles eran las contadas calles por las que debía cruzar y le dije gracias y se regresó al bus y siguió su camino mientras un par de desconocidos desde el interior del bus me miraban con curiosidad y yo los miré a ellos, al bus, al chofer, a los pasajeros, con la misma curiosidad, atolondrado, preguntándome ¿qué diablos fue esto?

En 1822 enterraron el primer cadáver en el cementerio de la Recoleta, el más antiguo y aristocrático de la ciudad. Camino por entre sus elegantes mausoleos. Me detengo frente al sepulcro de Evita, solitario aquella mañana, tan solitario como lo fue ella, que solo se sentía acompañada cuando se vestía de joyas. A su lado, la tumba de

aristócratas y políticos nacionales. Reconozco nombres y apellidos junto a estos epitafios que he visto antes en el mapa dando nombre a las calles: Pellegrini, por ejemplo. Y Domingo Faustino Sarmiento y José Figueredo Alcorta y Bartolomé Mitre y Nicolás Avellaneda. Supongo que se trata de nombres de políticos, porque al final son siempre los políticos los que se quedan con las glorias en los sitios públicos.

Sábado por la noche. Ceno en casa de la dueña del hostal, en la planta baja del mismo edificio. Se llama F y es alta, de cabello corto, cara redonda, preciosa, y cuerpo macizo. “Debe de tener mi misma edad”, pienso mientras me ofrece una copa de vino en la cocina y detallo el lugar: pequeño, acogedor, dos alcobas y un pequeño patio con árboles floridos. F prepara carne con ensalada de lechuga y tomate bañada en balsámico. La carne no tiene más que sal, pero sabe a gloria. Luego en la mesa F me cuenta que hace unas décadas los alrededores de la avenida Santa Fe fueron testigos de los orígenes del movimiento gay en la ciudad, particularmente en lugares como las confiterías Oviedo y El Olmo, situadas ambas a menos de cien metros del hostal. Agradezco la cena y salgo a la calle como un halcón cetrero.

Visito ambos sitios pensando que son también un atractivo turístico y confirmo que son frecuentados por homosexuales setentones desnalgados, de bluyines apretados, tan forrados como los que usaba Sandy al final de *Brillantina*; y el paquete resaltado, cual si fuera postizo. ¿Se han dejado una gruesa media de lana en el sitio del pudor? Me causa gracia verlos. Uno de ellos me telegrafía con la mirada su ofrecimiento de sexo rápido. Mi rostro seco, sin sonreír. ¿Así de evidente terminaré yo con tal de levantarme a un cualquiera por las calles y negarme la soledad, luego en la cama, durante unas pocas horas? El mañana. El mañana, ¿por qué me preocupo tanto por el mañana si tengo tan claro que solo importa este día? ¿Por qué me preocupa lo que no puedo solucionar, si quizá nunca suceda?

La vitrina llama mi atención: siento que me cuelo en el *Nighthawks* de Hopper para espiar la tristeza ajena, la soledad rampante, la ansiedad por estar con alguien, el desasosiego. ¡Qué ciudad tan nostálgicamente decadente! En todas las ciudades la zozobra del solitario es la misma. No quiero contagiarme de ella. Sigo mi camino y entro en una misma noche a Search, a W, a Chueca, a Glam, a Contramano, a Titanic, a Angels, a Sitges. Ansío tragarme de una vez todos esos lugares para público gay. Tantos bares, tantas discotecas situadas a escasas cuadras del *bed and breakfast.*

Al amanecer, ya con dos pepas reventadas, llego a Amérika, una discoteca con cuatro salas y más de tres mil jóvenes desaforados. Entro al baño. Frente al extenso orinal de más de tres metros pegado a

la pared hay una docena de hombres en lo suyo. Hay tanta gente, que el puesto del que termina es rápidamente tomado por otro. Cuando estoy vaciando mi vejiga veo por el rabillo del ojo al muchacho que llega a orinar a mi derecha. De repente el muchacho que está a la derecha del que está a mi derecha lanza un grito aterrador que me estremece como un sismo. “¡Boludo, che!”. Volteo. Miro que quien está a la derecha de quien está a mi derecha mira la bragueta del que está entre nosotros dos. Miro. Aquel grita de nuevo: “¡Qué miedo!”. Todos carcajeamos.

Subo al segundo piso, que no es más que un gigantesco cuarto oscuro bordeado con pesadísimas cortinas de terciopelo barato. Llama mi atención la cantidad de transexuales. Y la cantidad de hombres heterosexuales en plan levante detrás de ellas. De nuevo a la pista de baile del primer piso. De varios tubos en el techo cae gran cantidad de espuma. Muchos de los que antes estaban sin camisa se han quedado ahora apenas en calzoncillos. Se rozan los cuerpos, se tocan unos con otros. Me vence el agotamiento. A mi lado, un muchacho de veintipocos con ropa de marca y pinta de modelo de gq, eso que en Argentina llaman tincho y en Colombia gomelo, se masturba con tal concentración que ni Uri Geller intentando doblar una cuchara. Allí, delante de todos, pero ante la vista de nadie. Entre más fuerte se la jala, menos logra lo que quiere. “Qué escena más triste, pienso: un exhibicionista sin público”.

Con la llegada de las luces del nuevo día, de nuevo la soledad de las calles. Camino más de diez, veinte, no sé cuántas cuadras hasta el hostal. Los edificios se parecen tanto unos con otros, que fácilmente podría confundirme entrando a alguno creyendo que es donde queda el hostal. La ciudad semeja una película sin fin. Ya en la cama, al igual que en Barcelona, no logro dormir: siento que afuera hay una ciudad que me estoy perdiendo. Me levanto y tomo la línea más antigua del metro, con estrechos vagones de madera que crujen incluso cuando no están en movimiento. Me bajo en la estación Perú y camino un par de cuadras hasta cruzar por la calle Defensa. ¿En cuál de todas las casas de esta calle quedaba La Red, aquel lugar donde, a principios del siglo pasado, el tango solo se bailaba entre hombres? Digamos, como dijo Borges: “El carnicero, el carrero, acaso con un clavel en la oreja alguno, porque las mujeres del pueblo conocían su raíz infame y no querían bailarlo”. Nadie me da razón de La Red así que me meto por entre el Mercado de las Pulgas y veo gente, gente joven, gente bella, gente alegre. En una esquina, una bandita de rock imita a los Beatles, a los Stones. Entro a almorzar a un restaurante. Desnivel, se llama. Otra vez carne y ensalada con lechugas y tomate. Otra vez el mismo sabor de la gloria. Y ahora más: con la pepa el cuerpo pide mucha grasa, mucha papa frita, mucha Coca-Cola rebosante de hielo.

Salgo de nuevo a la calle cuando el sol está cayendo y hay esa luz, esa luz y ese vientecillo fresco y hay esa calma en mí que es como flotar. Son dos, tres, cuatro, cinco segundos que quisiera que no acabaran jamás. A lo lejos oigo 'Zócalo' y se me arrozuda la piel, como si en lugar de vellitos, por mis poros se alzaran hormiguitas ajímolios que bailan al compás de aquella melodía de Armin van Buuren ft. Gabriel & Dresden, que tanto oía un par de años atrás, cuando regresaba a casa de madrugada, empepado de nostalgia, y me quedaba en el carro con los vidrios cerrados repitiéndola una y otra vez y otra vez y otra vez hasta que me dormía detrás del volante de la misma forma en que me estaba quedando dormido en ese instante en Buenos Aires. El cuerpo me pesa y me siento en el andén. Cabeceo. Sé lo que me está pasando, pero esta vez no estoy dispuesto a permitirlo. Así que camino por San Telmo, por los alrededores del parque Lezama, por ese Barrio Sur que alguna vez describió Borges: "Casas de dos ventanas con barrotes de hierro, que correspondían a la sala, la puerta de calle, con llamador, el zaguán, la puerta cancel, dos patios, en el primer patio un aljibe con una tortuga en el fondo para que purificara el agua, en el segundo patio, cortado por el comedor, una parra. Y eso era Buenos Aires. No había árboles en las calles". Así era: una ciudad de casas bajas. Una ciudad provinciana.

Sigo sin dormir el resto de la tarde. Otra pepa para seguir siendo feliz. Una vieja iglesia convertida en discoteca ubicada a pocos metros de la avenida 9 de Julio, Palacio Alsina, me deslumbra con su *tea dancing* desde las cinco de la tarde. La belleza de los porteños, sus aires de mundo, su predisposición al baile. Sobre una barra, dos muchachos bailan completamente desnudos y erectos. De fondo, las luces estroboscópicas cruzan de lado a lado los más de veinte metros que van de la puerta de entrada a los baños, en la parte posterior. Los balcones paralelos en el segundo y tercer piso lucen igual de atiborrados. ¿De dónde salen tantos gais en esta ciudad? A las once y media de la noche la fiesta se apaga, tal cual sucederá un par de días después cuando visite São Paulo de la mano de Thiago. Todos para sus casas, borrachos y drogados, porque mañana lunes hay que trabajar.

De nuevo sobre Santa Fe. Descubro su extrema suciedad. A pesar de las canecas de basura en cada esquina, las hojas de los árboles, la mierda de los perros en calles, parques y plazas (nunca antes vi tantos en una ciudad) y cualquier cantidad de desperdicios que a nadie le importa arrojar, afean su pavimento. Se evidencia, particularmente, en horas nocturnas, cuando por las aceras no transitan sus miles de peatones que obligan a ralentizar el paso.

Al día siguiente vuelvo a ella. Al tratarse de una de las calles de mayor circulación, recorrerla durante el día puede resultar agobiante.

Eso sentí esa segunda vez que la caminé, pues era transitada al tiempo por demasiada gente. La mayoría, adultos. Y eran más mujeres que hombres. Hacía un calor como de brea hirviente; un calor pegachento que se aferraba al cuerpo y a la ropa. Sudor, mucho sudor. Otra vez tenía de mí la imagen del mar andante. En cada esquina debía comprar una nueva botella de agua. Intentaba guarecerme del inclemente sol en cualquier lugar que lo permitiera.

Buenos Aires es una ciudad mítica. La recorremos desde antes de pisarla a través de sus canciones. Los nombres de las calles, que al oírlos en los cantos podríamos tomarlos por ficción, son los mismos que ahora leo en tablillas en las esquinas. Poco a poco me familiarizo con su noche, que es realmente cuando Buenos Aires vive. Como las luciérnagas, como las polillas. De noche desaparecen sus afanes y, por entre las vidrieras, se ven los boliches apelotonados de gente conversando, no necesariamente animada: la melancolía se asoma como protagonista. Las farolas sin sus luces plenas, la banda sonora solventada con tangos. Todo evoca una atmósfera de tristeza que se prolonga hasta la entrada de la madrugada.

Martes, miércoles. La libreta de apuntes de esos días dice lo mismo en varias páginas: calor, calor, bochorno, calor, sudor, sudor, sudor, calor. Mi pesadilla es el calor. Si voy al infierno "moriré" tan pronto ingrese porque allá aún desconocen que los dos momentos más importantes en la evolución del hombre fueron: 1. La fabricación del hielo casero; 2. La invención del aire acondicionado. De resto, todo es arandela.

Mientras el verano me mata descubro la ciudad. La Casa Rosada, la estación El Retiro, la calle Alem, el Centro Cultural Borges, el Palacio Barolo, el café Tortoni, la librería El Ateneo, el Obelisco. Aquí sí que hay postales para presumir luego en casa. Una tarde, siguiendo sin rumbo fijo por Santa Fe y tomando luego la avenida Juan B. Justo, me adentro un par de calles y descubro esa otra librería, Eterna Cadencia. No me detengo en el hostal ni un minuto. Jueves al amanecer regreso a Ezeiza a tomar el vuelo de Varig con destino a Río de Janeiro. Al volver de Brasil veinte días después, me siento ya como si estuviera en casa.

Me quedo allí, en Buenos Aires, unos siete días antes de partir a Colombia. Me enamoro de Buenos Aires. Me digo una y otra vez, como tallándolo en mármol: este es el sitio donde quiero vivir hasta morir.

Luego de un par de meses en Bogotá, de nuevo a Buenos Aires a finales de su otoño. Un amigo me presta su apartamento en Coghlan, un aburguesado barrio al norte de la ciudad que visito un par de

meses mientras organizo las ideas y escribo un libro de crónicas a expensas de una importante editorial.

El apartamento, el depa, está situado en una esquina vecina de un frondoso parque del que sobresalen algunos juegos infantiles pintados en vivos colores, justo al frente de la estación de trenes. Desde la ventana de la habitación oía el sonido de los vagones hasta altas horas de la noche. Y eso me gustaba. Ya saben: lo que en las películas de vaqueros significaba la llegada del progreso. De modo que la estación de Retiro, a un costado de la avenida Ramos Mejía, al otro lado del parque San Martín, se me volvió un lugar frecuente cada vez que necesitaba desplazarme al centro de la ciudad.

La estación de Retiro: el pasado donde el progreso se perdió. Por fuera, un edificio de grandilocuencia arquitectónica. Por dentro, baños malolientes, restaurantes de fritanguería pueblerina, pasillos repletos de quioscos con revistas pornográficas y cds pirateados. A pocos metros, caminando menos de veinte o treinta minutos, quedan los elegantes barrios de Retiro y Recoleta, a una distancia donde todavía se conservan mansiones palaciegas y edificios de deslumbrantes fachadas.

Lo que fue y lo que queda.

Buenos Aires ya no era para mí los sitios turísticos que había conocido seis meses atrás. Yo era ahora un habitante más. Recordé aquel libro que había comprado en Barcelona, ese donde Paul Bowles describe a Tánger: “Los turistas van y vienen, los viajeros llegan a un lugar y permanecen en él hasta que parten en busca de otro”.

Además de los barrios vecinos de Coghlan, suelo arrastrar mis suelas por los lados de Palermo. A veces llego hasta Once, en Balvanera, ese barrio que semeja al bogotano San Victorino. De hecho, parecen gemelos que crecieron idénticos a más de cuatro mil kilómetros de distancia: un maremágnum de locales desgastados y feos, desorden aquí y allá, tiendas que ostentan toda suerte de mercaderías, en este caso la mayoría de ellos de propiedad de judíos que ofrecen telas de mal gusto, botones, hilandería.

Desde Once luego camino en la vía de Pueyrredón hasta toparme con la aristocrática avenida Santa Fe. Entonces me devuelvo a mi primera visita a la ciudad, perdiéndome en las calles de Barrio Norte que me acercan a Tesorito. Allí, justo diagonal a ese viejo portal que ya hace parte de mis nostalgias, se alza una pollajería, como dicen allá, atendida por una hermosa pareja de muchachos que parecen gemelos y que son expertos en el *arte cisoria*, ambos de cabellos tan negros como la tinta china y cortados al rape, de rostros angulosos, barba incipiente, ojos profundamente oscuros y mirada sensualmente hosca, fría. ¿Serán estos jóvenes eso a lo que Yeats llamó unas “terribles bellezas”? Mientras camino, imagino que escribo sobre ellos.

Porque así escribo siempre yo: mientras camino. Ya luego, transcribo. En lugar de un poema lo mío será un cuento; un cuento al que le doy muchas vueltas mientras recorro la avenida 9 de Julio luego de las seis de mañana, cualquier día de la semana, cuando la brisa arrastra tan fría que hiere los labios, se impregna en las mejillas y las sonroja. Es la hora en que vuelvo a casa luego de una noche de afán discotequero en Palacio Alsina, que es la excusa a la que recurro para justificarme ante mí mismo el haber perdido el último tren a Coghlan, el que parte de Retiro, en punto, a la una de la mañana.

Una de esas madrugadas, al salir del baño al otro lado de la entrada de Palacio Alsina, me topo con la mirada de un muchacho con camisa tipo vaquero, de cuadros rosados y blancos y botones de nácar, que también me mira. En su mirada telegráfica hay un mensaje de cariño. Se llama M y nació en uno de los últimos pueblos del mundo, Río Gallegos, el mismo en el que nació quien era presidente de Argentina en ese momento: Néstor Kirchner. M era amigo de la familia Kirchner y por eso vivía en Buenos Aires. Trabajaba con el gobierno al igual que su mejor amigo, el secretario privado del presidente. Nos fuimos caminando hasta su casa, que quedaba tan solo a unas cuantas cuadras, al otro lado de la 9 de Julio. Él iba delante, afanado, y yo varios metros detrás, saboreando la brisa. Antes de entrar, me confió que tenía visita durmiendo en una de las habitaciones: una chica que acababa de llegar de su pueblo con intenciones de quedarse a vivir en la capital. Me dijo su nombre: N. Entramos a casa sin hacer ruido y seguimos derecho a su habitación.

Esa tarde dominical, al despertar, M ya se había levantado. Hice lo propio. Caminé hasta la cocina, donde él preparaba el desayuno. Estábamos allí, recordando el amor, cuando entró su amiga. Era preciosa: estaba descalza y debía medir más de uno ochenta. Vestía una pijamita de lana, rosada, de pantaloncitos cortos y blusa cerrada al frente con tres o cuatro botones. Los senos abundantes, más que abundantes, en realidad, la piel, acanelada, se veía sedosa como la piel del durazno, el cuerpo torneado. Saludó moviendo su larga cabellera negra. Y ese gesto, exageradamente femenino, me llevó a intuir algo, pero no dije nada. M se dio cuenta de la sorpresa en mis ojos. Cuando ella de nuevo nos dejó solos, me dijo. “Sí, Che, se llama N, pero los papás lo bautizaron Leandro Díaz”. Mi cara de asombro asustó a M. Le expliqué que Leandro Díaz era mi compositor favorito de vallenatos. “Vallenatos… ¿Qué es eso?”. Así comenzó el romance: contando la historia de ‘Matilde Lina’ y de ‘La diosa coronada’. Entre idas y venidas a Colombia y Argentina, peleas con echada de casa incluida, él a mí, y reconciliaciones, la relación duró casi cuatro años.

Los días se me iban en las librerías de viejo. Una de esas tardes entro de nuevo a Eterna Cadencia. Entre un sofá y un par de sillas

alrededor hay seis o siete personas sentadas en torno a una chica con el pelo ensortijado hablando de un libro que ella acababa de publicar llamado *Los suicidas del fin del mundo*. Mientras la oigo, M va a la caja y lo compra para mí. “Esta historia sucedió en un pueblo muy cerca del mío”. Como yo estaba escribiendo crónicas, tan pronto llego al apartamento le arranco de un tirón el celofán que lo envuelve.

Siempre he tenido la idea de que los escritores venimos al mundo sabiendo de antemano las historias que vamos a contar. Si alguna otra que no ha sido contemplada por el destino se atraviesa en el camino, no se escribirá con el mismo cariño. Y eso me pasaba justo en ese momento. A diario enfrentaba el bloqueo frente a la hoja en blanco. “¿Para qué escribir si no lo disfruto?”, me preguntaba. La página en blanco es el pánico escénico. Como el cantante que pierde la voz en pleno concierto.

La primera novela fue un parto fácil, fluido. Era una voz en mi cabeza que le dictaba directamente a mi mano. En cambio, este nuevo libro de crónicas que intentaba sacar adelante…, ¡Hmmm! Las horas se me iban en buscar la palabra adecuada. Escribirla. Borrarla. Buscarla nuevamente. Creer que esta vez es la correcta. Borrar esta otra también. Tachar la frase entera. Por más de que uno tenga el diccionario entero en la cabeza, y por supuesto no es mi caso, encontrar la palabra exacta en los pantanos de la memoria no resulta con frecuencia una tarea fácil. Y menos cuando se trata de expresar un sentimiento. ¿En qué mercado de esclavos consigo una musa que no sea ni inquieta ni caprichosa? Los pensamientos no llegan y cuando lo hacen vienen en desorden. De modo que vuelvo a lo mismo: agarrarme con rabia la cabeza viendo parpadear el cursor en el vacío de la pantalla, mientras oigo de fondo la banda sonora de *La delgada línea roja* o la de *La misión* o la de *El último de los mohicanos*. Clic, clic, clic. Oír el botón del *mouse*. Iniciar de nuevo. Tac, tacatacata, tac, tacatacata, tac. Al índice le salen callos. ¿Vale la pena seguir intentando lo que a todas luces no se sabe hacer o hay que romperse el hombro y de paso torcer el destino porque el tesón y el empeño y la insistencia y la obstinación y el “hay que ponerle forma a la matraca” diciéndome a mí mismo que la historia que intento escribir no se la llevará la desidia? Disciplina, disciplina, disciplina. “No me levanto de aquí hasta que la crónica esté escrita”, me repito una y otra vez como si fuera un ejercicio mesmérico. El cursor va y viene y la página sigue blanca. Lo peor es tener una historia y no saber cómo contarla. “¿Cómo diablos lo hago?”. Me daba duro. Siempre ha sido así. Y sigo. Cerrar con rabia el computador. Ir a la cocina. Abrir la nevera. Confirmar que no hay una fruta fresca, que no hay queso ni jamón, que no hay más postre, que no hay cereales, que es el mismo jugo en la jarra que estaba quince minutos atrás y otros veinte antes y una

hora más allá también. Cuando escribo, no logro estar mucho tiempo sentado. Me agoto mentalmente con facilidad. Esto de caminar por el apartamento siempre me ha funcionado a la hora de organizar las ideas o de generar otras nuevas: caminar por casa, barrerla, trapearla, limpiar el polvo de los cuadros y de las ventanas, cambiar las sábanas, poner la ropa en la lavadora y en caso extremo, cuando no se me ocurre nada, planchar. Cualquier trabajo doméstico siempre me ha ayudado a retomar el impulso. Esta vez, a más de lo anterior, me inventaba oficios: tumbaba paredes, pintaba las que quedaban en pie, lijaba el piso de madera, cambiaba la disposición de los cuadros, de las sillas, de los sofás, lavaba las cortinas, desocupaba la extensa biblioteca para limpiar del polvo uno a uno el lomo de los libros; y planchaba, planchaba la ropa limpia pero también las sábanas, las medias, las toallas, los calzoncillos, todo lo planchaba, hasta las toallas y las cortinas, con tal de que me visitaran las musas, todas junticas al tiempo. Pero, ¡nada! El camino entre el escritorio y la nevera era casi una aventura: esperaba toparme con una escena que nunca llegaba. Ni en uno ni en otro punto había algo nuevo. La comida en la nevera seguía siendo la misma que en la mañana y las palabras en la pantalla en blanco se negaban a salir, como al inicio de la jornada. Y así se me iban los días: el coro griego, cubierto de la cabeza a los pies con una sábana negra, gritándome todo el tiempo “No sirves para nada, no sirves para nada”. Mi vecino puerta con puerta era Mempo Giardinelli, pero el escritor nunca estuvo en casa durante los meses que habité en Coghlan. Me leí, eso sí, su libro de ensayos y entrevistas *Así se escribe un cuento*. No me sirvió de nada.

Escribía mejor cuando no sabía escribir, pero ahora, con el reconocimiento sentía el agobio de tener que demostrar que era, como prometía la contratapa de mi novela, el “autor revelación de la narrativa colombiana”. De alguna manera, el premio se me había convertido en condena. O peor, en dos condenas. La primera era la expectativa generada entre los lectores con mi primera obra (de hecho, hacer periodismo era también un intento por quitarme de encima el peso de esas expectativas). La segunda era peor: la comparación inevitable de esa novela con cualquier libro posterior. De modo que en ese momento hubiera preferido no haberme ganado nada para poder seguir divirtiéndome al escribir. Y no lo estaba logrando. Al releer cada relato terminado, lo sentía frío: sabía que había sido escrito con la mirada calculadora de un ajedrecista: cada palabra era la correcta y cada coma estaba en su sitio, pero, para ser verosímil, la literatura necesita desorden. Que todo esté en su sitio, pero que no lo parezca. Esto lo aprendí luego: fue parte de la experiencia que me quedó de ese fracaso.

Sabía que lo que escribía no servía, pero sabía también que no

podía hacer nada para mejorarlo. ¿Quién fue quien dijo que uno no puede escribir mejor de lo que puede? Así que me dejé vencer. Al final de esos días me di cuenta de que había escrito la novela para alegrar el *embole* de aquellos tiempos en los que me aburría más que meretriz en Viernes Santo, trabajando cada día de 8 a 5 en una oficina desangelada de la Contraloría General de la República. Aquella novela la había escrito para mí. Estas crónicas, en cambio, no respondían a una necesidad vital. No estaban allí ni mi sangre ni mis tripas. La diversión así no vale. Perdón, ¿cuál diversión? Pretendía la perfección en cada frase y eso hizo de mí un animal inseguro precisamente en el hacer en el que me sabía seguro. "Salvo escribir, todo me asusta". Y escribir ahora me asustaba demasiado.

Entendí que una historia no se puede forzar, pues en tal caso sería una historia mal parida; que hay que permitirles a las historias que se cuenten ellas solas, sin que el escritor tenga que inventarlas. Que más bien sean ellas las que guíen la mano de él. Eso: hay que dejar que la mano fluya, sin guiarla; hay que aprender que quien narra no es el escritor, aunque a veces podría serlo, mas no en estas crónicas. Dejar de ser, eso: dejar de ser. Hacer el ego a un lado es lo más difícil. Pero es lo primero: que el escritor se evapore y deje de sí tan solo las manos para teclear con rapidez lo que la voz le narra. Luego la historia debe fluir de tal manera que el lector ha de creer que el escritor no hizo ningún esfuerzo.

Vuelvo un par de semanas a Bogotá y de nuevo a Buenos Aires en agosto. Y así. Una y otra vez. Me siento como una pelota de pimpón que va y viene. Ahora que M se ha mudado conmigo al apartamento que he arrendado en el primer piso del mismo edificio en el que queda Tesorito, la ciudad se me ha vuelto habitual. Son las ventajas de tener una habitación propia.

Leo una de esas mañanas a Tomás Eloy Martínez. Recuerda algo que Borges escribió sobre el tango: "Los verdaderos tangos fueron compuestos antes de 1910, cuando aún se bailaban en los burdeles, y no los que aparecieron después, influidos por el gusto de París y por las tarantelas genovesas". Una de las leyendas que se tejen en torno a la llegada del acordeón al Caribe colombiano cuenta que los propietarios de la fábrica Hohner enviaron a finales del xix un cargamento de acordeones diatónicos para conquistar a los amantes del tango. Ese barco nunca llegó a su destino en Argentina y sus tripulantes dejaron en La Guajira los instrumentos que luego se dispersarían por todo el Valle de Upar, colgados de los hombros de campesinos que llevaban sus cantos de pueblo en pueblo.

Pienso entonces que esa música que comenzaba a oírse a principios del siglo xx, en el camino que de Riohacha conducía a Valledupar, eran aires prestados y lejanos de los tangos que no pudieron ser por

cuenta de un barco volcado en altamar. Tan lejos y tan cerca. ¿La música vallenata terminará algún día siendo, en París, lo mismo que en su momento fue el tango? Lo comento con M y me dice que nada raro sería que un día se enfrenten nota a nota la nostalgia del vallenato y la del bandoneón. “El tango está otra vez de moda”, me dice y me cuenta de su abuela, que vive sola en Córdoba y todos los días al caer la tarde deja sonar a todo pulmón la vitrola con la música de Astor Piazzola, del Polaco Goyeneche, de… Poco a poco comienzo a aceptar una música que hasta entonces me era desconocida. El acordeón vallenato es ahora un bandoneón.

Una tarde de sábado nos vamos M y yo a un escenario al aire libre en medio de la ciudad. Hay una gran multitud reunida en torno a una tarima en la que un grupo interpreta un tango con sonidos electrónicos. Se llaman Bajofondo Tango Club. Ocho músicos en escena, incluyendo a Gustavo Santaolalla. Nunca había oído hablar de ellos. Ni siquiera de Santaolalla. De hecho, recién habían aparecido en la escena musical. Ahí mismo caí rendido ante su música. Nos sentamos en el pasto, como el resto de asistentes. Mientras el tango me acariciaba las entrañas veía a todas esas chicas tan guapas, a tantos hombres tan bellos. Hacía viento y la brisa era fría. Eran más de las siete de la noche y el sol no terminaba de desaparecer. Detrás del escenario, la enorme foto de un colchón en alusión a la obra de Guillermo Kuitca, el más importante artista plástico argentino del momento. Entonces apareció en escena Adriana Varela:

Perseguiré
los rastros de este afán
como busca el agua la sed.
La estela de tu perfume.

Con esa voz de tarro, aguardientosa; una voz que uno solo imagina detrás del humo de los cigarros, con las luces tenues y el olor cercano del amanecer.

Fui tan feliz en ese momento, que lo recuerdo con lágrimas lavadas de nostalgia. Más de mil jóvenes engolosinados con un espectáculo que cerró con la presentación de videos de colores melancólicos mostrando la Buenos Aires de cada tiempo y la frase de un tango que se repetía: “Unos se embriagan con vino, otros se embriagan con besos”. El tango se me convirtió en obsesión. “Quiero quedarme a vivir aquí”, le dije en ese momento a M. Y así sucedió: los siguientes años los viajes a Bogotá fueron cada vez más esporádicos.

Comienza la primavera y R ha venido a visitarme. Es mi mejor amigo desde mucho antes de que conociera el éxito y llevamos varios

meses sin vernos a pesar de todo el cariño que le tengo. Nos escribimos todos los días, es cierto, pero no es lo mismo tenerlo cerca, poder compartirle personalmente lo que he venido haciendo y tener la oportunidad de mostrarle la ciudad como si yo jugara de local. Para mantenerse económicamente durante estos días, trajo una bolsa repleta de pepas que espera vender con facilidad. El negocio es bueno: las ha comprado a diez mil pesos en Colombia y, con el cambio del dólar y el precio local, por cada una espera conseguir cuarenta mil pesos más. Son ocho millones de pesos para estos quince días. Pero algo sale mal y el negocio cada día se le reduce más: como los meses anteriores a su visita tuve que hacer a un lado la droga por razones presupuestales, ahora que vivo con M cada noche nos vamos los tres de rumba y regresamos con doce o quince pepas menos a seguir la rumba en la casa. David Guetta está de moda:

I believe in the wonder,
I believe I can touch the flame,
There's a spell that I'm under,
Got to fly, I don't feel no shame,
The world is mine,
The world is mine.

El negocio de R no prospera. A cambio, ha conocido a un *dealer* local que se llama S, un muchacho de cuerpo groso y cara de novillo. Para congraciarse con nosotros, S cada día nos regala unas cuantas. De modo que vuelvo a mi estado de unos años atrás: el letargo, la somnolencia, los ataques de sueño en cualquier momento y lugar. Mientras M trabaja, me llevo a R a mostrarle la ciudad. Yo empepado, él sobrio. Más de una vez nos perdemos, cada uno en lo suyo. Bueno, en realidad quien se pierde soy yo, el guía.

Viajé a Colombia ese diciembre y recibí el Año Nuevo con mis amigos en Cartagena. El 1 de enero me sentí enfermo y me quedé en casa, solo, mientras ellos seguían la rumba perpetua. En la tarde busqué un café internet y al abrir las noticias me topé con una entrevista a la Nobel, Nadime Gordimer, en la que afirmaba: "Los escritores no podemos vivir en torres de marfil, ajenos a la realidad". Abandoné a mis amigos al día siguiente y me fui a Valledupar, una ciudad que ya no era mía, una ciudad a la que sabía distante. Estos últimos años había comenzado a crecer desaforadamente y sin planeación alguna. Los nuevos barrios ocupaban el terreno de las antiguas fincas de los padres de mis amigos. De hecho, llevaban por nombre el mismo nombre que antes llevaba la finca. Mi mamá y mi hermana mayor me hacían recorridos mostrándome desde el carro

todos estos nuevos lugares; me servían de guías en mi propia ciudad, así como yo le servía de guía a R en Buenos Aires. Me sentí extranjero en la ciudad en que nací. El que se va, nunca es el mismo que vuelve. Confirmé que no hay un sitio al que puedo llamar hogar. Me habitaba el mismo desarraigo y la misma necesidad de saber que, por más de que vuelva a ese lugar, nunca más perteneceré a él. Aunque, en realidad, ¿pertenecí allí alguna vez?

Los siguientes tres meses me quedé en casa de mis padres y comencé la investigación de una historia que de tiempo atrás me daba vueltas en la cabeza pero que me sabía sin el coraje de asumir. Volví a Buenos Aires a descargar material: transcribí entrevistas, cotejé notas, inicié la lectura de la bibliografía necesaria. Todo ese invierno estuve encerrado trabajando juiciosamente desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde. A esa hora salía, caminaba dos cuadras hacia Palermo y almorzaba en un pequeño restaurante mientras aprovechaba para leer la prensa local. Luego morseaba un buen rato. En las tardes vagabundeaba por ahí durante largas horas buscando organizar las ideas. Con frecuencia me detenía en la mitad de una calle o me sentaba en un café para escribir de afán lo que no daba espera. Esto me llenaba de nuevo de ilusiones. De repente, justo ahora que había dejado la rumba y sus placeres, volvía a sentirme vivo, a saberme con fuerzas y hacer lo que me diera la gana, a despertar con ganas de no dejar pasar ni un solo minuto sin escribir.

De nuevo a Colombia. Otra vez en Valledupar. Cada día trae su propia soledad, cada día era enfrentar un pasado desconocido, un pasado de violencia, de sadismo, de cuerpos desmembrados, de rostros desfigurados, de manos chamuscadas, de bocas congeladas en el momento en que gritaban de pánico, de cuerpos que flotaban en piscinas con formaldehído, de carne bañada en sangre roja, en sangre púrpura, en sangre azul, como si nada de esto fuera real sino gigantes trípticos pintados por Francis Bacon con furia, con rabia, con desasosiego; todo ese dolor y uno queriendo creer que no son más que óleos con cuerpos pintados de familiares, de amigos o de conocidos desaparecidos en esta guerra de barbarie; de vacas incineradas porque sí. Porque la guerra es así.

Cada vez que preguntaba por alguien de quien de tiempo atrás no tenía noticias me contestaban que lo había secuestrado la guerrilla, que los guerrilleros lo habían castrado y luego obligado a embucharse sus propios testículos; que estaba encerrado en una cárcel norteamericana por cuenta del narcotráfico, que lo habían descuartizado los paramilitares, que sus restos los habían dado a comer a los caimanes, que lo habían metido en una llanta de tractor a la que luego prendieron fuego, que lo habían matado porque sí,

porque estaba en el lugar y en el momento equivocado, que lo habían matado por la sencilla razón de que estaba vivo. Y todo esto me lo contaban sin el más mínimo asomo de asombro, como si el odio y la muerte fueran necesarios; como si dejar ver la pena y la tristeza y el dolor los volviera sensibles, que es lo que en mi tierra significa ser hombre: alguien que no puede darse el lujo de mostrar lo que siente, alguien que no siente porque el solo hecho de sentir hace de él una mujer. O algo muchísimo peor, un marica. Matarse entre sí en guerras infames no es más que demostrar masculinidad. Y si hay crueldad, tanto mejor, porque más macho es. El problema es el miedo a sentir, a que los demás sepan que somos tan humanos como lo son ellos. ¡Que somos vulnerables!

Canta Bob Dylan:

Cuántos caminos debe recorrer un hombre
antes de que le llames "hombre".
Cuántas veces debe un hombre levantar la vista
antes de poder ver el cielo.
Cuántas orejas debe tener un hombre
antes de poder oír a la gente llorar.
Cuántas muertes serán necesarias
antes de que él se dé cuenta
de que ha muerto demasiada gente.
La respuesta, amigo mío, está flotando en el viento.

De vuelta a casa en Ecuador 1250, como si se tratara de una terapia a la que con regularidad debía asistir para poder sobrevivir al horror y la podredumbre. En las noches cenaba en casa con M mientras pasaban en el televisor el *¡Hola, Susana!* que presentaba la Giménez, ahora sesentona y lejos de aquella Mary que escandalizó a la Valledupar de mi niñez. Los fines de semana, de vez en cuando íbamos por ahí, pero no eran ya las borracheras ni mucho menos la urgencia de un abismo o la necesidad de caer en cualquier buraco. Si no hubiera sido por el entusiasmo que adquiría cada vez más la investigación, aquello habría sido lo más parecido a una familia estable y aburrida. De tanto intentar la libertad, tarde o temprano llega ese momento en el que te acomodas en la costumbre.

A finales del invierno, M se fue unos meses a Calafate a buscar mercado para la sucursal de Havanna, una tienda de alfajores que su mejor amigo había montado en ese lugar. Inicia la primavera y no solo las plantas se polinizan. Es aquí cuando Thiago me visita y yo le sirvo de lazarillo en la ciudad. Es aquí cuando rompo aquel bol y entiendo que de la fragilidad puede surgir una nueva forma de belleza. A finales de septiembre viajé de nuevo a Colombia. La primavera del año

anterior en Argentina caí en cama, luego de la visita de R, por cuenta de una alergia al polen. Quise evitar enfermar este año de nuevo, pero también adelantar aún más la investigación y comprar nuevos libros sobre el conflicto que en Buenos Aires no conseguía. La mayor parte del tiempo estuve en Valledupar, pero pasé también un par de semanas en mi casa en Bogotá, que tiempo atrás había echado en el olvido.

Volví a Buenos Aires otra vez lleno de dolor. Luego de veintisiete años de haber salido de mi pueblo, y a pesar de que durante todo ese tiempo había vuelto a visitar a mis padres al menos una vez al año, confirmaba ahora que siempre estuve ausente. Volver ahora a casa para enfrentar la eterna soledad luego de haberme encontrado conmigo mismo, luego de haber enfrentado el narciso que se revolcaba muy dentro, en lo profundo de mis tripas. En tan pocos meses de ese año tuve que viajar tantas veces a Valledupar, a caminar bajo su asfixiante sol, con lo que odio el sol, a entrevistar a quienes no hubiera querido, a visitar a personas que creía muertas, a investigar sobre lo que había pasado en mi ciudad, en mi país… Tuve que viajar tantas veces, decía, pero no tuve nunca con quién hablar sobre este nuevo dolor de enterarme de sopetón que tantas personas a las que conocí en la infancia, eran ahora tan solo una cifra más de las estadísticas de la violencia nacional. Un número nomás, ya no un nombre ni una historia.

Aquella consciencia del otro que había comenzado a despertarse en São Paulo, me afectaba cada vez más. Una nueva herida que sangraba, ya no en mí. Lo que ahora me afligía ya no era yo.

"Las tardecitas de Buenos Aires tienen ese, qué se yo, ¿viste?". Llega diciembre con su alegría. Es tarde de sábado y desde principio de mes el verano comienza a calentar fuerte y pausado. M ha vuelto de Calafate y hemos caminado desde el apartamento en Ecuador 1250 hasta el parque de Recoleta, repleto de *hippies* ofreciendo artesanías arrumadas en mantas sobre el césped o bajo cubículos carpados. Nos metemos por entre las elegantes calles del barrio y salimos a la avenida El Libertador, la arteria más extensa que corre paralela, al centro, entre la aristocrática avenida Presidente Figueroa Alcorta, repleta de edificios lujosos, y el Río de la Plata. Me siento tranquilo, cómodo en mi piel y entiendo que, cuando durante tanto tiempo se ha buscado descargar el pesado saco que nos oprime, uno no rompe con su pasado de una vez y para siempre, como si fuera un acto de magia, a lo Houdini, sino que, sin darnos cuenta, el saco se va desliendo hasta que mucho tiempo después descubrimos lo liviano que caminamos.

Ahora acá, tan lejos de casa, y aunque por momentos me estremecía un pequeño torbellino, descubro que la tormenta interior

se ha venido evaporando, algo que levemente había comenzado a notar apenas unas pocas semanas atrás, cuando estuve en São Paulo visitando aquella mañana la terraza del edificio Italia. Y me viene entonces a la cabeza aquella pregunta que nunca antes me había hecho: ¿cómo perdonar a los que culpas, si aún no te has perdonado a ti mismo de aquello de lo que tú también te sientes culpable? La culpa nos corroe las entrañas, pero solemos confundirla con otro sentimiento, o pretendemos que no existe, o intentamos descargarla entregándosela a otro. Hasta que no se le enfrente, todo seguirá igual, aunque también es posible que al enfrentar lo que nos condena, nada cambie. Y resulta que un camaleón no se esfuerza por cambiar de color. Y resulta, también, que me llegó a la mente esa pregunta, porque ya había resuelto la respuesta.

El perdón no es una decisión sino todo un proceso y, al menos como lo entendí en ese momento, es eliminar todo resquicio de rencor tras aceptar que quizá las cosas que originaron el dolor no van a cambiar y, a pesar de esto, se puede salir adelante sin seguir sufriendo. O, más aún, se puede aprender del dolor para surgir. La vida pudo haber sido diferente si "eso", sea lo que haya sido, no hubiera sucedido, pero no se puede devolver el tiempo para evitar lo que ya sucedió. En cambio, se puede elegir el futuro. Duele saber que "la vida que se perdió" no fue por una decisión propia.

Esa tarde, decía, camino con M a lo largo de la avenida El Libertador. Él canta como si estuviera en la discoteca mientras lleva el ritmo con las manos:

I believe in a feeling,
of the pain that you left to die,
I believe in the livin'
in life that you give to try,
the world is mine,
the world is mine.

Repite el coro una y otra y otra y decenas de veces. Le pido que me oiga un minuto y le cuento sobre mis viejas heridas de manera espontánea, natural, y me doy cuenta que si no temo compartirlas es porque ya no me afectan, porque sin darme cuenta había arrancado el dolor de la piel, porque ya no me culpaba por mi pasado. Hasta que se lo mencioné me di cuenta, por ejemplo, de que me había perdonado lo de aquella tarde en el colegio, debía tener nueve o diez años, cuando los grandes del curso nos empujaron al inmenso patio, a mí y al cubano de quien también decían que era marica y que era mi amigo, y nos obligaron a darnos trompadas mientras el coro alrededor, los profesores incluidos, carcajeaban y gritaban entusiastas, como en el

circo de Roma. El cubano era enclenque, por nada lloraba y tenía una voz muy femenina. Cada vez que él y yo quisimos detener la pelea, el circulo compacto nos trompeaba hasta obligarnos a seguir golpeándonos, él y yo en el centro del ruedo. Hasta que ninguno de los dos pudo más y desfallecimos sobre la tierra árida, ocre, salvaje, manchada ahora con la sangre de ambos. Dejé luego de ir varios días al colegio, me metí bajo las cobijas sin ganas de nada. Al volver todo siguió igual, los mismos empujándome a hacer lo que no quiero.

Ahora que camino por esta avenida tan ancha, de tanto tráfico, recuerdo también, y lo cuento a M, cuando algún compañero de clases me abría la puerta del cubículo del baño y gritaba para que todos en el colegio lo oyeran "sí, orina sentado", cuando realmente estaba de pie. Y otra escena: al bajar de la tarima luego de un acto de danza clásica en un festival cultural, no encuentro el morral que contiene mi ropa y tengo que caminar hasta mi casa vestido como Nuréyev mientras oigo un zumbido en mi espalda, lejano, y al volver la cara veo que todos esos rostros, decenas de ellos, cientos, miles, porque cuando el dolor hace tanto daño se tiende a exagerarlo, y decía que todos ellos no son más que una sola carcajada: la boca abierta de par en par, los dientes que resaltan, los ojos casi cerrados por la contracción de los cachetes. No oigo sus risas. No oigo nada. Solo los veo a todos ellos, a tantos que son mucho más que una multitud. Los veo como si no fueran más que un mural que cubre todas las calles, del colegio hasta mi casa, con cientos de esos autorretratos carcajeándose que pinta Yue Minjun.

Tantos gritos, tantas carcajadas, tanto maltrato, tanto sufrimiento… ¿Por qué lo hacían? ¿Porque soy gay? ¿Tener un gusto diferente al de ellos fue todo mi "pecado"? Lo que a mis ojos no me definía comenzó a definirme ante los de ellos. ¿Solo por eso se arrogaron el derecho de humillarme? ¡Porque soy gay! Es que acaso un gay, parafraseando a Shylock cuando defiende su condición de judío en *El mercader de Venecia*: "¿No tiene ojos, no tiene manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones? ¿No se alimenta de lo mismo? ¿No lo hieren iguales armas? ¿Acaso no sufre de iguales males? ¿No se cura con iguales medios? ¿No tiene calor y frío en verano e invierno como los cristianos? Si nos pinchan ¿no sangramos? Si nos hacen cosquillas ¿no reímos? Si nos envenenan ¿no morimos?". Tanto miedo les generaba el que alguien sintiera algo diferente. Tanto pánico les daba sentir.

Cada quien tiene su propio umbral de dolor. El tope del mío ocurrió en aquel momento: no los oía porque estaba como anestesiado, tan ausente de este mundo como la madre que bloquea su mente tras enterarse de la muerte de su hijo. De hecho, me sentía

como si yo mismo hubiera muerto y el cuerpo flotara por entre las nubes hasta llegar a un lugar en el que todo era placidez. Fue esa la primera vez que me di cuenta, como escribí atrás, que el dolor a veces te hace flotar porque exige que te abstraigas de todo a tu alrededor y hace que te concentres tan solo en él. Entonces, es como si soltaras las amarras que te atan al mundo, como cuando el protagonista de *Azul profundo* se sumerge hasta los abismos oceánicos y se queda a vivir para siempre con los delfines; y así, al concentrarse solo en el dolor y caminar, todo se viera desde la distancia, desde arriba, desde donde no se puede ser alcanzado. Por eso se siente suave, porque uno entiende que para estar tranquilo no necesita de nadie más, salvo del placer que reside en el dolor.

Cuando las mayorías atacan, es imposible no preguntarse por las equivocaciones propias, y mucho más cuando no hay en quién confiar para apoyarse y preguntar. De modo que, a partir de ese día, la llegada al colegio fue siempre una prueba de resistencia. Entre la calle y la puerta del edificio había que recorrer unos treinta metros a lo largo de los cuales, agolpados a lado y lado, como en un camino cercado por espinas, los estudiantes me esperaban con sus mofas y sus risas. Como si mi sola presencia fuera el *punchline* de una comedia o el momento en que el apuntador levanta los carteles donde dice "Carcajadas". Lo que recuerdo es que cada risotada era como una hoja de Gillette que rebanaba los oídos, cada grito era como una cuchillada que rompía la piel y troceaba las entrañas, cada jajajajajajajajaja era un martillazo en la cabeza, un bramido seco en el cerebro, un desgarre, una impotencia.

Y así fue por varios años.

La frase que horadaba mi cerebro repetía que aquí en la tierra es donde se paga todo; que el infierno era eso, la humillación que la vida impone como castigo por salirse del redil. Nadie podía confirmar mi homosexualidad. Pero yo lo sabía y eso era suficiente para guardar silencio y no intentar defenderme de esa jauría que aullaba sin cesar. ¿Cómo hacerles frente a todos esos hijoeputas que te trancan la puerta de la vida con triple seguro si eran veinte, treinta, cincuenta, toda una multitud agavillada, coreando y carcajeando? Como una ballena arponeada por cientos de pescadores. Así me sentía, pero nunca me atreví a responder como Neruda:

¡Cabrones!
¡Hijos de puta!
Hoy ni mañana
Ni jamás
acabareís conmigo!
Tengo llenos de pétalos los testículos

Tengo lleno de pájaros el pelo,
Tengo poesía y vapores,
Cementerios y casas
Gente que se ahoga,
Incendios en 'Mis veinte poemas'
En mis semanas, en mis caballerías,
Y me cago en la puta madre que os parió.

En su lugar, hice lo que creí que debía hacer: caminar erguido, digno, con la frente en alto, sin titubear, sin sonreír, sin soltar ¡jamás! una lágrima, sin mirar a nadie a los ojos, sin siquiera oír los gritos porque hacía como si fuera autista, sacaba a mi mente de ese lugar, la anestesiaba primero y la llevaba lejos después. Me desconectaba. Como cuando, muchos años después, me recostaba en la ventana de mi apartamento mientras mis nuevos mejores amigos se divertían. Eso: me abstraía, lo dejaba pasar, hacía de cuenta de que en realidad no sucedía.

Pero, claro que sucedía y varias de mis compañeras de curso de ese entonces, que con frecuencia me esperaban al otro lado del pantano con una frase de aliento, también recuerdan esos días en los que yo cruzaba a la otra orilla sin despeinarme; sin limpiarme los cadillos para que quedaran expuestos ante ellos mismos, como las vísceras de un cadáver sobre la mesa fría; sin dejar ver de nadie lo arrugado que llevaba el corazón, la cojera del alma; impecable, como había aprendido en los libros que hacía igual Corto Maltés, que de toda aventura sale airoso, con los zapatos lustrados y el traje muy bien planchado. No por eso se aquietaron las befas. "¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre, antes de que lo llames hombre?". Porque hay más escenas, pero no vale la pena listarlas ahora que se han diluido, ahora que el dolor no produce placer, ahora que acepto que no me lo merezco.

Compañeras, dije atrás y me devuelvo, porque los compañeros continuaban en su lugar del coro, ocultándose unos detrás de otros sin dar la cara: como si hubieran sido pintados todos por Magritte. Así son: gritan y esconden el rostro. La masculinidad sin tacha no es más que apariencia. Son más los que toman de ambas aguas, pero carecen de hombría para aceptarlo. Lo más frecuente es el autoengaño. A varios de ellos los oí luego contar anécdotas de haber penetrado a algún hombre alguna noche de calentura. Eran frecuentes estas historias entre ellos como una manera de presumir virilidad, como si la homosexualidad fuera apenas un tema de pasividad sexual, de dar el culo, de dejarse clavar.

Varias veces quise largarme a estudiar lejos de esa ciudad, pero la situación económica había cambiado en casa y ya no tenía el

esplendor que había sido, por cuenta de un cerillo encendido en un sitio indebido. Cada uno estaba en lo suyo, cargando como un piano sus propias frustraciones. Tampoco podía hablarles sobre el maltrato del que era víctima. Era tanto como acusarme ante ellos, como sembrarles la semilla de, o confirmarles, la sospecha del "mal" que crecía en mí. De modo que el pánico diario de llegar al colegio se me fue convirtiendo en costra. ¿Y me preguntan ahora si me importa lo que opinan de mí los demás? ¡Ja! O mejor, como dicen en mi tierra: ¡embúa! Y, mientras lo digo, me limpio el hombro izquierdo con la mano derecha. Para salir adelante había que dejarlos atrás. Y eso hice. ¿Cómo se defiende la cría de un venado frente a un león? Escurriéndose, pero creciendo con el temor. En adelante sabe que la única manera de no ser cazado es escondiéndose del depredador o siendo más veloz que él. Pero los seres humanos tenemos una tercera opción: el poder de la imaginación, jugar con la fantasía, inventarnos nuestra propia realidad.

En la adolescencia encontré un ejemplo. Se llamaba *Carrie* y había nacido en la mente de Stephen King. La primera vez que leí la novela, me horrorizó. Inmediatamente después del punto final volví a iniciarla y entendí que Carrie era yo: un chico del que todos se burlaban en el colegio pero que un día aúna todas sus fuerzas y sus odios y su maldad y su sed de sangre y venganza y, aprovechando lo que trae en la mente, destruye a todo aquel que alguna vez le abrió la piel y exprimió sobre su herida un bulto de limón. Es la maravilla de la literatura: creer que el escritor te habla directamente a ti o te dibuja tal cual eres, como si te conociera de toda la vida. Eso hizo conmigo en aquel momento Stephen King. Cada vez que oía a mis espaldas una risa lejana, fantaseaba con mil formas sangrientas de acabar con esa persona. La imaginación es también una forma de resistencia. En medio de la impotencia, cuando ya no se cree en nada, irrumpe la imaginación para que el golpe no duela tanto. Pero es un arma de doble filo. Porque fue quedando la fantasía, ya no la imaginación, de que la diana de las carcajadas no podía ser más que yo. Y esa fantasía hacía daño, pues me obligaba a concentrarme en ella, a rumiarla, a masticarla hasta hacer de ella una bolita sin gracia, una gigantesca bola de nieve que se lleva todo a su paso. Tenía ataques de rabia y me encerraba a llorar en la habitación o cruzaba la calle, abría la puerta de reja que quedaba en la parte posterior del club, me perdía entre los muros que comenzaban a construirse en lo que luego se convirtió en la pista de baile (era mi lugar favorito en el mundo, un lugar en el que nadie podía encontrarme, donde todo era silencio y soledad; era también irme, pero a la vez quedarme. Había ese miedo al abandono total, había esa fragilidad de a quien le pesan más los miedos que las ganas) y permanecía allí durante horas enteras, solitario, tragándome

el coraje y el dolor tras confirmar que carecía de los poderes de Carrie y no podía matar a todos esos hijoeputas malparidos de mierda. Fue en ese entonces cuando comencé a escribir y por eso hoy todo lo recuerdo con tal exactitud. Solía andar con alguna libreta en el bolsillo en la que desahogaba toda la rabia. Pero la fantasía hace daño porque es la semilla del resentimiento. Es decir, de sentir desprecio por uno mismo. Porque eso es un resentido, alguien que siente lástima de sí mismo, alguien que se dice todo el tiempo "pobrecito yo, porque no tal cosa".

Hay heridas muy profundas que nunca cierran porque no se localizan en parte exacta del cuerpo; heridas que producen un dolor tan fuerte y profundo que quien lo padece podría usar parches de Fentanilo, tomar Oxicodona e incluso mezclarla con Xanax, con Celexa, con Restoril, con escitalopram, con Welbutrin de 50, de 150, de 300 mg, pero de nada le sirven. Como no está a la vista del hombre, no se puede medir el tamaño de esta herida ni hay manera de probar este dolor, de exhibirlo como se ostentan las cicatrices de guerra. Ni siquiera se puede hablar de él. Quienes lo desconocen no creen que algo que no se infecta, que no sangra, que no supura ante ellos, pueda causar tanto tormento. Y quizá por eso es que el dolor nunca se va. ¿En qué momento la burla, el maltrato, se convierte en herida? ¿En qué momento rompe, ya no la piel ni el hueso, sino algo en algún lugar tan profundo como el océano? Un lugar que ni siquiera somos capaces de identificar, porque es un dolor que se esconde, ya que admitirlo es una confesión de debilidad.

Esa tarde me di cuenta que hacía mucho tiempo no huía y tampoco mataba a nadie en mis fantasías. De hecho, ni siquiera oía ya las risas a mis espaldas, lo que no significa que no existieran. Esa tarde confirmé que desprenderse de la infancia es desprenderse del destino, que las revoluciones no se cocinan a la luz del sol y que la mía se había hecho a pulso, ella solita, a mis espaldas, quizá para que no la saboteara y llegara, por fin, el solaz. Esa tarde en Buenos Aires supe que con mirar de frente es suficiente y entendí, o acepté, que siempre habrá balas perdidas. El problema no es que una de ellas nos alcance. El problema es sobrevivir. En esto, y solo en esto, consiste el juego de la vida.

Al final del camino, luego de bordear el verde paisaje que amuralla el Jardín Botánico, el Zoológico, el Rosedal y el más bello de todos a pesar de su pequeño tamaño, el Jardín Japonés, nos topamos con los Bosques de Palermo, repleto de gente joven de todas las edades, gente bella, gente alegre. Qué sitio con tanta vida era ese día el parque 3 de febrero. No sentamos con M frente al lago. Ni siquiera hablábamos.

Tampoco había que sonreír. La alegría es así: cuando llega, no hay que presumirla. Y el chico tan lindo que estaba sentado a mi espalda, sin camisa y con esos ojos tan verdes que parecían una llanura, ¿por qué me miraba tanto? ¿Por qué se sonreía tan sensualmente? ¿Por qué me anotó su número en una servilleta cuando M se levantó hasta el quiosco a comprar un par de Quilmes?

Para el verano de ese año el turno de visita les correspondió a mis amigos bogotanos Y y Z. Desde el mismo día que pisaron por primera vez la ciudad, uno de ellos compró a S una roca de cocaína del tamaño de un mapamundi, sólida, blanquísima, pesada, que poco a poco fue rayando y consumiendo con M con la mezquindad de un colonialista. Para celebrar el fin de año organizamos un gran festín en mi depa, al que invitamos a otros amigos colombianos que visitaban la ciudad. En la mesa del comedor abundaban las botellas de Malbec, de espumosos argentinos, de cavas blanco y rosado, de champaña. Abundaban también las tablas de quesos, la comida fiambre, las uvas rojas y las aceitunas verdes, negras y moradas que Y y Z habían comprado en la charcutería de la esquina. También se habían deslizado hasta el local vecino con la excusa de comprar muslos de pollo y cortes de carne para la parrilla, pero con la clara intención de seducir a la pareja de "terribles bellezas", pero ese día cerraron temprano y viajaron a su pueblo también a celebrar.

Como buenos colombianos, los amigos invitados han llegado a casa con otros amigos. Han traído también comida y licor. De repente la casa era un gran banquete. La sala, el comedor, la cocina, el patio. Por todas partes hay gente alegre, sonriente. Sobre la mesa principal mi amigo Z ha dejado la roca, que cada quien raya según su urgencia, necesidad o parecer. A las doce, los besos, los abrazos, los aplausos. A la una, tratar de conseguir taxis para ir a la discoteca, que queda a unas quince cuadras. Hacia las dos, más o menos, finalmente arribamos a Amérika. La fila de ingreso es de no acabar. Nos encontramos con otros colombianos, muchos más amigos. Una hora más tarde ingresamos.

Había en el ambiente una especie de vapor que daba la idea de que en algún momento se desgajaría una tormenta dentro de la discoteca, esos presagios que regala el destino, pero que uno no tiene en cuenta o no sabe interpretar. Me quito la camisa y la dejo en el vestier. Pepa va, pepa viene. A eso de las cinco de la mañana entro al baño, un amigo colombiano me invita a un cubículo y me ofrece una raya. Estoy completamente reventado, desconozco por completo la palabra voluntad y esnifo más de la cuenta. Volvemos a la pista de baile, pero me siento mal. Me da rebote, necesito urgentemente vomitar. Aire, necesito aire, siento un atorado en la garganta y no logro respirar.

Corro a la puerta de la discoteca mientras en mis oídos retumba la banda sonora de todas estas noches:

I believe in the wonder,
I believe this new life took in,
like a god that i'm under,
there's drugs running through my veins.
The world is mine,
the world is mine,
the world is mine,
mine, mine, mine
the world is mine.

Diluvia y aun así salgo a la calle. Vomito bajo la lluvia. Cuando intento ingresar nuevamente a la discoteca, los *bouncers* lo impiden. Por alguna razón he perdido la manilla que llevaba puesta en la muñeca derecha. "Mi camisa está adentro", intento convencerlos. No me creen. Reviso mis bolsillos. Solo encuentro las llaves de la casa. "M tiene mi billetera", recuerdo. La próxima vez que voy a decirles algo a los de seguridad, las palabras no me salen. Se me empegotan en la lengua. Siento eso: que las palabras son como una gran bola de chicle con Colbón que se atoran en el pescuezo. La mandíbula se mueve de un lado a otro como carros chocones. De nuevo me dan ganas de vomitar. El sabor que me queda luego en la boca. Ese sabor. "¡Mierda!", me doy cuenta entonces que la raya que me ofrecieron no era de coca. ¡Aquello era ketamina! Me aterro al confirmar que estoy entrando en un *k-hole*. Me cago del susto. "Puta, ¿qué hago?". Los ojos se me encharcan del terror. El cuerpo responde por mí: caigo sobre la acera, al otro lado de la entrada de Amérika. Sé lo que me está pasando y sé que no puedo hacer nada: mi cerebro funciona, pero mi cuerpo se niega a obedecer. Ni siquiera consigo arropar mi pecho con mis brazos. La gente pasa a mi lado y la miro como si fueran muñequitos que se han escapado de un cómic. Alguien se me acerca. Se arrodilla a mi lado. Es el Pájaro Loco. Me habla, pero solo veo su pico moverse de arriba abajo. Se levanta de nuevo. Lo veo entrar a la discoteca con Periquita, Mafalda, dos vacas holstein, un árbol frondoso repleto de frutos de guanábana y maracuyá y, detrás, el Hombre Araña, Solín y el Lobo Feroz. Hay toda una comparsa de carnaval haciendo fila para cancelar el costo de la entrada. Sobre la avenida, a menos de dos metros, pasan raudos varios platillos voladores. Uno de ellos alcanza a rozar el pavimento y salen chispas de colores. No es la primera vez que entro en un *k-hole*. Unos años antes me había pasado lo mismo en Nueva York antes de llegar a la fiesta de Año Nuevo de un amigo que vivía en un edificio cerca de

Times Square. "En ese estado de lucidez alucinada", como diría García Márquez, sé que si me desespero es peor, así que me quedo quieto. ¡Un momento! Pero la ketamina no produce alucinaciones. ¿Qué he tomado entonces? Trato de recordar: alcohol en exceso; tres o cuatro pepas, ¿cinco quizá?; unas cuantas rayas; algo de marihuana, ese último pase que tal vez era ketamina ¿Popper? No, me revienta la cabeza. No recuerdo haber ingerido alguna droga que produzca alucinaciones, ni tampoco he mezclado Viagra, diazepam, Orfidal, doxilamina ni oxicodona. Ninguna de esas otras drogas que se compran en las farmacias. Una frase me llega a la cabeza. "Ya todo va a terminar". La repito como un mantra y la sigo repitiendo una hora después, cuando consigo levantarme. Durante las quince cuadras que camino hasta la casa vomito cada dos o tres metros. Como un perro marcando territorio en cada esquina. Me veo en una vitrina: mi cuerpo lavado en lluvia y asco. Es primero de enero y las calles están completamente desiertas. La avenida es demasiado ancha y está miedosamente solitaria. Tampoco hay taxis. Camino. Me esfuerzo. Me pesan las piernas. O al menos eso creo: que demoro una eternidad en levantar un pie y volver a pisar con él otra vez sobre la acera. Los ojos se me cierran. Me pesan tanto como las piernas. Al abrirlos veo de nuevo la avenida solitaria, ancha y larga, larga, larga. Tan larga que parece darle la vuelta a la tierra. Pasaré cerca del Perito Moreno y caerá otro glaciar como el que vi caer desde el barco el día que lo visité. Sería maravilloso: ¡necesito hielo! Ha dejado de llover y la humedad hace lo suyo. Sé que tengo que caminar en dirección al río de La Plata, pero no tan lejos. Sé que tengo que caminar en dirección a la avenida Alem, pero no tan lejos. Sé que tengo que caminar en dirección a la avenida 9 de Julio, la más ancha del mundo, pero no tan lejos. Sé que tengo que caminar en dirección a Callao, pero no tan lejos. Sé que tengo que caminar en dirección a la avenida Pueyrredón y sé que si la cruzo tengo que devolverme una calle hasta encontrar la gasolinera en la esquina de la acera al otro lado de donde camino. Así que ahora llevo la mente enfocada en la bomba de gasolina en la esquina de la casa. "En la esquina de Ecuador hay una bomba. En la esquina de Ecuador hay una bomba", retumba la frase en mi cabeza una, dos, diez, veinte veces. Sé que luego debo cruzar a la izquierda y caminar unas cuantas cuadras. Solo sé eso. Varias veces me tienta la idea de echarme a dormir en la acera. Me esfuerzo más. "La bomba de gasolina, la bomba de gasolina, la bomba de gasolina", me repito a cada nada creyendo que al invocarla llegaré más rápido a ella. Increíblemente, lo logro. La bomba está también desocupada, nadie la atiende. Cruzo a la izquierda. Ahora solo debo impedirle a mi cuerpo que caiga sobre la acera. Cuando estoy frente a la puerta del edificio el sol ya está afuera y el calor comienza a flotar en el ambiente. La luz

de la tienda de la esquina está encendida. Estoy que caigo del cansancio. Me sostengo un par de minutos contra el árbol frente a la puerta del edificio y pienso si tengo fuerzas para caminar los cinco o diez metros que nos distancian y comprar una Coca-Cola de dos litros. Desisto: está demasiado lejos. ¡Demasiado! Entro al apartamento. Por fortuna queda en la planta baja, al otro lado del pasillo. Me tumbo en la cama. Al poco tiempo me dan ganas de orinar. Me levanto al baño y evacúo la vejiga. Abro los ojos y descubro que estoy orinando en la tina. Me tumbo de nuevo en la cama. Cuando despierto son más de las cuatro de la tarde. Despierto por el ruido que hacen M, Y y Z al entrar a casa. M me mira emputado. Grita: "¿Con quién te fuiste de la discoteca?". Lo miro con cara de "Vete a la mierda, malparido concha'e tu madre triplehijoeputa", y lo dejo en la habitación gritando sandeces mientras me voy a la ducha. Permanezco bajo el agua más de una hora.

Esa semana salimos poco de casa. Estamos de vacaciones. No hay culpas. La roca de Z finalmente se termina. Compra a S una bolsa de pepas que vamos acabando poco a poco. El día antes de regresar a Colombia me regala lo que queda. Hay casi cuarenta caritas felices. M pone cara de piñata. La mía, en cambio, semeja la fiesta completa. Esa tarde vamos los cuatro al malba. El museo expone la obra de Hélio Oiticica. Está prohibida la entrada a menores de edad. Es increíble cómo ese solo bombillito nos prende el interés. Son los rezagos de la Iglesia Católica que, de tanto jugar a la doble moral, nos educó en el principio "lo prohibido es lo pecaminoso y lo pecaminoso hay que disfrutarlo".

Imaginé que me toparía con fotografías de sexo explícito, como aquella serie de retratos de Jeff Koons, *Made in Heaven*, en las que el propio autor se muestra teniendo relaciones con quien fuera su esposa en ese momento, Ilona Staller, la famosa Cicciolina. Y, sí, la exposición estaba compuesta por una serie de inmensos retratos, pero el sexo no era el centro sino la droga.

El suelo estaba tapizado con colchonetas y bombas de colores. Sobre las paredes, de las cuales también colgaban unas cuantas y coloridas hamacas, eran ampliadas y proyectadas una serie de fotografías que mostraban el rostro de los artistas más admirados por Oiticica: Jimmy Hendrix, Marylin Monroe, Yoko Ono y otros, sobre los cuales dibujó con cocaína. El título de la obra: *Cosmococa*. La coca como maquillaje, como pigmento de la realidad. Según el catálogo que entregaban a la entrada de la galería, Oiticica inició esta serie por casualidad una noche en que, habiendo esparcido sobre la carátula de un disco de Frank Zappa la cocaína que se disponía a esnifar, percibió un dibujo. Como cuando creemos que una nube tiene una forma reconocida, qué sé yo, digamos una virgen. A partir de ese momento

se obsesionó con la idea de utilizar cocaína para dibujar.

Y y Z salen de rumba solos esa noche. Al día siguiente viajan a Bogotá. Nos despedimos en la puerta del edificio. M vuelve al trabajo ese día. Quedo solo en casa. Esa tarde regreso al malba a observar de nuevo la obra de Oiticica. ¿Por qué? No sé. Los retratos son crudos, transgresores, fuertes. Al salir de nuevo a la calle no dejo de pensar en hasta dónde la droga se había adueñado por completo de mi cerebro. Entendí cuánto dependía de ella, cuánto dirigía el éxtasis mi vida. Desde las doce de la noche del 31 de enero de 1999 hasta ese verano que pasé en Argentina. Lo consumía tantas veces al día que ya era tan natural como tomar agua o dormir. Pesaba cincuenta y cuatro kilos y estaba completamente aislado en medio de la multitud. Lo que siguió fue uno de esos actos que uno hace sin pensar porque sabe que, si lo piensa, en ese margen de tiempo, corto o largo, la decisión se hace agua. Regresé a casa, saqué de la maleta la bolsita que contenía las pepas y eché en la tasa del inodoro todas esas caritas felices. "¿Qué hice?", fue lo primero que pensé. Reaccioné: "¡M me va a matar!". La revista *Soho* me había pedido el año anterior que escribiera la crónica de un alcohólico. Periodismo gonzo. Entonces deambulé por una sede de Alcohólicos Anónimos en Bogotá durante varias sesiones. Ese día en Buenos Aires sabía que lo fácil es el primer paso. Lo difícil son los otros once.

EPÍLOGO

A principios del año siguiente regresé a vivir en Colombia y me dediqué por entero a continuar la investigación e iniciar la escritura del nuevo libro. M estuvo a mi lado un tiempo, pero la tranquilidad en la casa comenzó a llevar al traste la relación. Sin rumbas ni pepas, el amor naufragaba. Él regresó a Buenos Aires y sacó un departamento pequeño al que llegué a visitarlo ese diciembre junto con un par de amigos con quienes nos fuimos a despedir el año en Mar de las Pampas, un bellísimo pueblo junto al océano al que nos fuimos siete amigos, entre hombres y mujeres. Luego de varios meses limpio, esos días volví a las viejas andanzas. Fue una semana frenética. En lugar de pepas, la rumba esa vez fue con capsulas de éxtasis, que son mucho más potentes. Qué locura fue ese viaje. ¡Ambos viajes! Hasta que a M y a uno de los amigos, se los llevó la policía y hubo que ir a rescatarlos a la estación en ese estado en el que estábamos. Después yo me perdí tras quedarme dormido en un bus, ya saben por qué. Para colmo, de tanta rumba, a los tres días nos quedamos todos sin *guita* y hubo que suplicar que desde Colombia nos consignaran. Luego de mil historias volvimos a Buenos Aires. Luego de una discusión pendeja, M me echó de su casa antes de regresar a Bogotá, justo la última noche que estuve en la ciudad. "¡Te largás de una vez!", gritó como poseso mientras yo pensaba: "No me lo banco un minuto más". En el taxi en el que sucedieron los hechos guardé silencio ante sus gritos e insultos. No perdí mi tiempo discutiendo lo que de tiempo atrás venía mal. Llegué a su casa y armé mi maleta luego de llamar al móvil de mi amiga F. "¿Tienes una cama para un pobre desplazado por la violencia?", pregunté. "Una cama no" —dijo—, "tu cuarto en Tesorito está disponible".

Esa noche salí a militar. Estaba estresado, molesto, malgeniado, nostálgico. Luego de cenar con F me bañé, vestí cualquier cosa y me fui a Sitges, aprovechando que los lunes son el mejor día de la semana para bailar en este sótano ubicado a menos de cuatro cuadras de casa, a cien metros de la Facultad de Medicina y a dos de la calle Marcelo T de Alvear, que a esas horas de la noche ya era recorrida por los cientos de puticos que la frecuentan ofreciéndose por diez pesos a quien quiera recogerlos en sus carros.

Sitges estaba repleta. El *show* de *drag queens* acababa de terminar. Tenía en mi bolsillo unas cuantas cápsulas. De antemano sabía que eran tan fuertes que podían dormir a un caballo. Consumí una y a la hora exacta ya estaba dueño del lugar, más feliz que… Bailé solo largo rato, confirmando que ya no había estrés ni rabia ni nostalgia. No sé en qué momento mis ojos se posaron en unos ojos cafés que me veían. El chico, muy bonito, era pelirrojo con carita pecosa. Luego supe que era escocés y había viajado a la ciudad como regalo de cumpleaños, en ese momento tenía 21, llevaba quince días en la capital porteña y tres días después partiría para el sur, donde esperaba disfrutar por más de un mes Calafate y el Perito Moreno.

Todo esto lo hablamos cuando estábamos en la cama, luego de que a él también le hubiera reventado la capsula que le regalé. Retozamos por espacio de dos o tres horas. Como esa noche volvería a Bogotá y no hay peor cosa que llevar leña al monte, compartí con él las dos capsulas finales que me quedaban. En este momento todavía no sabía su nombre. Lo supe luego de que pasó lo que pasó. Y ni siquiera me lo dijo él.

Cuando comenzó a clarear, el muchachito se levantó de la cama hasta llegar a la ventana. Recuerdo la perfección de su cuerpecito, demasiado marfil para mi gusto, con unas nalgas redonditas y ese hilito de pelos que le alcanzaban el ombligo marcándole los abdominales. “Quiero un cigarro”, dijo en un incipiente español. Le contesté que a esa hora no había nada abierto en diez cuadras a la redonda. “Hay una luz en la esquina”, dijo. Sin levantarme de la cama —¿para qué, si estaba extasiado viéndolo ahí parado, al trasluz de la ventana, completamente desnudo?—, le expliqué que la tienda no abría hasta las ocho de la mañana. “Conozco este barrio como la palma de mi mano. Llevo cuatro años caminándolo a cualquier hora del día y de la noche”, le dije. Él insistió. Se puso la camiseta blanca con la que había llegado y unos calzoncillos negros.

Tanto insistió en ir al lugar que me obligó a vestirme para acompañarlo hasta la planta baja del edificio y abrirle la puerta mientras él corría hasta la esquina, compraba sus cigarrillos y se devolvía, una operación que, máximo, tomaría diez minutos. Pero pasaron quince, veinte y nada que regresaba. Subí a la habitación a ponerme pantalón y zapatos antes de salir a recorrer las calles tras su búsqueda. Llegué a Pueyrredón, caminé por Santa Fe hasta Callao… unas seis cuadras. No apareció. Comencé a angustiarme justo cuando sentí el primer zarpazo de la última capsula que había consumido. Por temor a caer dormido en cualquier parte, me devolví corriendo a casa.

Cuando desperté, con una enorme laguna en la cabeza, eran casi las cuatro de la tarde. Di vueltas en la cama durante un buen rato tratando de recordar aquel sueño que terminó como una pesadilla.

¿Cómo debía interpretarlo? ¿Era acaso un mensaje de los dioses griegos o de las hadas madrinas alertándome sobre lo que, de seguir en esas, algún día me sucedería? ¿Era ese sueño la profecía de que una noche de excesos me perdería en la calle, como esos drogadictos que nunca más regresan a casa al final de una juerga? Cuando estudiaba derecho tuve un amigo al que quise mucho que no volvió a la universidad en el tercer año de carrera. Era un chico muy guapo, inteligentísimo, hijo de una familia adinerada que vivía en una de esas viejas mansiones del bogotanísimo barrio Teusaquillo.

Este muchacho un día cualquiera no volvió a clases. Nunca más lo volví a ver. Años después conocí rumores de que se había perdido en las drogas y que ahora vivía en la calle. Una mañana, al salir de un cajero electrónico en la avenida 19, en Bogotá, lo vi. Estaba andrajoso, el pelo largo era un amasijo de grasa, los yines rotos. Creí que no me había visto y yo hice como si no lo hubiera visto, mientras me invadía por dentro un sentimiento de horror. Caminé hasta el borde de la acera y saqué la mano para detener un taxi. Cuando oí su voz, la reconocí en el acto, estaba pegado a mí: “He visto tu foto en el periódico. Estoy orgulloso de ti”. Cuando volteé a agradecerle las palabras, ya iba lejos. Le abono a su dignidad, lo que le resto a mi propio miedo de terminar siendo como él.

De modo que, al recordar el sueño, acostado esa tarde todavía en la cama, la primera imagen que me vino a la cabeza fue la de este amigo del pasado. ¿Le seguiría los pasos si no me detenía a tiempo? ¿Por qué insistía en sabotearme? Me levanté de la cama. La habitación estaba en completa oscuridad y me enredé con el pantalón que había dejado en el suelo. Abrí la cortina y entonces vi que no era mi pantalón. Estaban tirados allí también los zapatos del escocés, unas guaireñas españolas negras. En uno de los bolsillos del pantalón había menos de cien pesos argentinos, una tarjeta débito de un banco inglés donde aparecía su fecha de nacimiento: justo ese día, y lo que debía ser la llave de su habitación de hotel, una de esas modernas que no muestran ningún nombre salvo un número: 307. El sueño ahora sí era de veras una pesadilla.

Me bañé a las carreras mientras trataba de entender lo que había sucedido. ¿Se había enloquecido este muchachito con esas dos cápsulas? ¿Se había metido a algún otro edificio creyendo que era el mío? ¿Lo había atropellado un carro? Salí corriendo a buscarlo. Buenos Aires bullía al final de esa tarde. Carros de un lado y de otro, los usuales tumultos de gente sobre la avenida Santa Fe que no permiten caminar bien. La mierda de los perros regada por todas partes.

Lloré de la desesperación.

Volví a casa. Debía llegar antes de las ocho a Ezeiza. Terminé de empacar mis cosas, me despedí de F con un abrazo y sin contarle nada y marché al aeropuerto. El vuelo estuvo puntual, pero no pude dormir hasta llegar a Lima. A la una y media de la mañana me monté en un nuevo avión que me llevaría hasta Bogotá. Solo recuerdo que, tan pronto me senté, quedé profundo. Desperté porque mi vecino de silla me habló al oído… “¿Se siente bien?”. Mi cuerpo ardía a fuego vivo mientras sudaba a mares toda la droga que había consumido; sudaba todos los mares juntos: el Caribe, el Mediterráneo, el Adriático, el Egeo, el Mar Muerto y el Mar Rosado. Y los demás. Aquello era un charco de agua y ya hasta había lavado la manta del avión que me cubría. Me levanté, y a tumbos llegué hasta el baño. La puerta estaba cerrada. A menos de cincuenta metros, dos azafatos organizaban en la cocina la comida que pronto servirían para el desayuno. Me paré en el vano de la puerta y uno de ellos, al mirarme, me preguntó si estaba bien justo antes de caer. Desperté en el baño. Uno de estos muchachos me echaba agua en la cabeza. Pero yo no veía nada. Estaba completamente ciego. Dije: “No veo nada, no veo nada”, y comencé a gritar, a chillar como un marrano. Medio avión se despertó con mi escándalo. Los azafatos me condujeron hasta mi silla luego de darme una pastilla de noséqué. No veía por dónde caminaba, ni tampoco vi la silla cuando me senté, ni la manta que antes llevaba encima. Fueron instantes de pánico, entre el delirio de las pepas que no terminaban de irse y la angustia de no poder controlarme, justo lo que en mi adolescencia me impidió acercarme a las drogas: el temor a perder el control. Cuando desperté, los otros pasajeros habían descendido del avión. Sobre el carrusel del aeropuerto solo quedaba mi maleta dando vueltas.

Catábasis llamaban los griegos el descenso a los infiernos. Tocar fondo no es llegar a lo más bajo en la degradación por la adicción a la droga. Tocar fondo es llegar a lo más profundo del sufrimiento. Era claro que me dejaba arrastrar, cada vez más, por el placer del dolor. Antes de llegar a casa supe que había tocado fondo y que era urgente adelantar, ahora sí, los otros once pasos. Fue solo un instante, quizá solo un brevísimo segundo, pero el tiempo suficiente para entender que, si no encaminaba mi destino, mi vida no sería más que un barco en el ojo de un huracán.

Sabía que una crisis es una revelación de las costuras mal cosidas, pero también que, con ella, tenemos la capacidad de corregirlas. Sabía también que permanecer en un espacio de aparente estabilidad es una traición a uno mismo. Lo que no sospechaba en ese momento es que esa liberación era, también, el inicio de una nueva búsqueda. ¶

AUTOR

Alonso Sánchez Baute es escritor y columnista de *El Heraldo* y *Semana.com*. Es autor de *Al diablo la maldita primavera*, Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá 2002; *¿Sex o no sex?*, crónicas periodísticas enmarcadas en Bogotá; *Líbranos del bien*, novela que traza un paralelo entre las vidas cruzadas de “Simón Trinidad” y “Jorge 40”; de la telenovela para rcn *La luz de mis ojos*; de *¿De dónde flores, si no hay jardín?*, tres relatos sobre violencia urbana en Bogotá; *Nocturno Bogotá*, columnas de opinión publicadas en *El Espectador* entre 2003 y 2006; del libro de ensayos cortos *Las formas del odio*; y de *Leandro*, biografía ficcionada del compositor Leandro Díaz.